

20

A 77
177

GUIA DEL VIAJERO.

FERRO-CARRIL

DEL

NORTE DE ESPAÑA.

DESCRIPCION DE LA LÍNEA
Y DE TODAS LAS POBLACIONES POR DONDE PASA
SUS MONUMENTOS. — HISTORIA.
INDUSTRIA. — COMERCIO. — HIJOS CÉLEBRES. — ANÉCDOTAS.
BIOGRAFÍAS. — NOTICIAS, ETC., ETC.

POR

DON ECEQUIEL ORDOÑEZ,
Jefe de seccion de la Contabilidad general de la Compañía.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

~~100~~

M-6674
R-2741

A.T.A
177

GUIA DEL VIAJERO.

FERRO-CARRIL

DEL

NORTE DE ESPAÑA.



DESCRIPCION DE LA LÍNEA

Y DE TODAS LAS POBLACIONES POR DONDE PASA.

SUS MONUMENTOS. — HISTORIA.

INDUSTRIA. — COMERCIO. — HIJOS CÉLEBRES. — ANÉCDOTAS.

BIOGRAFÍAS. — NOTICIAS, ETC., ETC.

POR

DON ECEQUIEL ORDOÑEZ,

Jefe de la seccion de Direccion de dicha Compañía.

MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

INTRODUCCION.

Hace poco más de veinte años no conocíamos en España los caminos de hierro. La importancia de ese gran descubrimiento, que, unido al telégrafo eléctrico, ha de hacer imperecedero el recuerdo del siglo XIX, llegaba á nuestros oídos envuelta en las aclamaciones entusiastas de los que, más afortunados que nosotros, aprovechaban en el extranjero tan rápidos medios de comunicacion. Hoy contamos ya con una red de más de 5.000 kilómetros en explotacion, y cerca de 2.500 concedidos ó en construccion; números fabulosos, si tenemos en cuenta los pocos años transcurridos, aquí que todo se hace despacio, la dificultad de nivelar nuestro país montañoso, y las vicisitudes políticas y crisis terribles que ha atravesado nuestra nacion durante ese tiempo.

España, que tiene en su seno inmensas riquezas, necesitaba abrir sus puertas á la industria y al co-

mercio, despojarse de las tinieblas del pasado, y entrar á todo vapor en las esperanzas del porvenir.

¡Prodigiosa invencion! Cuando el tren comienza su desenfrenada carrera; cuando vemos aparecer y desaparecer instantáneamente prados, bosques, casas y ciudades enteras, viene, sin quererlo, á nuestra memoria, aquel tiempo en que nuestros abuelos, y áun nuestros padres, preparaban con un mes de anticipacion sus viajes; se confesaban ántes de emprenderlos; tomaban todas las disposiciones del que va á correr graves riesgos durante un largo período de tiempo; y despues de muchos temores, de muchas vacilaciones, entraban á ocupar un duro asiento en las galeras aceleradas. ¡Aceleradas, Dios mio, y al cabo de diez dias, es decir, el tiempo que hoy se necesita para recorrer cómodamente la mayor parte de las córtes de Europa, habian andado cincuenta ó sesenta leguas!..... ¡Digamos adios á esos medios de transporte, que felizmente no hemos conocido; digámoslo tambien á esas mil impresiones terribles de un viaje en posta ó en diligencia por un país montañoso y lleno de precipicios!

Aun recordamos con cierto estremecimiento aquella época en que la seccion de Villalba á San Chidrian no estaba abierta á la explotacion. Al mismo tiempo que el tren se aproximaba, salian

pausadamente de los paradores largas filas de mulas con su eterno é insoportable ruido de cascabeles y campanillas : colocábanse los tiros á las diligencias, los viajeros se embanastaban en la berlina, interior ó rotonda del carruaje, saltaba el delantero sobre la silla, tomaba el zagal posesion del estribo, el mayoral ocupaba su banqueta, daba la señal de marcha, y la pesada máquina desaparecia como el relámpago en medio de un concierto de silbidos, gritos é imprecaciones, que horripilaban ó por lo ménos ensordecian al más despreocupado viajero: porque no eran sólo los conductores de la diligencia quienes gritaban y maldecian; cada uno de los asistentes se creia en el deber sin duda de dar su voz correspondiente para animar al ganado, sin perjuicio de un diluvio de palos que llovian sin compasion sobre los pobres animales. Así marchaban tres ó cuatro diligencias, seguidas las unas de las otras, subiendo á galope las cuestas, despeñándose al bajarlas, y eligiendo las revueltas más peligrosas para establecer una lucha de velocidad infernal disputándose la delantera, miéntras el pobre viajero media con espanto el abismo abierto á sus piés, calculaba los instantes que áun podian quedarle de vida, cerraba los ojos y esperaba el momento fatal encomendando piadosamente su alma al Criador.

Los poetas, los ingleses atacados de *spleen*, los aficionados á emociones fuertes, llorarán tal vez estos recuerdos perdidos; pero el industrial, el comerciante, el hombre que mide y gradúa el valor de los minutos; aquel para quien *the times is money*, bendecirán los rápidos medios de locomoción que en pocas horas le conducen á la frontera de Francia.

Grandes inconvenientes, grandísimas preocupaciones, fué preciso vencer ántes de llegar á un resultado tan satisfactorio. Pueblos habia, en que sus moradores temian la baja de sus riquezas desde el momento en que se establecieran fáciles medios de exportación. Los pobres labradores, siempre crédulos, siempre dispuestos á prestar atención á los absurdos más grandes, temblaban sólo de pensar que el humo de las locomotoras iba á secar los árboles y las plantas, á esterilizar completamente los campos y los prados. No lo extrañamos: el vapor servia en la antigüedad para representarnos al diablo, y en la locomotora veian un diablo monstruo los labradores; por eso un celebrado escritor y poeta, que nos es muy querido, exclamaba en la inauguración de otra línea: — «¡ Gloria á nuestro siglo! ¡ él es el único de la historia que ha logrado aprisionar al diablo de la antigüedad, y unciéndolo con un yugo de hierro, lo ha convertido en un conduc-

tor de mercaderías y cristianos viejos! ¡Gloria á nuestro siglo, que nos ha presentado al diablo unido como si fuese un buey! — Pero esos absurdos, y esas preocupaciones, han desaparecido desde el momento en que los frutos de la experiencia fueron más poderosos que los chismes de usureros y especuladores.

La línea del Norte, que hoy empezamos á describir, es, sin disputa, la más importante de nuestro país, no sólo porque, uniéndonos directamente á Francia, nos une á la Europa entera, sino porque la construcción de este camino es una obra de Romanos, es un monumento admirable del irresistible poder del hombre.

En una extensión de 637 kilómetros, ha sido necesario construir puentes y viaductos sobre multitud de rios y precipicios; perforar altísimas montañas de granito hasta un total de 21 k. 112^m, que atraviesa la locomotora entre las negras sombras de 58 túneles.

Empezada la construcción en 25 de Marzo de 1856, y trabajando sin descanso en toda la línea un ejército de obreros, bajo la dirección de inteligentes ingenieros, pudo abrirse á la explotación el primer trozo de Valladolid á Venta de Baños el 1.º de Agosto de 1860; más tarde se abrieron los de Me-

dina á Valladolid, Madrid al Escorial, San Sebastian á Hendaya, y otras muchas secciones, que iban facilitando el movimiento de nuestros productos: y por último, el dia 20 de Agosto de 1864, y en presencia de S. M. el Rey, se inauguraba en San Sebastian la apertura de la última seccion y de la línea general.

El coste total del camino, dependencias y material; subvenciones recibidas del Estado; acciones y obligaciones negociadas; producto bruto total, y producto medio por kilómetro y por año, se resumen en el siguiente estado :

	<u>Reales vellon.</u>
Construccion del camino y sus dependencias, material fijo, móvil, etc.	1.376.749.700
Subvenciones del Estado. 215.092.900	} 1.376.749.700
Acciones (<i>Capital</i>).. . . . 380.000.000	
Obligaciones negociadas.. . . . 594.099.689	
Deuda flotante y acreedores varios.. 187.557.111	
Producto bruto en 1868.	67.958.016
Gastos en id.	27.048.272
PRODUCTO LÍQUIDO.	<u>40.909.744</u>
Producto bruto por kilómetro y por año.	93.944
Gasto id. id.	37.411
Producto medio líquido por id. id.	<u>54.173</u>

Los resultados de la explotacion no son tan lison-

GUÍA DEL VIAJERO.

MADRID.

La Estacion del ferro-carril del Norte está situada fuera de la puerta de San Vicente, y al pié de la montaña del Príncipe Pío. Su construccion, de pobre apariencia, y sin ninguna de esas comodidades que tiene derecho á exigir el viajero, no puede compararse, sin desventaja, con las Estaciones principales de otros países, ni aún con algunas de esta misma línea. Si hacemos notar esta falta, y si acaso la exageramos, es precisamente con el fin de disculparla ante los ojos del extranjero. El edificio á que nos referimos es provisional. La Estacion definitiva, ha de hacerse en los terrenos de la

Montaña, sitio más despejado y á propósito para este objeto, pues hará más suave la curva que hoy tienen que describir los trenes al acercarse á Madrid.

A pesar de sus poco favorables condiciones para el movimiento de una Estacion de primer orden, es admirable la regularidad con que se hacen las expediciones de los trenes.

El nuestro, parte á impulsos de la locomotora, engalanada con su blanco penacho de humo, y al compas del infernal ruido que hace el vapor hirviendo en sus entrañas.

Estamos en la *Moncloa*, magnífica posesion Real. A la derecha se descubre el Palacio y una gran fábrica de porcelana, establecida en 1816; tiene 42 departamentos y todos los molinos y maquinaria que pueden necesitarse.

Despues de atravesado el Manzanares sobre un puente de elegante construccion, se entra en la Casa de Campo, otra posesion Real, comprada por Felipe II en 1559, con el objeto de establecer un bosque en donde

pudiera este monarca tener abundante caza.

La curva que hasta aquí hemos formado, termina; entramos en un terreno árido y monótono, y envueltos en nubes de polvo y humo, llegamos á

POZUELO.

Villa de 888 habitantes, situada en una hermosa llanura. Perteneció al Marqués de Cazalla hasta el año de 1634, en que fué erigida en Villa.

Tres carruajes conducen á los viajeros desde la estacion al pueblo, que, por su clima sano y ventilado, por sus excelentes aguas y por su proximidad á la córte, va adquiriendo gran importancia. Hoy se ven ya en su recinto edificios muy buenos; huertas y jardines de gran extension, pertenecientes á algunas familias de Madrid, que buscan allí fresco retiro en los abrasadores dias de verano.

Tiene dos casas de baños, sitios de recreo, y un paseo de álamos frondosos, á cuyas

sombras corren y juegan, en las tardes de Julio y Agosto, hermosas niñas de quince años, y encuentran mullido asiento de césped los guardadores de estas joyas alegres y sonrosadas.

En las afueras de la poblacion existe una capilla, donde se venera la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Consolacion; á esta Virgen se dedican, el primer domingo de Setiembre, fiestas tan fastuosas, y corridas de novillos de tal fama, que atraen más de ocho mil personas de Madrid y de los pueblos inmediatos.

No somos partidarios de esta clase de diversiones; más, para complacer al celoso secretario del Ayuntamiento, Sr. Rodriguez, que con tanta amabilidad nos ha proporcionado cuantos datos hemos necesitado sobre esta Villa, dirémos que alcanzaria pingües resultados la empresa que construyese en Pozuelo una pequeña Plaza de toros. Su coste nunca sería excesivo, puesto que el Ayuntamiento cede los terrenos necesarios con favorables condiciones, y los productos, re-

sarcirian bien pronto el capital desembolsado.

Mucho tiempo será preciso que trascurra para que pueda esta Villa ofrecer á los vecinos de la Córte todas las comodidades, todos los atractivos que Saint Denis, Epinay y Choisy, ofrecen á los vecinos de París; será, pero no aventuramos nada en asegurar que dentro de pocos años, el sitio de recreo más agradable y frecuentado de las cercanías de Madrid.

En 1809 se retiraba á Pozuelo el Duque de Bailen, victima inocente de las pasiones políticas.

Por aquellos campos desiertos se le veia vagar como una sombra, compadeciendo, sin duda, la demencia de un pueblo que le acusaba de traidor, poco despues de haberle coronado con solemne pompa en Sevilla por su triunfo en la batalla que borró la primera página de gloria del emperador Napoleon.

Allí permaneció el general Castaños cerca de cinco meses, sin querer admitir las proposiciones que se le hacian para que vol-

viese á tomar el mando de un ejército que tantas veces habia conducido á la victoria. Accedió al fin á las repetidas instancias del Gobierno, y despues de nuevos y gloriosos triunfos, vino á ser el primer miembro del Consejo de Regencia, y más tarde tutor de doña Isabel II.

Otro acontecimiento hace célebre la historia de esta pequeña Villa. En Agosto de 1837, tuvo lugar dentro de sus calles el movimiento insurreccional, hecho por la primera brigada del ejército de Espartero, que ocasionó la caída del ministerio Calatrava. Aunque en mal estado, se conserva todavía la sala donde se redactó el manifiesto y se celebró la junta de oficiales que habian de ponerse al frente de la insurreccion.

Poco despues de abandonar la estacion, y durante un largo trayecto, se va viendo á la derecha el Pardo, Sitio Real elegido por Enrique III para el ejercicio de la caza. El emperador Cárlos V mandó demoler la casa de recreo que entónces habia, y construyó en el mismo lugar un Palacio suntuoso. No

hace mucho tiempo, servia aún de retirado asilo á los Reyes cuando querian huir del bullicio de la córte; hoy sólo los alberga por pocas horas en las pequeñas excursiones que la familia Real hace al Sitio, aprovechando las frescas mañanas de verano (1).

Hay dentro del Palacio ricos tapices y magníficos frescos, representando pasajes de la historia y cacerías. Próxima al Palacio está la Casa del Príncipe, mandada construir por Carlos IV: llama la atención, entre sus muchos adornos y lujosos frescos y esculturas, la colgadura de seda que cubre las paredes de un gabinete, en la que están bordadas las fábulas de Samaniego.

LAS ROZAS.

Villa de 1.000 habitantes, fundada hácia el año de 1376. Nada encierra que sea dig-

(1) A pesar de los acontecimientos que han sobrevenido en España despues de la revolucion de Setiembre, el autor no ha creido conveniente variar esta parte de la obra, escrita con anterioridad á aquella fecha.

no de mencionarse; sólo en sus cercanías se ven las obras, muchas veces empezadas, y nunca terminadas, del *canal del Guadarrama*. Este importante trabajo, que tan fecundo en bienes habia de ser para la industria y la agricultura, debia pasar por las vertientes del Manzanares y Jarama, regar luégo los desiertos campos de la Mancha, y unirse al Guadalquivir en el reino de Córdoba. El trazado y las primeras obras, fueron hechas bajo la direccion del inteligente brigadier de Ingenieros Sr. Lemaur; últimamente se estudió un proyecto de canal de riego que fertilizase los campos de los Carabancheles, aprovechando los trabajos empezados, pero, desgraciadamente, tampoco se llevó á cabo.

Desde la cumbre de la colina por donde pasa el tren, ántes de llegar al apartadero de *Las Matas*, sin Estacion, se descubre perfectamente á Madrid y los campos que lo circundan. En medio de tan encantador panorama, se destaca, cual un centinela avanzado, el soberbio Palacio Real, grandioso

monumento levantado sobre el mismo lugar que ocupaba el incendiado y vetusto *Alcázar de Madrid*.

Las grandes cortaduras que vamos atravesando nos anuncian la proximidad de la sierra. Después de pasado el túnel de Torrelodones, de 250 metros, abierto en un magnífico banco de granito, se presenta á nuestra vista

TORRELODONES.

Lugar de poca importancia, situado en un terreno árido y triste. Toma indudablemente su nombre de un castillo ó especie de torre que se ve en lo alto de un cerro. Da cierta celebridad á este pueblo el dicho vulgar, que creemos injusto, de — *Torrelodones, cinco vecinos y quince ladrones*.

Pasadas las grandes cortaduras de este trozo, hechas todas en durísima roca, se va viendo á la derecha la villa de Alpedrete, muy conocida por sus abundantes canteras de piedra; y la de Guadarrama, situada al

pié de su famoso puerto, y próxima tambien al rio de este nombre, que cruza el tren sobre un buen puente, ántes de llegar á

VILLALBA.

Villa de 530 habitantes, que, á bastante distancia, se descubre desde la misma Estacion.

Cuando la línea general no estaba aún concluida, éste era el punto en que se tomaban las diligencias que seguian la carretera de Castilla. Su importancia en aquel tiempo era, por consiguiente, grande: hoy permanece en la inaccion la mayor parte del año, y sólo durante los meses en que la córte se traslada á la Granja, vuelve á recobrar su antigua animacion. La pequeña Estacion, recuerda entónces su época de prosperidad. Ómnibus, coches, carros de todas clases; empleados, viajeros, todo se agita, todo se mueve, como impulsado por un resorte, al anuncio de la locomotora que se acerca.

Los viajeros se acomodan de la mejor manera que pueden, pero casi siempre mal, en los ómnibus y diligencias que se dirigen á Segovia ó á la Granja.

Aunque fuera de nuestro itinerario, demos tambien nosotros un paseo por los deliciosos jardines de este Sitio Real.

LA GRANJA.

Despues de la batalla de San Quintin, y cuando el rey Felipe II quiso erigir un monumento que fuese un eterno recuerdo de esta victoria, y sepultura al mismo tiempo de los restos de sus padres, eligió primera-mente este sitio para el cumplimiento de sus votos y deseos; pero la circunstancia de hallarse próximo otro convento de religiosos de San Jerónimo, á cuya órden destinaba el Rey el Monasterio que queria fundar, le obligó á buscar otros terrenos para su construccion, siendo elegidos los del Escorial.

Y hé aquí cómo las competencias y animosidades de los reverendos padres Jeróni-

mos, fueron causa de que el lugar destinado á la oracion y á la muerte se convirtiera más tarde en el *Versailles* español, centro de animacion y de alegría.

El recuerdo de los dias de delicia que el rey Felipe V habia pasado en Versailles, le animó, despues de la paz de Utrech, á fundar esta posesion Real, que habia de costar al Erario la enorme suma de cuatrocientos ochenta millones de reales (1).

En 1720 empezaron á hacerse desmontes y á sentar los cimientos del palacio y colegiata. Es imposible dar una idea exacta de la multitud de excavaciones, bóvedas, depósitos y cañerías que fué necesario hacer para la conduccion de las aguas que habian de surtir los vistosísimos juegos de sus fuentes : apénas se comprende que haya habido constancia para terminar un trabajo tan colossal.

Desde la principal fachada del palacio, de órden corintio, se descubre la parte más hermosa de los jardines.

(1) Mellado, *Diccionario de Historia y Geografia*.

El interior de este edificio, ricamente amueblado, no lo describimos; únicamente diremos que adornan sus habitaciones 107 grupos y estatuas, frescos y tallados de muchísimo mérito, y magníficos tapices, arañas y pinturas.

Los jardines son el objeto de nuestra visita : demos por ellos un rápido paseo, y examinemos, no detenidamente, porque sería necesario escribir un volúmen de muchas páginas, sino al vuelo, las fuentes más preciosas de las veinte y seis artificiales que allí existen : sus juegos de agua son, sin duda ninguna, más variados y sorprendentes que los que allende los Pirineos surten los caudalosos raudales del Sena.

Las calles y cuadros de los jardines están formados por millones de árboles, tilos en gran parte, que exhalan riquísimos perfumes, y un número incalculable de flores, arbustos y matorrales.

Distínguese de todos los jardines el laberinto, cruzado por infinidad de calles, tan diestramente combinadas, que, perdido

entre ellas, agotarían la paciencia del hijo más flemático de la Gran Bretaña : nuevo laberinto de Creta, es imposible salir de sus tortuosas calles, sin otro hilo de Ariadna que nos conduzca al camino verdadero.

Subiendo del *Parterre de las fachadas*, formado por dos parques ingleses de gazon, artísticamente adornados por multitud de estatuas y jarrones de bronce, se encuentra la admirable *Cascada*, compuesta de diez mesetas de mármol de diferentes colores. Su parte exterior está decorada por muchos y bien distribuidos mascarones, caballos marinos, lobos y leones, que arrojan gruesos caños de agua á la *Cascada*.

En medio de un pequeño bosque, y no lejos de la *Cascada*, está la famosa *Fuente de los vientos* : los ochenta y tres caños que componen sus juegos, arrojan el agua con tal fuerza sobre un Eolo de bronce, que se convierte en una neblina blanca y espumosa, de un efecto admirable.

A la entrada de *Carrera de Caballos*, sorprende al viajero la mágica perspectiva de

seis fuentes y ciento catorce surtidores de agua, que corren á un tiempo en diferentes direcciones.

Una de las mejores, es la de *Andrómeda*, con setenta y tres caños. El grupo de que se compone no puede ser de una sencillez más encantadora. Sobre un elevado peñasco del centro, se halla tendida Andrómeda y aprisionada con cadenas, desnuda la mayor parte del cuerpo, suelto el cabello, y el rostro levantado en actitud de rogar al cielo. En la parte inferior del mismo peñasco, se ve un soberbio dragon de encorvadas uñas y cabeza erguida, dispuesto á despedazar á Perseo, el cual está á su lado, armada una mano de un alfange desnudo, pronto á caer sobre el monstruo, y asiendo de los cabellos, con la otra, la cabeza de Medusa. Terminan el grupo, dándole aún más animacion, la diosa Palas, que va á ofrecer á Perseo lanza y escudo, y un genio alado en la parte superior del peñasco, cogido á las cadenas y en actitud de libertar á Andrómeda del peligro que la amenaza.

Desde el centro de la *Plazuela de las ocho calles* se ven correr á un tiempo diez y seis fuentes, cuyos juegos y figuras forman un conjunto vistosísimo.

La Fama, colocada sobre un caballo en el centro de la fuente de su nombre, despiende el agua á la prodigiosa altura de 154 piés: y por último, las serpientes que arrojan el agua al estanque de los *Baños de Diana*, sin duda para castigar la curiosidad de los que contemplan con demasiado entusiasmo las esbeltas formas de la diosa y de las veinte y seis ninfas que la circundan, tienen la mala intencion de mojar á cuantos incautos se le acercan.

Hemos citado las fuentes que por sus hermosas figuras, ó por la combinacion de sus juegos, llaman más justamente la atencion del viajero. ¿Podrémos hacer lo mismo de los millares de estatuas y adornos sembrados por las calles de los jardines, los centros, las plazuelas y toda esta mansion de delicias terrenales? Imposible en nuestra corta reseña. ¡Son tantas! Señalarémos tan

sólo la del atleta *Milon de Crotona*, colocada en un cuadro de hayas, en el parterre de las *Fachadas*. Este atleta, vencedor seis veces en los juegos olímpicos, que lidiaba con un toro, lo mataba de un puñetazo y se lo comia en un dia, terminó sus heroicidades siendo devorado por un leon, una vez que, al rajar un árbol corpulento, se le quedaron las manos presas en la hendidura. Así nos lo representa la fábula, y así tambien lo cinceló el autor de la estatua: su agonía está tan bien expresada, tan perfectamente marcados los músculos y venas del cuerpo, que no puede examinarse sin una especie de admiracion terrorífica.

Larga es la historia de este sitio; pero ni debemos, ni es nuestro propósito escribirla ahora. Citarémos sólo un hecho, que dió celebridad, poco envidiable por cierto, á un personaje de nuestro siglo.

Acercábase la última hora del reinado de Fernando VII, y aquejado fuertemente por la dolencia que padecia, quiso ordenar las últimas disposiciones de su testamento. El

Conde de Alcudia y D. Francisco Tadeo Calomarde, ministros ambos á la sazón, estaban interesados en que, muerto el Rey, pasase la corona á las sienes de su hermano, el infante D. Carlos. Aunque para esto era preciso que se restableciera la *ley Sálica*, que privaba á las hijas de los derechos de sucesion, influyeron con tal maña los expresados ministros en el ánimo del Rey, dando por pretexto el sosiego y tranquilidad de la nacion, que le persuadieron á firmar un decreto, por el cual declaraba á D. Carlos de Borbon su legítimo sucesor.

Este decreto, que arrebatava el cetro de las manos de la princesa Isabel, á quien legítimamente correspondia, excitó de tal manera la indignacion de su tia, la infanta Doña Luisa Carlota, que tomando la posta en el Puerto de Santa María, donde á la sazón se hallaba, sin descansar un momento y exponiendo su bienestar, y tal vez su existencia, se presentó en la Granja, y con el auxilio de la reina Cristina, logró que se derogase el decreto por otro de 31 de Diciembre

de 1832, en el que se restablecía en España el antiguo modo de suceder á la corona.

Cuando la Infanta hubo conseguido su objeto, impresionada todavía por los obstáculos que los astutos ministros le habian opuesto desde el momento de su llegada al Sitio, llamó á Calomarde, y mostrándose orgullosamente ofendida de su proceder, le dijo:—«Como adulator miserable, has lisonjeado las inclinaciones del Rey, favoreciendo los intereses de su dinastía; como desleal é ingrato, escupes la mano que te ha levantado del polvo, cuando ya no puede encumbrarte á mayor altura. Acuérdate que tan negra acción no puede quedar sin su merecido castigo.»—Aunque Calomarde oyó resignado y sin levantar los ojos del suelo tan terrible reprimenda, hubo un momento en que, no acertando á disculparse, quiso, en vano, reprimir la cólera que se reflejaba en su rostro. Esta falta de respeto enfureció hasta tal punto el genio varonil de la Infanta, que, sin darle tiempo á reponerse de su extravío, le descargó una espantosa bo-

fetada sobre la mejilla. Calomarde reconcentró nuevamente su ira, y en un tono mezclado de sarcasmo y de despecho, parodió esta frase de una comedia antigua, que durará tanto como dure la historia: «*Manos blancas no ofenden, señora*»; y haciendo una profunda reverencia, volvió la espalda.

Volvamos también nosotros á Villalba, y continuemos nuestro interrumpido camino. Cuando dejamos la diligencia para ocupar de nuevo un asiento en el tren, sentimos el mismo placer que al tendernos sobre los muelles de una cómoda butaca despues de un largo y penoso ejercicio.

El camino, sembrado de arroyos y cortaduras, va describiendo una curva, que nos lleva al Escorial.

Al acercarnos al famoso monasterio, acorta su paso la locomotora, parte de sus entrañas un horrisono silbido, y va lentamente deteniéndose, como si la inmensa mole de hierro quisiera doblar la rodilla ante ese gigante dormido en el desierto, que llaman,

con justicia , la octava maravilla del mundo artístico.

ESCORIAL.

Salgamos de la Estacion y empecemos á subir la cuesta triste y sombría, que nos ha de conducir á los piés del grandioso monumento, huella colosal del hombre más poderoso de su siglo.

El Escorial es á la vez un templo, un palacio, un monasterio y un sepulcro.—El asilo de las ciencias, el templo de Dios y la morada de las artes.

Es la epopeya de los tiempos en que la palabra *España* contaba una nacion por cada letra.

Felipe II, aquel Rey poderoso y severo que no tenía más pasion profunda que el ódio á la herejía; aquel Rey frio, en cuyo rostro de mármol ni una sonrisa ni una lágrima se deslizaba al saber los más grandes ó los más funestos acontecimientos, no podia le-

gar á la posteridad otro retrato más cumplido de su carácter.

Sí; la austera grandiosidad del edificio recuerda al gran Rey que, leyendo el despacho en que le anunciaban la victoria de Lepanto, murmuró, sin dejar traslucir en su rostro la menor impresion:— «Mucho ha aventurado D. Juan. Lodo sea Dios.»— Recuerda al grande hombre que, pocos años despues, recibe en su oratorio el anuncio de la completa ruina de su armada, y exclama con frialdad:— «Dios es el amo. Yo habia enviado una escuadra contra los hombres, y no contra los elementos.»—

Pero si la austeridad del monasterio, si la riqueza de la basílica nos recuerdan el fruto de la piedad del poderoso monarca, la grandeza cristiana del descendiente de tantos Príncipes católicos, tambien el pardo color de las murallas, tristes como su pálida figura, las torres sombrías y los negros chapiteles, nos traen á la memoria los *Autos de fe*, las terribles persecuciones de su reinado. Entónces, olvidando que fué un gran Rey en

su tiempo, un Rey tan poderoso, que alcanzó el renombre por el mundo entero de *El diablo del Mediodía*, casi hallamos exacto el retrato que de él ha hecho, en su composición *Al Panteon del Escorial*, el inmortal Quintana :

El insaciable y velador cuidado,
La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa,
Hicieron siempre abominable el trono.
La aleve hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucia;
El rostro enjuto y miseras facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubria,
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

La Inquisicion floreció entre sangre á la sombra de su cetro : individuos de todas clases, sin distincion de edades ni de sexos, fueron víctimas de aquel tribunal invisible y silencioso. Felipe II. asistia á sus ejecuciones ; Felipe II contestó impasible en Valladolid á un infeliz que, arrodillado sobre la hoguera, imploraba su perdon:—“No

hay perdón para la herejía. Si el Príncipe, mi hijo, el heredero de mi trono, estuviese en tu lugar, yo mismo prendería fuego á la hoguera.....» —

Pero dejemos la historia en paz, y entremos ya en la descripción del monumento que dió celebridad á Juan de Herrera.

Fuera para cumplir la voluntad de su padre, que, al morir, le encomendó el cuidado de su entierro y sepultura, fuera un voto hecho por Felipe II en 1557 para conmemorar la batalla de San Quintín, ó fueran ambas cosas á la vez, el día 23 de Abril de 1563 colocábase la primera piedra de este monasterio.

Semeja en su totalidad á unas parrillas, en conmemoración del martirio de San Lorenzo. Forman sus piés las cuatro torres de los extremos, y el mango la habitación real. Toda su fábrica es de piedra berroqueña ó de granito.

Cércanle por la banda del Mediodía frondosas alamedas, en cuyos jardines hay todo el año, enlazadas con las rejas de hierro

que lo cierran, abundantes flores, que embalsaman el aire con su aroma.

La magnífica portada principal, que se levanta en una gran plaza, tiene 140 piés de ancho por 145 de altura. Las piedras que le sirven de jambas y dinteles son de una dimension enorme, y no dudamos que, como afirman los *guías* del monasterio, hayan sido necesarios cuarenta y ocho bueyes para arrastrar cada una de ellas. Abre paso esta entrada al patio de los Reyes, obra gallarda y acabada de arquitectura, donde se destacan las figuras de seis profetas, de una altura colosal.

El estilo del templo es de una severidad y sencillez pasmosa. Cuatro gigantes pilares, que forman la cruz griega, sostienen la elevada cúpula.

Todo el pavimento es de mármol. Los frescos que cubren el techo, así como los del coro y de la sacristía, son, en su mayor parte, magníficos asuntos del Antiguo Testamento, pintados por Jordan, Ganelio, Fabricio, Cincinato y Luqueto.

Dos púlpitos de alabastro y mármoles finísimos, cuya riqueza está poco en armonía con la sencilla majestad del templo, se encuentran ántes de llegar á la escalinata de jaspe sanguíneo que conduce al altar mayor.

Jaspes finísimos, metal y bronce dorado á fuego, se emplearon en la construcción de este soberbio retablo. Lúcese en los cuatro cuerpos que lo componen, todos los órdenes de la arquitectura greco-romana.—Quince estatuas de bronce, de mayor tamaño que el natural, y hermosas pinturas de Zuccaro y Tibaldi, completan su ornamentación.

A los lados de la magnífica meseta del presbiterio, y sobre ricos mármoles, jaspes verdes y encarnados, formando un precioso mosaico, se alzan, sostenidos por pilastras de mármol negro, dos grupos de estatuas de bronce, de una ejecución admirable.

El de la izquierda representa á Carlos V y su familia; el de la derecha, á Felipe II y la suya. Ambos monarcas, armados y con manto real, están de rodillas y con la cabeza descubierta.

Bajo la tribuna que corresponde al grupo de Felipe II está la alcoba donde murió este monarca.

A la vista de esa estrecha celda, nunca bañada por los rayos del sol, se abisma el pensamiento en tenebrosos recuerdos. Allí, dice un historiador de su reinado, retorciéndose en un duro lecho, destrozado por los dolores de una agonía espantosa, teniendo un crucifijo sobre el pecho, otro crucifijo en la mano derecha, su disciplina ensangrentada á los piés, y una vela de Monserrate en la mano izquierda, terminaba sus días el inflexible señor que imperó en dos mundos durante cuarenta años.

Aun se conservan en una pieza inmediata su escritorio y el humilde estante de libros, un taburete sobre el que reposaba su pierna enferma, y el sillón en que, sentado, recibía á los embajadores de los monarcas extranjeros.

Dentro del presbiterio están las gradas y vasos que contienen 7.422 reliquias. Por si la cifra asusta á algun incrédulo, vamos

á tener el gusto de decirle la forma en que están clasificadas.—Insignes 462; casi insignes 255; menores 1.006; pequeñas 4.168; cuerpos enteros 12; cabezas 144; canillas 306; santos cuyos nombres constan 678; santos únicos en el nombre 391; total 7.422. La relacion circunstanciada de estas reliquias, colocada en una tabla del ante-coro, se la recomendamos al aficionado á curiosidades.

La sacristía es una pieza clara, grande y hermosa, que infunde en el ánimo tanto respeto como el templo mismo. Espejos de rara belleza y pinturas de gran mérito adornan sus paredes. Zurbarán, Rafael, Van-Dik, Ticiano, Rubens y el Tintoretto, tienen allí muestras de su prodigioso talento. Pero el lienzo que resalta más en este departamento, por la fuerza de su colorido, la propiedad de la perspectiva y su delicada composicion, es el cuadro de la *Santa Forma*, que sirve de transparente al camarín de la sacristía. Claudio Coello inmortalizó su nombre con esta obra maestra.

Dejemos el coro, con sus sillas de orden

corintio, sus maravillosos frescos y esculturas, y entremos en el panteon de los reyes, repitiendo los famosos versos de Quintana, en la composicion ya citada :

Embebecido el pensamiento mio,
Quise al recinto penetrar, en donde
Bajo eterno silencio y mármol frio
La muerte á nuestros príncipes esconde.
¡Salud, célebres urnas! En el oro,
En las pomposas letras que os coronan,
Decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,
Memorias ¡ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente,
Pueda aliviarse al contemplar las glorias
Que un tiempo ornaban la española frente?

Cincuenta y nueve escalones de mármol separan esta fúnebre mansion del suelo de la iglesia. El frio glacial que penetra hasta la médula de los huesos desde el momento en que se pisan sus umbrales, la pálida luz de la antorcha que nos alumbrá, el silencio de la muerte, todo hace un horrible contraste con el lujo inusitado que por doquier se descubre.

Mármoles, jaspes, pórfiros y bronces, bruñidos con singular esmero, son los únicos

materiales empleados en su construcción.

La planta de este recinto es un octógono: cada ángulo está dividido en cuatro partes, encerrando igual número de urnas sepulcrales. En el centro de cada urna hay un tarjeton de bronce, donde se lee el nombre del Rey ó Reina cuyas cenizas guarda. Reposan los Reyes á la derecha del altar, que ocupa el frente, y á la izquierda están los sepulcros de las Reinas. Restos de diez y siete personas Reales yacen allí depositados.

Antes de abandonar este fúnebre albergue de los muertos, no se olvidará el *cicerone* de haceros notar el nombre de *Luisa*, que, segun él asegura, grabó la esposa de Carlos IV con sus tijeras sobre la plancha de la tumba en que hoy descansa.

La puerta que se ve en la segunda meseta que forma la escalera, conduce á los *pudrideros*, especie de alcobas sin luz ni ventilación, donde permanecen los cadáveres treinta ó cuarenta años antes de ocupar su puesto en el panteon.

Echemos una ojeada á los espaciosos claus-

tros, cuyos ángulos están cubiertos de dip-
ticos y buenas pinturas de Tibaldi y Lu-
queto, y vamos á la Biblioteca, espacioso y
bellísimo salon donde se encierran los teso-
ros más preciosos de la ciencia.

Sus frescos, debidos á los fecundos pince-
les de Peregrin y Carducho, representan
alegóricamente las ciencias y las artes. En-
tre las columnas de la estantería, que abra-
zan ricas pilastras de madera tallada, hay
colocados cuatro soberbios retratos de Cár-
los V, Felipe II, Felipe III y Cárlos II, obras
escogidas de Pantoja y Carreño Miranda.

Cerca de 35.000 volúmenes cubrían las
estanterías de esta sala. Un horroroso incen-
dio, que duró quince dias, los dejó reduci-
dos, en 1671, á 4.300 de diversos idiomas.

Entre los que se salvaron de esta pérdida
irreparable, merecen particular mencion
los Evangelios escritos en letras de oro el
siglo xi, un Apocalipsis del siglo xiii, ilu-
minado en Alemania, y un precioso Koran
escrito con caractéres limpios, tersos y de
notable hermosura.

Hay además una colección de manuscritos árabes de mucha estimación y antigüedad, que, unidos á los cuarenta breviarios, de procedencia Real casi todos, pueden servir para formar un estudio de los progresos de la pintura, desde sus primeros ensayos en el siglo x, hasta fines del siglo xvi.

Otras salas y departamentos, dignos de ser visitados, existen en el monasterio; pero el silbato de la locomotora nos anuncia su marcha, y este monstruo de hierro fundido no tiene la atención de esperar á nadie.

Marchemos pues.

¡ Con qué alegría se baja la rápida pendiente que nos conduce desde el convento á la Estacion! Ya podemos respirar libremente: allá todo era triste, majestuoso, sombrío; aquí todo nos parece vida, risa, movimiento.

Parte el tren, y al volver instintivamente los ojos hácia el colosal monumento, parece que la imaginación ve cruzar por aquellos inmensos corredores la tétrica figura de Felipe II. ¡ Cuántas impresiones, cuántos

recuerdos quedan para siempre grabados en la memoria del que por vez primera visita estos lugares!

Nuestros Reyes suelen pasar alguna temporada de verano en el Escorial, en cuyo monasterio tienen grandes habitaciones amuebladas con todo el lujo del gusto antiguo, pero raras son las veces que esto sucede. La alegría y el movimiento que lleva siempre consigo la Córte, no es bastante para alejar la tristeza y la imponente severidad de aquellas bóvedas sombrías.

Son, sin embargo, muchas y muy distinguidas las familias que, aprovechando la frescura de sus frondosas alamedas y la magnífica situación de este Sitio, pasan en él los meses más calorosos del estío.

Tambien desde este punto pueden tomarse coches y diligencias que conducen directamente á la Granja; viaje delicioso, por la distinta impresion que siente el ánimo ante el contraste que ofrecen los dos Sitios Reales.

El camino sigue presentando una serie interminable de cortaduras en altas rocas.

Pasado el río Aulencia, y dejando á la derecha el pequeño pueblo de Zarzalejo, se penetra en el túnel de *Portachuelo*, y á su salida se distingue la Estacion de

ROBLEDO.

Villa de 40 vecinos, situada en un valle que forma la falda del gran cerro de Almenara. Su única industria consiste en la fabricacion de carbon de encina, que exportan á Madrid en grandes cantidades.

Ya las montañas se presentan á la vista del espantado viajero con toda su imponente majestad: más bien que obra espontánea de la naturaleza, parecen una decoracion mágica pintada por la mano de un artista soñador. Montes, valles, rios, arroyos, inmensos precipicios, túneles, puentes y viaductos, van ofreciéndose en admirable espectáculo á nuestros ojos. ¡Qué poder tan grande tiene la constancia y el trabajo de los hombres! ¡Las rocas más duras, reducidas á polvo impalpable; las más altas mon-

tañas, atravesadas de parte á parte, sienten surgir en su seno el grito agudo de las locomotoras !

Inmensas son las obras de fábrica que el tren recorre desde aquí hasta Ávila : diez y siete túneles, cinco viaductos y multitud de puentes, han sido necesarios para atravesar la distancia de 46 kilómetros; sus nombres y extension pueden verse en el cuadro que damos al final de este libro.

Pasado un túnel y el magnífico viaducto sobre el rio Molinos, se encuentra la Estacion de

LAS NAVAS.

A cuya Villa, de 500 vecinos, situada en un declive, da gran fama la rica leche que se extrae de sus ganados. Es, indudablemente, una de las más sabrosas de nuestras provincias de Castilla, á pesar de que la extrema ambicion de sus vendedores le quita gran parte de su valor. Preciso sería que en nuestro país se castigase este abuso, como se cas-

tiga en algunos puntos del extranjero. No hace mucho tiempo leimos en el *Journal de Nice* lo siguiente: — « Un propietario de Zug (Suiza), convicto de haber añadido agua á la leche que vendia, ha sido condenado á diez y ocho meses de prision, pérdida de sus derechos civiles y las costas. » — Sólo así conseguiríamos refrenar la avaricia de estos especuladores, que no tienen inconveniente en hacer una parodia criminal del *milagro de los peces*, á costa del buen gusto ó de la salud de los consumidores.

Atribúyese gran antigüedad á esta Villa, destruida en remotos tiempos, y repoblada en 1275, de orden de D. Alfonso el Sabio, por Gil Blazquez de Ávila. El rey D. Carlos I la hizo cabeza de marquesado, cuyo título dió, en premio de sus servicios, á don Pedro de Ávila, tercer conde de Risco.

A la salida de las Navas se pasa el túnel de Alijar, y entra el tren poco despues en un inmenso pinar, propiedad de los duques de Medinaceli, que cubre con un fresco manto de verdura las vecinas y escarpadas

rocas de granito. Desde el camino se ve la preciosa casa suiza de esta posesion; construida en la cima de una altura cubierta de árboles frondosos, y en medio de un árido desierto, parece la misteriosa creacion de una hada al encanto de su mágico conjuro.

Terminados los pinares, se llega á

NAVALPERAL.

Villa de 90 vecinos, situada en el centro de un valle que riegan dos arroyuelos, y cerrada por una valla que forman cuatro montañas.

Entre esta Estacion y el apartadero de Navalgrande, siguiendo las ondulaciones del camino, que unas veces nos sube á la cumbre de los montes, y nos hace descender otras hasta el fondo de espantosas quebraduras, se atraviesan un puente y diferentes túneles, de los cuales son los mayores el de la *Cañada*, de 943 metros, y el de *Navalgrande*, á la salida del apartadero de su nombre, que tiene la extension de un kiló-

metro. Otros túneles y puentes se salvan despues, y por último, un hermoso viaducto de hierro nos pone á la vista de

ÁVILA.

Ciudad de más de 4.000 habitantes, situada en el llano de una colina de poca elevacion, que forma el final de las sierras de Guadarrama. Báñala por su margen derecha el rio Adaja, cuyas aguas corren á la altura de 1.100 metros sobre el nivel del mar. La nieve que cubre una gran parte del año las cimas de sus altas montañas, da á la poblacion, aún en los meses de primavera, un clima extremadamente frio, pero sano.

La ciudad está encerrada en una antigua y bien conservada muralla, terminada en 1099 por los arquitectos Casandro y Florian. Su figura es un exágono irregular, de 2.520 metros de circunferencia, coronado por 2.500 almenas, y defendida ademas por 88 cubos de gran espesor.

Es imposible penetrar en Ávila sin sen-

tirse sobrecogido por la imponente majestad de estas fortificaciones, que debieron ser inexpugnables en las guerras de la Edad Media. Hoy, que ya no pueden tener esa importancia, pues todo su espesor y magnífica construcción no bastarian á resistir el golpe de esas máquinas inspiradas por algun diablo destructor, son un verdadero perjuicio para la población, que, en su mayor y más escogida parte, se halla fuera de su recinto.

La antigua ciudad conserva aún el carácter de su época floreciente; sus calles, estrechas, irregulares y no muy bien empedradas, y sus edificios, fabricados con piedra de granito de un color negruzco, dan á la población un aspecto triste y majestuoso á la vez. Hay, sin embargo, muy buenos edificios y antigüedades de gran valor, que merecen ser visitadas por todos los viajeros.

Numerosas torres de todas las edades, de todos los estilos, elevan hácia el cielo sus agudas flechas, como queriendo besar á Dios en el espacio. Diez y ocho parroquias y un

número fabuloso de conventos existian en otro tiempo en el estrecho recinto de sus muros. Hoy no le quedan más que recuerdos de su grandeza.

La catedral, edificada en tiempo de los Reyes godos, en el punto más elevado de la ciudad, y suntuosamente reedificada por Alfonso VI, con el producto de las limosnas hechas por los Reyes de Castilla, Leon, Vizcaya, Italia, Francia é Inglaterra, tiene todo el aspecto de un fuerte alcázar. Y con efecto, en ella hizo una poderosa resistencia, como más adelante diremos, el obispo de Ávila, D. Sancho.

El órden de su arquitectura es gótico. Las ventanas, de un gusto delicado, están adornadas de figuras grotescas y de hermosos cristales, fabricados en Búrgos á fines del siglo xv. Berruguete fué quien, segun se dice, pintó el altar mayor.

En el interior del templo hay varias capillas que merecen visitarse; una, sobre todo, que encierra obras de pintura y escultura de muchísimo mérito.

avecindarse cuando este Rey la mandó poblar y restaurar.

Habia perdido esta ciudad en el sitio de Cuenca sus mejores hijos, cuando en el año 1110 cayeron sobre ella los musulmanes. En vano hacian esfuerzos para defenderse del poderoso ejército de los sitiadores, cuando una mujer varonil, Ximena Blazquez, que con este hecho alcanzó imperecedero renombre, puesta al frente de la poblacion, los rechazó con tanto valor y pericia, que en premio de tal defensa se le concedió el entónces envidiable derecho de votar en Concejo.

Al morir el rey D. Fernando IV el *Emplazado*, cuya muerte, célebre en la historia por las circunstancias que á ella concurrieron, referirémos en la descripcion de Medina del Campo, hallábase en Ávila su hijo, D. Alfonso, que tenía la tierna edad de un año. Varios eran los que, ambicionando el poder, querian apoderarse del niño que, más tarde, habia de ser conocido en la historia con el sobrenombre de el *Justiciero*, pero

el obispo D. Sancho, fortificado en la catedral con sus virtuosos ciudadanos, le defendió de todos los partidos ambiciosos, hasta que, nombrado ya un Regente del reino, lo entregó á su abuela, la reina Doña María de Molina.

En 1441 entraba dentro de sus muros el condestable D. Álvaro de Luna, que acudia en socorro del rey D. Juan II, el cual se hallaba acosado por los partidarios del infante D. Enrique, su hijo. Pocos años despues, este mismo Rey entregaba á los verdugos la cabeza de su libertador, del que habia sido su compañero y mejor amigo.

Herederero D. Enrique IV del trono que habia intentado arrebatarse á su padre, hubo Córtes en Ávila en 1459, y seis años despues, el 5 de Junio de 1465, el hijo rebelde expiaba su atentado de un modo que no tiene ejemplo en la historia. Descontentos los Grandes del favor que gozaba en la córte D. Beltran de la Cueva, se reunieron en Ávila, resolviendo destronar á Enrique IV.

En los muros de la ciudad se levantó un

vasto cadalso, al que fué conducida la efigie del Rey á caballo, vestida de luto y con las insignias Reales. Sentada en el trono que se elevaba en el centro del tablado, un heraldo leyó en alta voz los cargos que resultaban contra la administracion del Rey, declarando, en su consecuencia, que, conforme á la justicia y á las leyes fundamentales del reino, se habia hecho incapaz de llevar por más tiempo la corona, y que los intereses del Estado exigian su destronamiento; sentencia y acusacion fueron pronunciadas en medio del profundo silencio que reinaba entre la multitud que presenciaba el acto. Terminada la lectura, D. Alonso de Carrillo, arzobispo de Toledo, quitó la corona á la estatua del Rey, arrojándola al suelo; D. Álvaro de Zúñiga, conde de Plasencia, el estoque; el Conde de Benavente, el cetro, y el Maestre de Calatrava, el manto. Despojado ya de las insignias de la dignidad Real, se adelantó el hermano del Conde de Plasencia, D. Diego Lopez de Zúñiga, y derribando la estatua entre maldiciones y pala-

bras injuriosas, fué proclamado Rey el infante D. Alonso, á quien elevaron en hombros sobre el tablado, á los gritos de *¡Castilla por D. Alfonso!* y en medio del sonido de cornetas y tambores, y de las entusiastas aclamaciones de la multitud. Este rarísimo acontecimiento, conocido en la historia de España por la *Farsa de Ávila*, fué duramente castigado por el rey D. Enrique, sin que por eso consiguiera dominar el poder y la arrogancia de los nobles, ni ménos realzar el abatido prestigio de la autoridad real.

A pesar de la decadencia de esta ciudad, tan floreciente en otros tiempos; á pesar de su abatimiento, Ávila respira aún entre los escombros de su antigua gloria y virtud cívica. De ello son buen ejemplo sus grandes hechos de armas en la guerra de la Independencia, y la milicia ciudadana que, á imitación de sus antiguos tercios, presentó en la última guerra civil.

No son pocos los hombres célebres que nacieron y murieron en esta ciudad. Sólo recordaremos entre los últimos á Alfonso

del Madrigal, conocido con el nombre de *el Tostado*, sabio y profundo teólogo, y obispo de Ávila.

En marcha el tren, y á la vista de la ciudad y sus murallas por espacio de un largo rato, se atraviesan grandes trincheras y desmontes peñascosos, que dificultaron é hicieron muy costosa la construccion de la via en esta seccion. Despues el camino es despejado, el cielo claro y el horizonte sin límites : hemos franqueado el último pliegue importante de la sierra.

MINGORRIA.

Villa de 1.100 habitantes, situada en la falda de un cerro y á la margen derecha del Adaja, donde hay establecidos un crecido número de molinos harineros y uno de excelente chocolate. A la salida de este pueblo se hallan unas canteras de piedra, cuya extraccion se hace en su mayor parte para Madrid. Más allá, la estacion de

VELAYOS,

que toma el nombre de un pequeño pueblo, situado en la parte más elevada de la llanura, y cuya industria consiste en fábricas de estameñas, lienzos y tenerías para curtidos.

El trayecto que desde aquí hasta Valladolid vamos á recorrer es llano y cultivado. Esas moles inmensas de granito que de todas partes parecían despeñarse sobre nosotros, y que, ya afectando formas arquitecturales, ya sobrepuestas las unas á las otras, cortaban el cielo en siluetas fantásticas, no volverán á presentarse á nuestra vista.

SANCHIDRIAN.

Siguió la misma suerte que Villalba. Antes de terminada la línea, aquí se detenían los trenes, y tomando las diligencias viajeros y equipajes, atravesaban en algunas horas, que se hacían eternas, las altas mon-

tañas del Guadarrama. Rodean á Sanchidrian jardines bien cultivados y una hermosa ribera, bañada por las aguas del Voltoya. A los diez kilómetros se alcanza la Estacion de

ADANERO.

Villa de 800 habitantes, situada en una planicie y circundada por algunos lagos: su clima es sano, y despejado el horizonte. Tiene una parroquia sólida y moderna, y dos ermitas. La agricultura y tráfico de ganados son las ocupaciones á que se dedican sus habitantes.

ARÉVALO.

Está situada en una pequeña colina, y rodeada por grandes llanuras en la lengua de tierra que forman, al confluir, los rios Adaja y Arevalillo. Su vecindad no pasa de 3.200 habitantes.

Es una de las villas más antiguas de Cas-

tilla, y aún conserva en los restos de sus murallas y dentro de la población numerosas huellas de su grandeza pasada. El antiguo refran, *Quien de Castilla señor pretenda ser, á Olmedo y á Arévalo primero de su parte ha de tener*, demuestra bien claramente la importancia que se daba á esta villa en la Edad Media.

El aspecto general que presenta esta población es muy agradable. Colocada, como hemos dicho, sobre una colina, y cercada por inmensas llanuras, tiene asimismo vistosas rampas, en el fondo de las cuales se deslizan pequeños arroyuelos, que en la licuación de las nieves ó en la época de grandes lluvias se convierten en caudalosos torrentes. — Extensas plantaciones de árboles forman un hermoso fondo al cuadro que describimos; conjunto de elevados campanarios, almenas, torres hundidas, murallas destruidas y casas de color oscuro cubiertas por alegres tejados de un rojo subido.

Entre sus muchas iglesias y conventos, son dignas de atención la de San de Pedro

por su rara arquitectura, por los tres reductos que dan á la iglesia un aspecto de antigua fortaleza, y porque fué el gran templo dedicado á la diosa Minerva; la del Salvador, que, segun indica una inscripcion sobre mármol blanco y dorado que se conserva en la iglesia, fué construida el año 306, por órden de Constantino Magno, como testimonio del afecto que los romanos tuvieron á esta villa, que les fué siempre fiel.

El convento de San Bernardo, establecido en 1524 en la casa que el emperador Carlos V poseia en Arévalo, y que le pidió para este objeto el célebre alcalde Rodrigo del Ronquillo. En esta misma casa vivió durante largos años, y murió, la reina doña María, primera mujer de D. Juan II; y su segunda mujer, doña Isabel, madre del infante don Alfonso, á quien proclamaron sucesor de Enrique IV en Ávila, y desde cuya casa fué llevado por el maestre de Alcántara, D. Juan Pacheco, para ser coronado. Tambien vivieron en ella por más ó ménos tiempo, Isabel la Católica, Carlos I, la emperatriz

doña Isabel, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, los infantes D. Fernando y D. Cárlos y la infanta doña María, que fué despues reina de Francia. Este convento adonde fueron trasladadas las monjas que habitaban el de la Trinidad, construido en 1215, posee una efigie de Nuestra Señora de las Angustias, de singular mérito artístico, que se cree tallada en Antioquía.

En la ermita de Nuestra Señora de la Capilla, destruida en su mayor parte, establecieron su convento los templarios, segun afirma la tradicion.

Arévalo, en vez de destruir, como desgraciadamente sucede en otros pueblos, los recuerdos de su grandeza, conserva hasta donde es posible las ruinas de sus antiguos edificios, y áun á veces las utiliza, como sucede en la plaza de armas de su antiquísimo castillo, donde está perfectamente colocado el cementerio.

Sus paseos y alamedas, cubiertas de frondosos chopos, aunque algo descuidados, ofrecen un sitio de recreo muy agradable.

Su mercado, hoy insignificante, así como su industria y comercio, ha sido de los mejores de Castilla.

No existen datos verídicos para hacer la historia de Arévalo hasta el año 1088, en que fué repoblada por mandato de Alfonso VI, concediéndola fuero de poblacion.

A consecuencia de la entrevista que en 1314 tuvo en esta villa la reina doña María con los infantes D. Juan y D. Pedro para encargarlos de la tutela de su hijo, terminaron los disturbios de Castilla, promovidos por su menor edad y la ambicion de los nobles que deseaban gobernar el reino.

En 1353, y por órden de D. Pedro de Castilla, fué encerrada en el fuerte de Arévalo su esposa doña Blanca, prohibiendo que la viese la reina su madre. Esta desgraciada princesa, abandonada y secuestrada por su cruel marido para poder entregarse más libremente á sus criminales amores con doña María de Padilla, fué llevada de prision en prision por espacio de ocho años, y espiró al fin, víctima de un puñal asesino que cla-

vó en su pecho uno de los agentes del tirano,

Despues de haber visto celebrar dentro de sus muros importantes bodas, de albergar Reyes y Príncipes castellanos, y de presenciar batallas y tratados de paz, vino esta villa, con el título de ducado, á poder del conde de Plasencia, D. Álvaro de Zúñiga, como recompensa otorgada por Enrique IV á los servicios que el Conde habia prestado á Castilla en el reinado de su padre. Este mismo D. Álvaro de Zúñiga fué el que, como hemos dicho en la historia de Ávila, arrancó el estoque á la efigie del rey D. Enrique en el cadalso que se levantó, para destronarle, en los muros de aquella ciudad, el año de 1465.

Despues de una cruel demencia, en que pasó sus últimos dias, espiró en Arévalo el año 1496 la reina doña Isabel, madre de la que un dia, con el sobrenombre de *Católica*, habia de conquistar para la historia de España esas brillantes páginas que no podrán anublar, á pesar de su gran importancia,

ni el establecimiento en Castilla durante su reinado del Tribunal de la Inquisición, ni el encierro forzoso en un claustro de Coimbra de su sobrina doña Juana *la Beltraneja*, á quien muchos defendían como legítima soberana. El cadáver de doña Isabel estuvo aquí depositado hasta que se trasladó á la Cartuja de Búrgos, donde yacía el de su esposo D. Juan II.

Terminarémos la historia de esta villa con un episodio de la última guerra civil, en el que estuvo muy expuesto á perder la vida el célebre general Cabrera. Perseguidas de cerca las tropas carlistas en 1836 por la división que mandaba Iribarren, se vieron precisadas á replegarse á algunos pueblos vecinos, y entre ellos á Arévalo, en donde, creyéndose seguros por aquella noche, se alojaron con la mayor tranquilidad. La columna de Albuin, que debía tener conocimiento de esta retirada, emprendió sigilosamente su marcha, y cuando más descuidados se hallaban sus enemigos, cayeron sobre ellos con tal precipitación y denuedo,

que, sin darles tiempo á reponerse, les causaron un destrozo horrible, cogiéndoles además un gran número de prisioneros, armas y bagajes. El general Cabrera, descuidado como sus oficiales y soldados, vagaba por las calles de Arévalo solo y sin imaginar siquiera que en aquel momento pudieran cernerse sobre su cabeza las sombrías alas de la muerte. Los gritos de rabia de su gente vinieron á anunciarle el peligro que corria; conociendo la imposibilidad de defenderse contra aquella sorpresa, procuró alentar á sus soldados á fin de contener el ímpetu de las tropas de la Reina, y emprender la retirada salvando una parte de su ejército; pero todo fué inútil. Confundido entre los demas, recibió un sablazo y un bayonetazo, pudiendo á duras penas retirarse al monte á favor de la oscuridad. Tal vez allí hubiera perdido D. Carlos su más valiente y decidido partidario, si un cabezalla, llamado La Roca, que iba huyendo como él, no le hubiese encontrado y reconocido. Falto ya de fuerzas, bañado en la san-

gre que corria de sus heridas, fué conducido á la casa del cura de Almazan, donde se le curó con el mayor secreto.

Pasada la Estacion, se atraviesa por un hermoso puente de piedra el rio Adaja, en cuyas aguas se cogen abundantes peces que tienen el mérito singular *de no corromperse*, segun nos aseguraron los vecinos de sus riberas.

ATAQUINES.

Villa de 1.200 habitantes, situada en un plano inclinado de la llanura que riegan los rios Adaja y Zarpadiel.

Su iglesia, toda de ladrillo, de moderna y sólida construccion, es el único edificio notable de este pueblo, que no tiene más industria que la monda del piñon y la fabricacion del carbon de piña.

Por más que sea una fábula, no deja de ser graciosa la etimología que sus sencillos habitantes quieren dar al nombre de esta poblacion. Empieza, segun ellos, en el si-

glo XII y en tiempo de doña Urraca. Refieren que habiéndosele caído una liga á esta Princesa, una vez que salió de caza, se detuvo en el sitio que hoy ocupa el pueblo, y llamando á una de sus doncellas, le dijo: *ata aquí, Inés!*... frase que, aunque un poco adulterada, vino despues á formar una sola palabra.

SAN VICENTE (GOMEZ-NARRO).

Villa de 140 habitantes, sin importancia ninguna. En sus inmediaciones, y en el centro de un pinar, existe la ermita del Cristo de San Vicente, en la que se celebra el 14 de Setiembre una romería muy concurrida por los vecinos de los pueblos comarcanos.

Marchando por un terreno sin accidentes, y dejando á la derecha el célebre castillo de la Mota, se llega á

MEDINA DEL CAMPO.

Villa de 3.000 habitantes, situada en el centro de un llano feracísimo, que baña por su margen izquierda el río Zarpadiel.

Entre sus notables edificios antiguos descuella un magnífico hospital general, construido en 1591, cuya fachada mide cien metros próximamente. Las espaciosas galerías de su claustro, sostenidas por 72 arcos de elegante construcción, son, en su género, una obra grandiosa.

En la iglesia de Santiago están depositados los restos del Marqués de la Ensenada. Este célebre personaje, ministro de España durante el reinado de Fernando VI, que engrandeció la nación, dando vida á la marina, emprendiendo obras de tanta importancia como el canal de Castilla y el camino del puerto de Guadarrama, fué al mismo tiempo el protector más decidido de los hombres de talento de su siglo, el reformador de las universidades, y el constante apoyo de

la educación é ilustración de la juventud española. Desterrado y confiscados sus bienes por intrigas del gobierno británico, cuya política combatía, vivió en extrañas tierras hasta el advenimiento al trono de Carlos III. Nuevos acontecimientos políticos le llevaron desterrado á Medina del Campo, en donde murió el año 1791, dejando en su testamento grandes cantidades en favor de los pobres. Su lujo y la profusión de sus gastos era tal, que dió márgen á que se le acusára de *impureza* en el alto puesto que desempeñaba. Como una prueba de su colosal fortuna, cítase el traje con que un día se presentó en la córte, tan cubierto de brillantes, que se calculó su valor en diez millones de reales.

En una gran plaza rodeada de soportales, y en cuyo centro se alza una elegante fuente, vense los restos de una columna cuyo importante destino en el siglo xvi merece referirse.

Todavía disputa hoy Medina del Campo la primacía en su mercado de granos á otras

ciudades de Castilla. En el siglo á que nos referimos, era, indudablemente, uno de los principales del reino, como lo demuestra su historia recordándonos el movimiento del tráfico y letras de cambio, las primeras conocidas, en la feria celebrada en 1563, cuyo importe se hace subir á la enorme cantidad de ciento cincuenta millones de escudos.

La columna citada, ya entónces rota, que se elevaba en el centro del mercado, era el sitio infamatorio adonde se conducian, y en donde, atados, eran expuestos á la vergüenza pública, los que habiendo contraído un compromiso mercantil durante el dia, no lo cumplian ántes de que el velo de la noche pusiese término al mercado. Esta columna se llamaba *banca-rotá*. Si de aquí se deriva la palabra con que señalamos la quiebra de una casa comercial, no lo sabemos; pero todo induce á creer que aquella piedra de granito, que tan respetable debia ser para los honrados mercaderes castellanos, es la etimología de la palabra que, desgraciadamente para el comercio y para la in-

dustria europea, nos vemos hoy precisados á repetir con harta frecuencia.

En las inmediaciones de esta Villa hay algunas lagunas de agua salada que se cristalizan espontáneamente durante los meses de verano, en cuya época se hace la recoleccion.

El arruinado castillo de la Mota, que desde el camino hemos visto alzarse sobre una pequeña eminencia, fué testigo de los hechos más importantes de la historia de Medina. El famoso arquitecto Fernando Carreño dirigió su construcción en 1440. Sus imponentes restos, que aún ostentan su antigua solidez, la espesura de sus murallas, los espaciosos subterráneos que se extienden bajo los muros de todo el edificio; todo, en fin, recuerda la magnificencia de la antigua fortaleza.

Catalina de Aragon, la desgraciada esposa de Enrique VIII, vió por vez primera la luz del día en este castillo, el año 1486. Esta señora, última hija de los Reyes Católicos, se casó el año 1501 con el príncipe

de Gáles, más tarde rey de Inglaterra, que la repudió despues de diez y ocho años de matrimonio, para casarse con Ana Bolena; la cual no fué ménos desgraciada, pues cansado de ella el inconstante Enrique VIII, la hizo acusar de adulterio y decapitar en 1536.

Cristóbal Colon, el inmortal descubridor de las Américas, vino, segun algunas tradiciones, que creemos mal informadas, al castillo de la Mota, donde residian los Reyes Católicos, á poner á sus plantas el cetro de un nuevo mundo. Si grandes fueron sus penalidades ántes de ver realizado el sueño de su vida, más grande fué el éxito que coronó su colosal empresa.

Oigamos algunas octavas del precioso poema del Sr. Campoamor, titulado COLON, cuyo viaje nos pinta con los más vivos colores la privilegiada imaginacion de este poeta.

Ése es Palos.— Callad.— No oigan que aprisa
Tres buques zarpan, que la noche vela.

—Es viérnes.— Dan las tres.— Sopla la brisa,
Y la más torpe de las naves vuela.

Ya más allá de Saltes se divisa,

Una..... dos..... la tercera carabela.

— ¿Que quiénes son? — Dejad que hasta más tarde,
Yo, cual las sombras, el secreto guarde.

Año noventa y dos.— ¡Arrecia el viento! —
Tres de Agosto.— Es de noche todavía.—

Siglo quince.— ¡La brisa va en aumento!

¡Gran siglo! ¡Año feliz! ¡Glorioso día!

Sigue la flota en blando movimiento,

Del mar de Atlante la ignorada vía.

— ¿Que adónde van? — Dejad que el sol lo cuente

Cuando os muestre su luz por el oriente.

Canta un ave.— Se extinguen los luceros.

¡Bien! Ya los buques ilumina el día:

Pinta y *Niña* se llaman los primeros,

Y el que marcha detras, *Santa María*.

Ya los veis quiénes son; aventureros:

Un tal *Colón* se llama el que los guía.

— ¿Que adónde va? — No sé.— ¿Quién es? — Tampoco;

Unos dicen que un sabio, otros que un loco.—

Dulce es su faz, ¿no es cierto? aunque es severa.

Majestuosa actitud; ropa sencilla.

Tez blanca. Entre su rubia cabellera

Ya la corona de los años brilla.

La vista clara, viva y altanera;

Largo el rostro, saliente la mejilla.

Convence ó encanta cuando mueve el labio.

Tal es el loco, ó, si quereis, el sabio.

En este mismo castillo, donde con tanto
esplendor vió la reina Isabel I brillar la
grandeza del pueblo que gobernaba, y au-
mentar sus estados hasta el punto de que

nadie primero que ella pudiese haber dicho — *En mis dominios no se pone el sol* — célebre frase que más tarde pronunció su nieto Carlos V ; en este castillo, decimos, espiró la Reina Católica, el año 1504. La felicidad de la madre no igualaba al glorioso esplendor de la reina. Muertos sus dos hijos mayores , repudiada Catalina y loca Juana, no pudo resistir á tanta desgracia, y sucumbió en medio de las amarguras de su espantosa melancolía.

El castillo de la Mota sirvió también de cárcel, por espacio de dos años , al hijo natural del papa Alejandro VI, César Borgia. Hecho prisionero por el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba , fué encerrado en esta fortaleza , de donde se escapó con el auxilio del Conde de Benavente. La vida de este personaje es célebre por sus perfidias , sus crueldades y sus desórdenes, entre los que figuran el asesinato, dispuesto por él, de su hermano mayor el Duque de Gandía , y los criminales amores que sostuvo con su hermana Lucrecia. Obispo primero, arzobispo y

cardenal despues, y más tarde duque de Valentinois, nombrado por Luis XII de Francia, cuyo afecto se habia captado, abandonó la púrpura para casarse con Juana de Albret, hermana de Juan III, rey de Navarra. Preso por el papa Julio II, compró su libertad entregando todas las fortalezas que poseia, y se retiró á España. De nuevo sus perfidias le condujeron, como hemos dicho, al castillo de la Mota. Al evadirse de la prision, buscó un refugio al lado del Rey de Navarra, su cuñado; mas pronto su naturaleza inquieta le llevó al encuentro de nuevas aventuras, formando parte de una expedicion de navarros, y muriendo oscuramente en el sitio de Viena, en 1507.

Medina del Campo fué una de las villas que mejor supieron apreciar las grandes cualidades de la reina viuda Doña María de Molina, mereciendo por ello especial mencion en la historia. Más que en ninguna otra circunstancia, se lo demostraron con ocasion de las Córtes convocadas en el año 1303 por su hijo D. Fernando IV. Su acertado gobier-

no, durante la menor edad del Rey, le habia granjeado el amor y el respeto de todos los pueblos, y más principalmente el de su hijo, que, áun teniendo diez y siete años, nada hacia que no mereciera ántes su aprobacion. El infante D. Enrique, envidioso de esta influencia que deseaba ejercer por sí solo, consiguió por medio de la lisonja y de la adulacion interesar el amor propio del Rey para que, con fútiles pretextos, fuese alejándose de su madre, hasta emanciparse por completo de su benéfica tutela. Su primer acto de independencia fué la convocacion de las Córtes que ántes hemos citado, á las cuales, no sólo se negaron á asistir los procuradores de Castilla, sino que el Concejo de Medina, dando un testimonio de lealtad y de respeto á la Reina, le envió diputados, ofreciéndola, si era su voluntad, cerrar las puertas de la villa al Rey y á la Córte. Siempre noble y generosa, no aceptó la Reina este ofrecimiento, pues más que la ingratitud de su hijo, podia en ella el amor que le tenía y el bien y prosperidad

de sus pueblos. Las Córtes se celebraron, y á ruegos del Rey asistió la misma Doña María.

Corto fué el reinado de este monarca, y trágica su muerte por las circunstancias que la precedieron, valiéndole el sobrenombre de *el Emplazado*.

Cuenta la crónica que, estando el Rey muy enfermo en Palencia, mataron á las puertas del palacio á uno de sus favoritos, llamado D. Juan Benavides: inútiles fueron cuantas diligencias se practicaron para encontrar al asesino, resultando sólo algunas sospechas sobre los hermanos Carvajales, que se habian ausentado de la poblacion. El tiempo, que todo lo borra, borró tambien aquel acontecimiento de la memoria de los cortesanos. Sólo el Rey debia aún recordarlo y meditar en silencio el castigo, ó mejor dicho, la venganza, pues al pasar por la villa de Martos, donde residian los Carvajales, mandó prenderlos, y sin oir la justificacion que pedian hacer de su inocencia, sin la instruccion de ninguna clase de

proceso, hizo que los arrojasen desde una alta peña, que aún existe y enseñan los habitantes de aquella villa. Esto sucedía el 8 de Agosto de 1312: los Carvajales, viéndose tan inhumanamente tratados, pusieron á Dios por testigo de su inocencia y emplazaron al Rey para que ante su inapelable tribunal compareciese con ellos dentro de treinta dias. Fuese casualidad, fuese un merecido castigo de la Providencia, el 7 de Setiembre del mismo año, es decir, á los treinta dias justos del emplazamiento, se acostó el Rey con más salud que nunca, y le encontraron muerto sus servidores al ir á despertarle.

Durante el reinado de Fernando IV murió en el campo de Algeciras Alonso Perez de Guzman, llamado *el Bueno*. Su vida fué una continuada serie de actos de nobleza, de virtud y de heroismo; y si siempre son raros estos modelos de hidalguía, lo eran más en aquella época, en que los nobles y los capitanes vendían su honra por falsos honores ó por un despreciable puñado de oro.

No hay un historiador que no admire y enaltezca los hechos y la conducta de Guzman *el Bueno* : todos le juzgan de la misma manera. Cumplido caballero y esforzado campeón, nada hizo que no fuera justo; nunca desmintió su fidelidad acendrada, ni la más leve mancha empañó su honra. Vivió leal y valiente, y murió como había vivido : defendiendo á su patria y á su rey.

En su defensa de Tarifa contra el infante D. Juan, hay un hecho que le coloca en una esfera superior á la en que vivieron y vivirán los héroes más esclarecidos : es tal su naturaleza, que no quisiéramos verla contada en la historia del mundo más que una vez.

En aquel momento terrible, decisivo, pudo el deber del caballero ahogar el amor del padre, y darle fuerzas suficientes para arrojar al campo su daga á los que le amenazaban con matar allí mismo á su hijo si no entregaba la plaza. — *Antes querré que me mateis ese hijo*, contestó Guzman, *y otros cinco si los tuviese, que non daros la villa*

del Rey, mi señor, de que le hiciera homenaje.—

Mas, al presentarnos la historia á este padre infeliz sacrificando en aras de la patria y en el servicio del Rey sus más tiernas afeciones, no nos dice, ciertamente, que, por un falso alarde de heroismo, tratemos de imitarle. Si alguna vez se encuentran en la historia hechos semejantes, debemos bajar la cabeza con respeto ante la grandeza de alma del héroe. La *parodia* de su defensa de Tarifa no debe premeditarla nadie. Estos sacrificios se hacen, pero no se piensan: de otro modo, se convertiria una accion grande, sublime, en un parricidio vulgar.

Medina es la Estacion de empalme con la línea de Zamora. Hay fonda, estacion telegráfica y diligencias para Salamanca y otros puntos.

POZALDEZ.

Villa de 500 vecinos, situada en una pequeña eminencia que se descubre á la izquierda del camino.

Así como el valle de Champagne no produce todo el vino que con su etiqueta se consume en el mundo, tampoco es suficiente la cosecha de Jerez para atender á los grandes pedidos que de todas partes hacen de su vino. Esta falta la suplen otros, y entre ellos los de Seca, Rueda, Pozaldez, etc. Desde esta estacion se expiden á Santander, y desde Santander á Jerez, en donde, mezclados con la cosecha del país, se transforman en ese licor tan apreciado por los extranjeros, y muy particularmente por los ingleses.

Siete kilómetros más adelante está la Estacion de

MATAPOZUELOS.

La villa de que toma el nombre se ve á la

derecha. Su poblacion es de 300 vecinos próximamente.

La iglesia parroquial, de órden romano, en la que llama la atencion el altar mayor por su construccion lujosa, y el magnífico edificio destinado á Casa Consistorial, no merecen, por cierto, que los pasemos en silencio.

VALDESTILLAS.

Se ve á la izquierda. Su poblacion no pasa de 400 almas. El puente sobre el Adaja, que abre paso á la villa, fué cortado en la retirada del ejército frances, despues de la batalla de Arapiles, donde sufrió el general Marmont una completa derrota.

Engruesado considerablemente el rio Adaja por el Eresma, que arrastra en su cauce mucha más agua que aquél, á quien, sin embargo, sacrifica su nombre, fué menester construir sobre él un soberbio puente, que atraviesa el tren en pocos momentos.

De pronto desaparecen las inmensas lla-

nuras donde la vista se perdía sin encontrar más límite que el lejano horizonte. Un hermoso pinar nos defiende por ambos lados de los abrasadores rayos del sol. El verde oscuro de los ramajes, que dejan al coche en una semi-oscuridad, produce en el ánimo del viajero una impresión triste y melancólica; mas pronto la frescura del bosque renueva el aire sofocante de los vehículos, y la melancolía se convierte instantáneamente en un bienestar agradabilísimo.

De Valdestillas sólo dista 6 kilómetros la Estación de

VIANA.

Cuyo pueblo no ofrece nada que sea digno de mencionarse.

El tren pasa el río Duero por un magnífico puente de hierro; nuevos pinares y bosques de encinas se presentan á nuestra vista: despues se descubre el encantador panorama donde tiene su asiento la antigua capital de Castilla la Vieja.

VALLADOLID.

Un cielo despejado y claro sirve de hermoso techo á la ciudad industrial, á la noble Córte de los monarcas castellanos.

Situada á la márgen izquierda del Pisuerga, que la acaricia con sus aguas, y enriquecida por el canal de Castilla, alza Valladolid sus antiguos edificios en un extenso y dilatado valle. Su poblacion es de 24.000 habitantes próximamente.

Las altas chimeneas de sus fábricas, el ruido, sordo unas veces y vibrante otras, pero siempre acompasado, de los martillos sobre el yunque, de los mazos en los talleres; y ese no sé qué de vida, de actividad y de movimiento, que ya empieza á notarse en la Estacion y que se ve por todas partes al salir de ella, anuncia el pueblo rico, industrial y comercial.

La Estacion, de primera clase, ocupa una gran esplanada. Magníficos edificios se ven aquí y allá diseminados; los talleres de la

Compañía son espaciosos, cómodas las oficinas, y buenas, en fin, todas las construcciones hechas para el servicio de esta importante Estacion.

Antes de entrar en la ciudad se atraviesa un paseo que llaman *Campo Grande*, debiendo llamársele *Interminable*. Está formado por calles de árboles, anchas y rectas, donde los alegres vallisoletanos descansan por la noche de las faenas del día, y se solazan escuchando los acordes sonidos de las músicas de la guarnición.

Adquirió el nombre de *Campo* por haberlo concedido en este sitio Fernando IV para una liza entre los caballeros Carvajal y Benavides, de la cual salió muerto el primero. Fué también *Campo de la Verdad*, porque allí acudían los caballeros á sostener con la espada ó la lanza la razon de sus desavenencias. Famosos tiempos aquéllos, en que el duelo era un género de prueba en las cuestiones judiciales, y la razon estaba siempre de parte del que con más fuerza ó con más destreza pegaba la mejor cuchillada. Ce-

lebráronse en él justas y torneos, mereciendo especial mencion el que hubo en 1440 con motivo de las bodas del príncipe D. Enrique con doña Blanca de Navarra. Peleábase con lanzas de punta acerada, y perecieron varios de los caballeros que tomaron parte en la liza.

Tambien, para su oprobio, se encendieron las hogueras y celebraron en este Campo las sentencias impuestas por el Tribunal de la Inquisicion.

El primer *auto de fe* tuvo lugar el 21 de Mayo de 1559, en presencia de los príncipes D. Cárlos y doña Juana, quemándose al doctor Cazalla, propagador de las doctrinas de Martin Lutero.

Al regresar Felipe II á España, despues de la abdicacion de su padre, supo con pesar que ya llegaba tarde para presenciar el *auto de fe*, y pidió que se verificase otro. Como las víctimas no escaseaban, poco tardó el Inquisidor general en satisfacer sus deseos, pues el 8 de Octubre del mismo año consumia por segunda vez la hoguera una

gran masa de carne humana. Cuarenta desgraciados fueron condenados al suplicio, presenciando la ejecución Felipe II y sus hijos : allí fué donde el piadoso monarca contestó impasible á un oficial distinguido de su ejército, arrodillado sobre la leña que iba á consumirle, estas memorables palabras:— «No hay perdon para la herejía. Si el Príncipe mi hijo, el heredero de mi trono, estuviese en tu lugar, yo mismo prenderia fuego á la hoguera.»—

El tercer espectáculo de esta clase, que tan del gusto parecia de los monarcas de aquella época, puesto que con su presencia los autorizaban, y que lo era, sin duda ninguna, de las masas populares, las cuales, no sólo lo presenciaban, sino que aplaudian frenéticamente cada vez que un nuevo condenado era arrojado á la hoguera, se verificó el 28 de Octubre de 1561, quemándose dos impenitentes llamados Carlos Sessé y Juan Sanchez. Refiere la tradicion que, al sentir el segundo rotas por el fuego las ligaduras que le sujetaban al palo, trepó hasta la

punta con increíble agilidad, en cuyo momento, los religiosos que le auxiliaban le exhortaron á que abjurase de sus errores, prometiéndole, en cambio, que *sólo sería ahorcado*. O porque le pareciera que en el cambio no ganaba mucho, ó porque su fanatismo le diera fuerzas bastantes para sufrir el suplicio á que habia sido condenado, contemplando con ojos espantados á su compañero, que se dejaba abrasar con una tranquilidad estoica, se arrojó al fuego gritando: « ¡Leña! ¡leña! »

Una larga y espaciosa calle conduce á la *Plaza mayor*. Rodéanla hermosos edificios, apoyados en su parte inferior sobre columnas de una sola pieza, que forman, por tres de sus lados, vastos soportales. En la fachada de una de las casas del ángulo de la derecha, así como en otras várias de Valladolid, se ven unos medallones de hierro representando una cabeza con la lengua atravesada por una argolla, los cuales, dice la tradicion, se colocaron despues de la ejecucion de D. Álvaro de Luna, para señalar

afrentosamente las casas en que vivian los jueces que firmaron su sentencia de muerte. El otro lado de la Plaza lo ocupa la Casa Consistorial, reedificada en 1561. Los soportales de que hemos hablado, y que llevan por nombre la *acera*, sirven de paseo en los meses de invierno. A ciertas horas de la tarde, es tanta la afluencia de gente que allí acude, y tan grande la confusion que produce la marcha de los paseantes en direcciones opuestas, que sólo llevando el paso mesurado de una procesion de Viérnes Santo, ó teniendo una cabeza de hierro, puede salvarse el forastero que tenga la imprudencia de meterse en aquel infierno, de las angustias de un espantoso mareo. Dentro de la Plaza hay un precioso jardin, en cuyo centro se ve un pedestal que debe servir para elevar la estatua del primer Conde de Ansurez.

Muchos y buenos son los edificios que enriquecen el arquitectural museo de antigüedades encerrado en los muros de Valladolid; y por consiguiente, sería una tarea

interminable querernos detener en todos.

Vamos sólo á señalar los que, por sus recuerdos históricos ó por su importancia real, deben ser visitados, empezando por la iglesia erigida en catedral por Clemente VIII en 1595. Su construcción empezó en 1527, bajo la dirección de Diego Riaño; después de Juan de Herrera, que no pudo terminarla, por haber sido llamado al Escorial por Felipe II para continuar la obra del famoso monasterio; y por último, de Churriguera, cuya mano se conoce desde el momento en que se pisa el umbral de la iglesia. Tres fueron, pues, los célebres arquitectos que dirigieron esta obra, y sin embargo, no está terminado más que el coro con arreglo al plano que formó Juan de Herrera, tomando por modelo la catedral de San Pedro en Roma. En la sacristía puede verse un diseño de yeso, sacado exactamente de los planos formados por Herrera, los cuales, con la firma de su autor, existen también en la misma sacristía. Su interior, de orden corintio, consta de tres grandes naves con sus

correspondientes capillas. El sencillo altar mayor, considerado como provisional, pues se levantó á fin de utilizar el templo aun no terminado, como hemos dicho, puede considerársele definitivo. No es fácil que se hagan nuevos gastos en la construcción de otro altar, con tanto más motivo, cuanto que ántes sería necesario atender á la reedificación de la única torre de este templo, desplomada en 1841, y cuya falta perjudica á la vista exterior de la obra, dándole un aspecto de gigante mutilado. En una de las capillas se halla colocado el modesto sepulcro de D. Pedro Ansurez. Sobre la urna sepulcral se ve echada su estatua, adornando una espada y escudo, que dicen ser suyos, la parte superior, y dos inscripciones en verso el lado izquierdo.

El convento de San Pablo es un hermoso edificio gótico, mandado construir en 1276 por la reina doña Violante, esposa de don Alfonso *el Sabio*, y terminado en el siglo xvii. Su gran portada, obra de los arquitectos Juan y Simon de Colonia, llama

con justicia la atención. Labrada su piedra en el siglo xv, participa de todos los caracteres propios del gusto ojival florido; sus combinaciones de arcos, columnillas, estatuas, doseletes, franjas y tracería, forman una creación tan artística, que bien puede llamársele un modelo de refinamiento. El remate de la portada se atribuye al célebre Berruguete, discípulo de Miguel Angel, y como él, arquitecto, pintor y escultor. En esta iglesia recibieron las aguas del bautismo todos los reyes que nacieron en Valladolid.

Es notable el colegio de San Gregorio, por su portada de una invención más artificiosa que la del convento de San Pablo. Fué labrada en 1488, y se atribuye su dirección á Juan de Juni, uno de los buenos escultores de aquella época. Los claustros, adornados con todo el gusto del estilo ojival, la gran escalera y algunas puertas admirablemente talladas, son obras de un verdadero mérito.

La aristocrática fundación del convento

de las Comendadoras de Santiago tuvo, según refieren los historiadores, un origen digno de recuerdo. Cuando el ejército de los Reyes Católicos tenía puesto sitio á Granada, reuníanse varias damas castellanas en uno de sus palacios de Valladolid, elevando á Dios sus oraciones por el triunfo de sus esposos, si aún eran vivos; por el descanso eterno de sus almas, si ante las murallas granadinas habían ya muerto como buenos. Una de estas señoras, doña María de Zúñiga, concibió el proyecto de convertir en convento aquella piadosa sociedad: ordenó las condiciones y estatutos, y en 1506 consiguió del Pontífice la licencia para su fundación. Entre las joyas de inestimable valor que la iglesia guarda en su seno, dicen que figura un crucifijo de oro que la desgraciada María Estuardo, reina de Escocia, conservó colgado al cuello hasta sus últimos momentos.

Otras iglesias tiene Valladolid que encierran joyas de gran valor, y que por su mérito artístico llaman la atención de los

inteligentes; pero nosotros nos limitaremos á decir que son 19 las iglesias, 24 los conventos de frailes y 18 los de monjas.

Cuando Felipe III trasladó la corte á Valladolid, en 1561, no existia más que un pequeño Palacio Real en la plaza de San Pablo, donde hasta Felipe II habian residido constantemente los monarcas españoles. No considerándolo Felipe III bastante capaz para la corte y oficinas de la Administracion, compró al Duque de Lerma algunas casas que poseia, contiguas al Palacio; hizo obras muy costosas, y lo dejó en el estado que hoy tiene. Su aspecto exterior no puede ser más pobre; pero en el interior hay encerradas grandes riquezas artísticas. Su patio principal, formado por arcos de extrema elegancia, la rara belleza de los medios relieves de Berruguete, y sobre todo, la galería titulada de Saboya, son obras de un mérito poco comun.

El Museo provincial, establecido en el mismo edificio que ocupaba el célebre colegio de Santa Cruz, fundado en 1492 por el

cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, tiene una rica colección de pinturas y esculturas de Miguel Angel, Velazquez, Vandyck, de Pompeyo, Leoni, Juni y Correggio, y una biblioteca con más de 20.000 volúmenes, admirablemente arreglados.

La Universidad, fundada por Alfonso VIII en Palencia, y trasladada despues á Valladolid, ocupa un sólido edificio, cuya fachada ofrece á la vista el más extravagante modelo del gusto churrigueresco. Tiene en su interior varios retratos de Reyes, estatuas de sus principales protectores, y una biblioteca con 16.000 volúmenes.

El hospital de dementes fué fundado en 1489 por D. Sancho Velazquez de Cuellar: la cláusula de su testamento en que dispone la fundacion, dice :— «Para que en él se recojan las personas que carezcan de seso ó juicio natural por enfermedad ú otra manera, pero no por vejez.»— Despues de su primitiva construccion recibió grandes mejoras, siendo hoy uno de los principales establecimientos de su clase.

Grandes paseos, sombreados por álamos frondosos, plaza de toros, casino, liceos, elegantes cafés y un hermoso teatro, además de otros varios de menor mérito, son los principales sitios de recreo que posee Valladolid. Lleva aquel teatro el nombre de *Calderon de la Barca*. Aunque algo más pequeño, es una imitación del Real de Madrid: tiene cómodas butacas, lujosos palcos y magníficos salones para baile.

En el piso principal de una de las casas del Rastro, cuyo número no puede señalarse con exactitud, habitó el inmortal autor del *Quijote*. Desgraciado, como todos los grandes genios, vivió pobre y murió casi en la miseria. El justamente aplaudido poeta, Sr. Serra, pone en su boca esta bellísima quintilla al final de la pieza que titula *El Loco de la guardilla*:

Si Lope me adivinó
Al darme famoso mote,
La patria ingrata no vió
Que *Cervántes* no cenó
Cuando concluyó el *Quijote*.

Siendo camarero del cardenal Aqua-viva, sentó Cervántes plaza de soldado y asistió con valor heroico á la batalla de *Lepanto*, en la que recibió dos arcabuzazos en el pecho, y uno en la mano que le dejó manco. Al volver á España, fué apresado y encerrado como cautivo en las mazmorras de Argel, de donde su familia pudo al fin rescatarle haciendo grandes sacrificios y vendiendo todo cuanto poseia. Poco despues asistió á la conquista de Portugal; y en medio de esta vida agitada y llena de privaciones, escribió y publicó su primer libro *La Galatea*: dedicóse más tarde y con buen éxito á la poesía dramática; y fué, por último, empleado de la Administracion pública, en cuya época, y sin que haya podido saberse la causa, estuvo preso en la cárcel de Argamasilla, donde escribió su inmortal *Quijote*. Cuando Felipe III trasladó la córte de Valladolid, Cervántes vino con ella á Madrid, en donde murió, el año de 1616, á la edad de setenta y tres años.

Las vicisitudes que atravesó durante su

vida, dieron algunas veces pretexto para que la maledicencia se cebára en su honra. La posteridad, sin embargo, le hizo justicia, y su nombre, limpio de toda mancha y rodeado de una auréola de gloria, ha llegado á ser la envidia de los extraños y el orgullo de nuestra literatura nacional.

Ventura de la Vega, el inolvidable autor de *El Hombre de Mundo*, arrebatado á las Musas cuando tanto podían aún esperar de su talento, nos ha dejado perfectamente descritos, en las tres décimas que siguen, la admiración y el respeto con que se oye en todo el mundo pronunciar el nombre de *Cervántes*:

Si de Norte á Mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día;
Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos ántes;
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan, y la frente bajan,
Cuando decimos: *Cervántes*!
Roma y Grecia, que al acero

Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero*.
Contra el destino severo,
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.

¿Puede el *Quijote* morir?—
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondéis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto*.—

¡Gloria al que es del orbe encanto!

¡Gloria al ingenio fecundo,

Festivo á un tiempo y profundo!

¡Gloria al *Cautivo de Argel*! —

Aun nos llamamos por él

La primer nacion del mundo!

A propósito hemos dejado de hablar, hasta este momento, de la pequeña plaza del Ocho. En ella tuvo lugar, el 2 de Junio de 1453, un espectáculo que la hizo célebre: la decapitacion del condestable don Álvaro de Luna. Llena este personaje tantas páginas de la historia de aquel tiempo, que nos ha parecido que nuestros lectores han de ver con gusto los siguientes apuntes

biográficos, sacados de las crónicas de su tiempo y de sus modernos críticos, que, si no completa, dan una idea bastante exacta de su vida.

DON ÁLVARO DE LUNA.

En el siglo xv, en ese siglo de revolución moral y política, en que las letras florecían en medio de las sangrientas revueltas del reino; en que los grandes, convertidos en tiranuelos, peleaban entre sí, mientras escribían sus obras immortales Jorge Manrique, Perez de Guzman, Villena, Santillana y Juan de Mena, vivió y murió el poderoso Condestable, el insigne favorito D. Álvaro de Luna, cuya figura descuella entre las más grandes de su tiempo.

Ni el año de su nacimiento, ni su origen materno, son bastante conocidos. Sábese únicamente, con seguridad, que fué hijo natural de otro D. Álvaro de Luna, copero mayor de Enrique II, y que abrió los ojos á la luz del dia hácia el año 1387.

Siendo aún niño pasó á la córte de don Juan II, que á la sazón se hallaba en Guadalajara, siguiéndola despues á Valladolid y otras partes. Su gracia y su precoz ingenio le granjearon la amistad y el cariño de muchos; pronto tuvo tambien envidiosos y enemigos. Y ¿cómo no habian de suceder ambas cosas? Los genios superiores van siempre acompañados del amor ó del ódio; jamas de la indiferencia.

Veamos el retrato que de él nos hace el más moderno y entendido de sus críticos, Sr. Rizzo:

«De cuerpo no alto, pero bien entallado y dispuesto y aparente, y todo nervios y huesos; pequeños los ojos y flaco el rostro, pero aquéllos y éste expresivos, y de agradable vista y noble; la tez blanca, hundida la boca, ancha la frente, y ántes de tiempo calvo. De aire y porte señoril, tuvo aún desde niño grabada en el semblante la autoridad y el mando, que se parecen en el rostro á quien ha nacido con alma superior á las otras. Insinuante y persuasivo en el aspec-

to como en las palabras, metíase en el corazón y ganaba las voluntades; parecía que tuviese el dón de atraer, y se llevaba de calle, como suele decirse, á los demas. Cantaba bien y donosamente. Vestia con magnificencia, con lujo y con gracia, y le sentaba airosamente la ropa. Excelente jinete, supo dar buena apostura al caballo y á las armas, que manejó con destreza suma, lo mismo en la lid que en las justas y torneos, á que era aficionado como D. Juan II, y donde fué maestro, así en sacar invenciones como en disponerlas; en el juego de la ballesta no tuvo rival; en montería fué grandemente entendido. Amigo de ceremonias y de todo lo que fuese mesurado y diera autoridad, rodeaba de pompa al Rey. Era bien criado y cortés, afable, jamas soberbio, y no sólo escuchaba á los demas, sino que les pedia parecer, sin que por ello le faltase la virtud de la resolucion. Precióse de linaje, aunque algo sin causa, por su bastardía. Protegió las letras y compuso él tambien versos, porque «sabía leer y escribir lo

que convenia para caballero. » Era por extremo liberal, y áun más tratándose de los suyos ó de los que le sirviesen bien. Pudo, sin embargo, tachársele de codicioso, no de avaro y ambicioso, para dar á manos llenas y para poder resistir á sus enemigos, fuera de que sobre ello escribia en una carta á un su amigo: *Quidquid venerit ad me non ejiciam foras*; y la fortuna pareció poner empeño en mimarle y engrandecerle. Dado á caballerías, valiente hasta parar en lo temerario, cuando no en lo heroico (y esta cualidad le duró hasta la vejez), fué siempre el primero en la pelea, animando á los suyos con el ejemplo, buen soldado y buen capitan de los de aquellos dias. Nunca se le vió sin espada ni espuelas. Incansable del cuerpo, sufrido de ánimo, activo en todo, y paciente si convenia, prudente, discreto, avisado, diestro, sagaz, cauto, atrevido, alcanzábasele tambien ser lisonjero con dignidad é ingenio, y en los trances no le faltaban recursos. De gran corazon y de gran valor en las ocasiones, pero del valor que

no se aprende á tener en la guerra, sino en los reveses de la fortuna y en sus golpes y contrariedades, jamas quiso reconocer superior en nadie, por donde de ninguno acostumbró aceptar dádivas como no fuera de su Rey, ni le movieron promesas en sus resoluciones. Fué, mal que pese á quien mal le quiso, de alma noble, cristiana, generosa, desprendida; que perdonó muchas veces á sus enemigos é intercedió por ellos; que procuraba atraerse á todos con beneficios, aunque halló casi siempre ingratos y desleales, quien, con ser fruta de todos los tiempos, lo fueron singularmente de aquéllos. Disimulaba las injurias, y él mismo era disimulado, como ha de ser todo hombre cortesano.»

Nombrado paje de D. Juan II cuando apenas habian trascurrido dos años desde su entrada en la córte, supo de tal manera ganarse el afecto del tierno Monarca, que éste no acertaba á vivir sin la compañía de su amado doncel; hasta el punto de que habiéndose ausentado una vez por pocos dias,

se advirtió en el Rey ta. tristeza, que fué preciso suplicar á D. Álvaro que regresase inmediatamente á la córte.

No era menor el cariño con que las doncellas de palacio le obsequiaban, ni tampoco D. Álvaro pensaba que, para dominar las masas humanas, fuera menester divorciarse del amor; mas supo esquivar por algun tiempo los comprometedores halagos de las que querian unir su suerte á la suya, pues aunque inclinado entónces á las damas, gustábale más que en público, ser su amador en secreto.

En las justas y torneos que se verificaron el año 1418 en Medina del Campo, á consecuencia del matrimonio del Rey con su prima doña María de Aragon, y en las que dos años más tarde tuvieron lugar en Madrid para celebrar el acto de entregársele la gobernacion del reino, mostró tanto valor, tanta gracia y gentileza D. Álvaro, que en ellas hizo el Rey, y con el Rey las damas, más pública la aficion que le tenian.

Sea de ello una muestra el siguiente ac-

cidente que ocurrió en las últimas fiestas mencionadas, y que pudo ser fatal á la vida del favorito.

Presentóse en el palenque un caballero, pidiendo correr lanzas.—Aceptado el reto, le salió al encuentro D. Álvaro, vencedor hasta entónces, luciendo muy ufano y arrogante su rica armadura, y una joya de seda y oro que para aquel dia le regaló la más predilecta de sus amigas. Al bote impetuoso con que ambos se encontraron en la carrera, saltó el caballero contrario de la silla á las ancas de su corcel, pero el roquete de su lanza hirió al mismo tiempo al de Luna con tal fuerza, que causándole una grave herida en la frente, fué necesario suspender la justa, y con esto terminaron las fiestas.

Hizo el Rey grandes demostraciones de sentimiento y del favor en que le tenía, visitándole continuamente mientras no se restableció de la herida, que puso en riesgo su vida; y las hermosas doncellas, no satisfechas con haber derramado abundantes lágrimas, hicieron según refiere la *Crónica*, entre

otros votos y promesas por verle sano, el de « non comer cabeza jamas en algun tiempo de ninguna cosa que fuese », por haber sido el de Luna herido en ella.

La privanza del favorito, su influencia en la política del reino, y las crecientes distinciones y favores que diariamente recibia del Monarca, no podian ser miradas con indiferencia ni áun por aquellos á quienes más habia engrandecido.

Sin embargo, poco conseguian por entónces las intrigas de sus enemigos; pues si valiéndose de reprobados medios, alcanzaban un corto destierro para el privado, no podian amenguar el afecto del Rey, que si cerca le queria, áun más le queria ausente. Al revés de otros privados, que, cayendo, caen para siempre, cada vez que él fué echado de la córte, se volvió á levantar con mayor fuerza y vigor.

No perdia el Rey ocasion de mostrarle su preferencia. Habíale ya hecho donacion de varios pueblos, y despues de la rebelion del infante don Enrique con la nobleza, que

consiguió prender al Rey en Tordesillas, y de la que se libró merced á la acendrada lealtad, á la enérgica decision y al feliz ingenio de don Álvaro, le elevó á la dignidad de Condestable de Castilla, y más tarde á la de Maestre de Santiago, que era el cargo de más poder y rentas en España.

Era D. Juan aficionado á justas y torneos, y satisfecho con las que el Condestable disponia continuamente para distraerle, descargaba en él todo el peso de los cuidados del Gobierno.

Castilla no tenía motivo para quejarse de la gobernacion de D. Álvaro. Era prudente, y le sobraba valor y arrojo en las ocasiones. No fué tirano ni ambicioso, como sus enemigos le llamaban. Cuanto tenía se lo habia dado el Rey, que engrandeciéndole á él se engrandecia á sí mismo. Fué, sí, el primer hombre político de su edad, y para serlo, para lograr el fin á que se dirigia, necesitó disponer de aquel poder colosal. Supo tener á raya la abominable ambicion de los Grandes, y el insufrible orgullo de los Infantes;

y á unos y á otros dió el envidiable ejemplo, en su época, de ser el único Grande que permaneció siempre fiel á la corona. Nació leal y de noble corazón, y es sólo de almas ruines mostrarse ingrato.

Mas el favor de los reyes nunca es constante; y si el que D. Juan II dispensó á su privado iba más allá de los límites de lo ordinario, no habia de ser, sin embargo, una excepcion en la historia.

Para destruir su poder fueron impotentes los manejos políticos, la reunion de los Grandes y la fuerza de las armas; pero lo lograron la traicion de un deudo ingrato y la ingratitud de una mujer.

El matrimonio del Rey D. Juan, viudo de cinco meses, con la Infanta de Portugal doña Isabel, concertado por el Condestable sin conocimiento del Monarca, fué el primer paso dado en el camino de su perdicion. Calculaba D. Álvaro que, siendo él quien elevase á esta princesa al trono de Castilla, habia de serle adieta siquiera por reconocimiento. ¡Cruel desengaño!

No era esta boda del agrado del Rey, que deseaba casarse con la hija primogénita de Carlos VII de Francia; pero no tuvo valor para oponerse á los planes del favorito, y aunque por ello le conservó siempre rencor, se sometió á su voluntad pronunciando estas proféticas palabras: — *Me caso porque él lo quiere; pero tal vez meta en Castilla á quien de Castilla le eche.* —

No se equivocó el Monarca. La Reina, que pronto cautivó á D. Juan con su hermosura, léjos de favorecer al hombre á quien debia la corona, fomentaba el disgusto que por él empezaba el Rey á sentir. Así recompensaba el inmenso favor que le debia.

En Alonso Perez de Vivero encontró la Reina un aliado digno de su perfidia. Para juzgarle bien, es necesario conocer lo que de él dice el cronista del Condestable. — «Hízole pasar (D. Álvaro) de zapato á lazo, de hombre de á pié y de poco valor á tan alto estado, que por su mano le nombró el Rey señor de la villa de Vivero y de otros lugares y castillos, y su contador mayor, y el

principal de su Consejo despues del mismo Maestro, y le colmó de riquezas, etc.» — Con efecto, D. Álvaro le sacó del polvo de la nada; mas no es la gratitud una de las virtudes más frecuentes en el género humano. Cuando conoció que el aura del favor Real empezaba á abandonar al Condestable, buscó un apoyo más eficaz; y no le importó, para merecerlo, cometer la más infame de las traiciones.

Conocida por D. Álvaro su alevosía, hizo venir á su presencia, y con sanos consejos procuró apartarle de la mala senda que habia emprendido. Inútil generosidad: no atreviéndose á herirle de frente, y ayudado siempre por la Reina, le preparó cobardemente multitud de celadas en el campo, en las calles, en palacio. Llegaron las cosas á un extremo que, para la seguridad de su propia vida, comprendió D. Álvaro que era imposible dilatar el castigo del malvado.

Estaba á la sazón la córte en Búrgos.

Mándole llamar por segunda vez, y poniéndole ante los ojos unas cartas que ha-

bian caído en su poder, le preguntó si conocia la letra. Palideció Vivero al ver las pruebas de su traicion.— *Con tiempo osa visé y os dije lo que os esperaba*, añadió el Condestable; *cúmplase ahora*.—Y mandó arrojarle por un balcon de la torre en que se hallaban.—Era el Viérnes Santo, 30 de Marzo de 1453.

Grande fué el delito seguramente, y no tratamos de disculparlo: pero ténganse en cuenta las circunstancias que mediaron ántes de llegar á este punto; la necesidad que tenía D. Álvaro de obrar en su propia defensa; y por último, quién fué el muerto y quién el matador, cuya vida se condensa en los siguientes versos, que la *Crónica* atribuye al Maestro de Santiago:

Al águila el balletero
Con sus plumas la fidió,
Así hizo el de Vivero,
Que en mi casa se crió.

La muerte de Vivero precipitó la caída de D. Álvaro, pues empezaron todos sus enemigos á temer que les hiciese correr la mis-

ma suerte. Pocos dias despues, el 4 de Abril de dicho año, era cercado el castillo en donde residia el Condestable dispuesto á defenderse; pero se rindió al recibir un seguro del Rey para su vida, su libertad, bienes y haciendas.—*Hagan*, dijo entónces, *Dios y el Rey lo que de mí quisieren*.— Los sucesos posteriores demuestran la manera que tuvo D. Juan II de respetar su firma y guardar sus juramentos.

Trasladado á la fortaleza de Portillo, se mandó instruirle proceso: miéntras tanto, se confiscaban y repartian sus bienes entre sus principales enemigos, siendo el mismo Rey uno de los que con más afan buscaban sus tesoros.

La sentencia que siguió al proceso fué la que era de suponer y el Rey deseaba. ¿Qué importaba que no hubiese causa para ello, ni que le negasen la defensa á D. Álvaro, si así convenia á sus acusadores y jueces? Despues de llamarle usurpador de la corona Real, y de decirle que habia tiranizado y robado sus rentas, terminaba de este modo:

—*Hallan que por derecho debe ser degollado, y despues, que le sea cortada la cabeza é puesta en un clavo alto sobre un cadalso ciertos dias.*—

Sacáronle de Portillo y le condujeron á Valladolid, sitio destinado para la ejecucion, teniendo la crueldad de aposentarle en la misma casa de Alonso de Vivero, donde los criados le llenaron de injurias y denuestos.

Cuando el Condestable conoció que se acercaba el último dia de su vida, se preparó á recibir cristianamente su muerte. Llegada la hora, salió la fúnebre comitiva en direccion á la plaza del Ocho, donde se habia levantado el cadalso, cubierto de un paño negro. Marchaban dos religiosos á su lado, y delante los pregoneros diciendo en alta voz :—*Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro señor, á este cruel tirano é usurpador de la corona real, en pena de sus maldades é deservicios, mandándole degollar por ello.*—Llegado al patíbulo, se apeó de la mula en que iba montado, subió con paso firme las gradas, ten-

dió con frente serena una desdeñosa mirada hácia todas partes, se arrodilló ante un crucifijo que allí había colocado entre dos antorchas, y dió dos paseos por el tablado, como si pensára en dirigir por última vez su palabra á la inmensa muchedumbre apiñada en derredor del patíbulo. Luégo, mirando á un paje que le había acompañado, y dándole una sortija que se quitó del dedo, le dijo: — *Toma el postrimero bien que de mí puedas recibir.* — Al llanto con que el paje acogió estas palabras, respondió el llanto de todo un pueblo; porque el pueblo le amaba, y su amor fué una de las causas que se alegaron para sentenciarle. Viendo despues á un caballero del príncipe Enrique, — *Vén acá,* le dijo, *aconseja al Príncipe, tu señor, que mejor galardone á los que lealmente le sirven, que el Rey, mi señor, me ha galardonado.* — Y componiéndose los pliegues de su ropa, y entregando al verdugo una cinta para que con ella, y no con el cordel, le atase las manos, le preguntó qué significaba el garfio de hierro que se veía

sobre el madero; cuando supo el objeto á que le destinaban, repuso con frialdad:— *Despues que yo fuese degollado hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quisieren.*—

Dicho esto, se descubrió el cuello y lo tendió sobre el negro paño..... A los pocos instantes, el pueblo consternado presenciaba un horrible espectáculo. El cuerpo del Gran Condestable y Maestro de Santiago, D. Álvaro de Luna, yacia tendido en el estrado, y clavada en el garfio su cabeza.

El hombre que habia poseido cinco condados, dos ciudades, setenta villas y una renta de cien mil doblas, tuvo despues de muerto una bandeja á sus piés, en la que depositaba la caridad su humilde ofrenda para pagarle una sepultura en el lugar señalado á los ajusticiados. Allí permanecieron sus restos hasta que, muerto el Rey, fueron trasladados á una capilla de la catedral de Toledo, donde reposan en una magnífica urna de mármol.

Así terminó la vida de este favorito. Su nombre, célebre en la historia, es como un

astro en el cielo, que sólo puede extinguirse cuando se extinga el mundo.

De notar es, dice el Sr. Lafuente, y es en verdad observacion bien triste, que de nadie recibió D. Álvaro de Luna más daño que de aquellos á quienes más habia favorecido. — El infante D. Enrique de Aragon le debió su libertad cuando se hallaba preso en el castillo de Mora, y D. Enrique de Aragon fué despues su más tenaz y constante perseguidor. Al favor de D. Álvaro debia Fernan Alonso de Robles todo lo que era, y Fernan Alonso de Robles sentenció y firmó su primer destierro de la córte. Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, privado del príncipe de Astúrias D. Enrique, era hechura de D. Álvaro y le debia su encumbramiento, y el Marqués de Villena fué de los que trabajaron más por derribarle. Exclusivamente á D. Álvaro de Luna debió doña Isabel de Portugal ser reina de Castilla, y á nadie tanto como á la reina Isabel de Portugal debió D. Álvaro su perdicion. Su denunciador, Alonso Perez de Vivero, habia

recibido del Condestable todos los oficios y haciendas que poseia, y hasta le habia fiado sus secretos. Y por último, el rey D. Juan, á quien tantas veces habia salvado el trono y la vida con exposicion de la suya propia, fué el que, despues de más de treinta años de favor, le envió al patíbulo sin proceso formal y por cargos generales y vagos, despues de haberle engañado con un seguro firmado de su mano. Los demas le habian vuelto agravios por mercedes; D. Juan añadió á la ingratitud la falsía.

No fué tampoco envidiable la suerte de este débil Monarca : perseguido dia y noche por el fantasma del Condestable, acosado por los remordimientos, acabó su vida un año despues, murmurando entre sollozos:— *Naciera yo hijo de un mecánico, y hubiera sido fraile del Abrojo y no rey de Castilla.*— Tenía razon.

Ni en los *crónicones* más antiguos, ni en las historias antiguas y modernas que he-

mos examinado para hacer un pequeño extracto de la historia de Valladolid, encontramos datos seguros para fijar su fundacion.

Quieren unos suponer que fué fundada por los Vacceos, 714 años ántes de Jesucristo; otros pretenden que se llamó *Campo de Lid*, porque el terreno que ocupa esta ciudad, entre los antiguos pueblos *arevacos*, *carpentanos*, *celerinos* y *astures*, venia á ser el punto céntrico donde éstos se reunian para sentenciar sus litigios; y por último, afirman otros que su nombre lo ha tomado de Ullit ú Olid, afamado capitan de los ejércitos de Abdelazis, el cual, despues de la toma y destruccion de Pincia, en el año 710, prendado de la amenidad y hermosura del extendido *Valle*, reedificó la ciudad, alzando un castillo para su defensa, y conservando su señorío con el nombre de *Vall de Ullit*, hasta que Ordoño II le mató, cayendo sobre él con un ejército poderoso de leoneses.

Aunque ésta es la version que nos parece más acertada, dejamos para los que se dedican á estudios más serios y de otra clase

que nuestro trabajo, la averiguacion de la verdad. Si diremos que todos los autores están conformes en considerar á Valladolid como una ciudad antiquísima.

Las primeras noticias históricas que de ella pueden señalarse con exactitud datan del siglo xi. En dicha época, y en premio de los grandes servicios que el conde D. Pedro Ansurez prestó á Alfonso VI en el destierro, hizole este monarca merced de Valladolid, que sólo contaba entónces una extension de 2.200 pasos, cerrados por ocho puertas.

Este Ansurez, descendiente de una antigua familia de Astúrias, edificó su palacio, hoy hospital de Santa María de Esgueva, fuera del circuito de la ciudad, engrandeciéndola con obras monumentales, como la del puente sobre el Pisuerga. Cuenta la tradicion, acerca de este puente, que fué hecho por la esposa del Conde, doña Elo, durante una ausencia de su marido; y que habiendo parecido á éste demasiado estrecho, mandó que se le uniera otro de iguales dimensiones para que formasen uno sólo, an-

cho y capaz. Por debajo del puente se nota, efectivamente, una línea en toda su longitud, que parece confirmar la tradición.

Los escandalosos desórdenes de doña Urraca con el Conde de Candespina y otros galanes, dieron lugar á que Ansurez abandonase para siempre la ciudad.

Poseyéronla sus descendientes hasta el año 1231, en que, por muerte de doña Aurembays, esposa del infante D. Pedro de Portugal, pasó, despues de reñidas cuestiones, al dominio de la corona.

En Junio de 1135, llegó á Valladolid Alfonso VII con su córte. Desde esta época merece tal predileccion de los Reyes, que en ella se celebran con repeticion concilios, verificanse casamientos de monarcas, se le dan repetidos privilegios y sucesivas ampliaciones de territorio, se celebran córtes y tienen lugar sucesos de tal importancia, que harán imperecedero su nombre.

Dióla en arras con otras poblaciones en 1248, á su esposa doña Violante, el rey don Alfonso el Sabio. Tan repetidas donaciones

se verificaron despues á diversas Reinas é Infantas, que alcanzó esta ciudad, y conservó por muchos años, el título de infantazgo.

Don Pedro de Castilla, el rey que, andando el tiempo, habia de ser conocido en la historia con el sobrenombre de *Cruel*, abrió por vez primera los ojos á la luz en esta ciudad, el año de 1341. Veinte y dos años más tarde celebrábanse sus bodas con doña Blanca de Castilla, y dos dias despues del enlace, lloraba esta Reina la ausencia de su marido, que, ciego por los encantos de la Padilla, dejó la córte para ir á buscar en sus brazos criminales caricias, bajo los seculares techos del castillo de Montalvan. Esta conducta causó tal indignacion en los vallisoletanos, que se le declararon en abierta rebeldía, uniéndose á la causa del infante don Enrique.

Desde 1416, en cuyo año tuvo la reina doña Catalina encerrado á su hijo Juan II en una casa de Valladolid, tratando de evitar que se apoderasen de él los Grandes, la historia de esta ciudad, y áun pudiéramos decir

la de Castilla, es una serie interminable de asechanzas y de rebeliones contra la privanza del condestable D. Álvaro de Luna.

Después de 30 años de vária fortuna, como indicamos en su reseña biográfica, vino á terminar su privanza el 2 de Junio de 1453, entregando su cuello al hacha del verdugo, en la plaza Mayor, hoy del Ochoavo, y quedando su cadáver expuesto en el cadalso tres dias, durante los cuales se pidió limosna para enterrar al que habia sido casi dueño del Estado.

Las bodas de D. Fernando y Doña Isabel se celebraron en esta ciudad el 18 de Octubre de 1469. Este acontecimiento, que habia de mudar tan por completo la faz que presentaban los diversos estados españoles, tuvo lugar, sin pompa ni aparato, en las casas de Rivero, que hoy ocupan la Capitanía General y la Audiencia.

Colón, aquel hombre inmortal que, después de haber dado un mundo á Castilla, tuvo que pedir dinero prestado para acabar sus postreros dias, murió en la casa nú-

mero 2 de la calle Ancha de la Magdalena.

La noticia del saqueo de Roma y del sitio puesto al papa Clemente en el castillo de Santángel por las tropas imperiales, llegó á Valladolid el 20 de Mayo de 1527, cuando con públicos regocijos se estaba celebrando el natalicio del príncipe Felipe, acaecido en el mismo dia. Carlos V, su padre, por uno de esos rasgos que en la historia del mundo señalan la altiva humildad de los grandes hombres, mandó suspender inmediatamente aquellas fiestas, que le recordaban la dicha mayor de su vida, para dar así un público testimonio de su fe católica, desaprobando los desórdenes cometidos contra el soberano Pontífice.

Áun existe la casa (1) en que nació este Príncipe, y no es, por cierto, de las últimas curiosidades que los vallisoletanos enseñan al viajero. Hé aquí la causa :

Tratábase de administrar el Santo Sacramento del Bautismo al augusto recién na-

(1) Hoy es propiedad del Sr. Reinoso.

cido, en la vecina iglesia del convento de San Pablo: la influencia de los frailes Benedictinos, que lo habitaban, y la tradicional costumbre de verificarse esta ceremonia en aquel convento, eran suficientes motivos para que nadie creyese que pudiera oponérseles el menor obstáculo. Mas no sucedió así. La fachada principal y única puerta de entrada á la casa-palacio correspondia á la Corredera de San Pablo, sobre cuya calle ejercia jurisdiccion la parroquia de San Martin. El abad de la parroquia tenia, pues, derecho á administrar el Sacramento; reclamó este honor, y de ninguna manera queria renunciar á él. No eran tampoco los Reverendos Padres personas que fácilmente abandonarían sus propósitos; así es que, lo que no pudo vencer la influencia, logró alcanzarlo la astucia. Otra de las fachadas de la casa en cuestion, la de la Plaza, correspondia á la parroquia de San Benito el Viejo, de la cual era anejo el convento de San Pablo. No tenia puerta esta fachada, pero sí rejas en el piso bajo, y por una de ellas, que se hi-

zo practicable, salió el Príncipe y la comitiva. De esta manera, respetando y burlando al mismo tiempo los derechos del abad de San Martin, consiguieron los Benedictinos que se celebrára en su convento la codiciada ceremonia.

La reja por donde salieron fué inmediatamente cerrada y atada con una gruesa cadena de hierro, que existe en el dia, y que, repetimos, no se olvidarán de enseñar los vallisoletanos al mismo tiempo que refieran la precedente historieta.

Un incendio espantoso redujo á cenizas la parte más principal de la poblacion en 1561, terminando su restauracion en 1577.

En las cárceles de Valladolid estuvo encerrado Fray Luis de Leon, acusado ante el tribunal de la Inquisicion por haber traducido al castellano el *Libro de los Cantares*, contra la prohibicion que habia entónces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar. Cuando, pasados cinco años, volvió el sabio religioso á ocupar su puesto en la cátedra, empezó su primera conferen-

cia dirigiendo á los discípulos aquella célebre frase: « *Deciamos ayer* »..... que con tanta exactitud retrata su resignacion y la modestia de su carácter.

Nació tambien en esta ciudad Rodrigo de Villandrando, famoso aventurero que, con sólo tres peones á su soldada, llevó á cabo tantas proezas y adquirió tanto renombre, que pronto tuvo á sus órdenes un ejército de 10.000 soldados. Casado con la hija del Duque de Borbon, prestó tan señalados servicios á D. Juan II, que obtuvo el título de conde de Rivadeo y el privilegio de hacer suyo el traje que aquél ó sus sucesores vistiesen el dia de la Epifanía. De entónces data ese privilegio, que hoy poseen los duques de Híjar, condes tambien de Rivadeo.

En el mes de Enero de 1808 se vió Valladolid invadido por el ejército frances, que estableció en la poblacion su cuartel general. Aunque el pretexto con que atravesaban nuestro territorio era el cumplimiento de una alianza que les permitia el paso á la vecina nacion de Portugal, la indiscreta y ar-

rogante conducta de los generales, y los bárbaros atropellos de la soldadesca, revelaron bien pronto los siniestros planes que España no tardó en ver realizados. Valladolid fué una de las ciudades que primero se alzaron á defender la independencia de la patria, pidiendo á gritos armas y pertrechos militares.

Napoleon se alojó diferentes veces en Valladolid, y en una de ellas recibió á la diputacion del Ayuntamiento y Tribunales de Madrid, encargada de presentarle el libro de las firmas que testimoniaban la sumision de los habitantes de la córte al rey José. Figuraban en este libro 28.000 firmas, la mayor parte arrancadas por fuerza á personas que aborrecian al intruso y á su gobierno.

Durante el período de la guerra civil, Valladolid probó dignamente su amor á la Reina y á la conservacion de los derechos constitucionales. Ningun acontecimiento turbó despues su tranquilidad, hasta que las pasiones políticas, en 1856, causaron el horroroso incendio que redujo á cenizas

una gran parte de sus fábricas de harinas.

Valladolid es patria de muchos Reyes, Infantes, hijos bastardos y varones insignes en las ciencias y en las letras; famosas vallisoletanas que alcanzaron imperecedero renombre como escritoras; esforzados paladines que supieron conquistar entre el polvo de las batallas, blasones para su escudo, gloria para su nombre y eterna fama para su patria.

Entre sus artistas distinguidos, citarémos al pintor D. Antonio Pereda, pobre huérfano, que á la edad de diez y ocho años pintaba con tal perfeccion sus cuadros, que se dudaba fueran suyos. Cuéntase de él que, casado con una señora muy aficionada á las costumbres de la nobleza, tuvo un dia la exigencia de que su marido le costease una *dueña* en la antesala, segun era costumbre en las damas de la aristocracia. Llamóla éste á los pocos dias para presentarle la recién llegada dueña, y cuando se acercó á ella para enterarla de los deberes de su nuevo cargo, vió, llena de asombro, que estaba pin-

tada en la mampara con tan admirable perfeccion, que sólo muy de cerca podia descubrirse el engaño. Quedó la dama tan prendada del talento de su esposo, que desde entónces tuvo más orgullo en enseñar á sus aristocráticas amigas la dueña de la mampara, que si pudiera presentarles la antesala llena de *dueñas* de carne y hueso.

Pongamos aquí término á la descripcion, un poco extensa, de la antigua córte de España, y continuemos nuestra marcha por la línea del Norte. Otras ciudades y otros hechos de eterna memoria hemos de encontrar á nuestro paso por las provincias de esta nacion, que es quizas la que en el mundo encierra más históricos recuerdos.

A fin de no dar á este libro proporciones demasiado grandes, lo cual sería molesto para el viajero, nos hemos impuesto la obligacion de sujetarnos estrictamente al itinerario que nos marcan las Estaciones de la línea. Por esta razon, dejamos, con pena, de

hacer una excursión á SIMÁNCAS, el mejor archivo de nuestra patria; aconsejamos, sin embargo, á nuestros lectores, y no les pesará seguir el consejo, que emprendan el viaje desde Valladolid, pues hay cómodos medios de hacerlo. El castillo de Simáncas encierra preciosas antigüedades dignas de ser conocidas. Entre los autógrafos, figuran las célebres cuentas que el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba rindió desde Italia en 1502. Y como documento curioso, debe leerse un título original expedido por Felipe II, en 1576, encomendando á su hermano D. Juan de Austria el gobierno de los Países Bajos. Empieza así: — «Por la gracia de Dios, Yo, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de Navarra, de Nápoles, de Sicilia, de Mallorca, de Cerdeña, de las Indias, de Tierra Firme, del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Lothier, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo; Conde de Hapsburgo, de Flándes, de Artois; Conde Palatino de Hainaut, Holanda, Zelanda, Namur, Zutphen; Marqués del

Santo Imperio; Señor de Frise y del país de Utrecht, y dominador en Asia, en África, etc., etc. — *Firmado.* — FELIPE II. » — Mil otros recuerdos de nuestra pasada grandeza están encerrados en las vastas galerías del archivo.

En el escudo de armas de Simánkas se ven siete manos cortadas, cuya significacion hemos encontrado en una antigua crónica.

Héla aquí.

Cuando los ejércitos de Abderraman III consiguieron penetrar en el interior de Castilla, el año 938, encerraron en la fortaleza de Simánkas siete mujeres robadas de entre las más hermosas del país. Sitiados los musulmanes, á consecuencia de tan bárbaro atropello, declararon que sus prisioneras no serian devueltas sino despues de serles cortada la mano derecha. Y como viesan que, á pesar de esta declaracion, los castellanos no abandonaban el sitio, les preguntaron: *¿Así mancas las quereis?* — *Sí, mancas las queremos,* — contestaron los sitiadores. Las prisioneras fueron efectivamente mutiladas

y despues devueltas; y de aquí procede, segun la crónica, el nombre de *Simáncas*, y las siete manos que adornan su escudo de armas.

Saliendo de Valladolid, dejamos á mano izquierda el cementerio, inmenso campo cuadrado, triste y solitario, y cuyos muros de piedra están formados por cuatro órdenes de nichos de sencilla construccion.

Despues cruzamos la animada llanura que forma la extensa vega del Pisuerga. El movimiento que se advierte en la industriosa ciudad llega hasta algunas leguas en contorno. Por todos los caminos que se descubren desde el tren, se ve la animacion, la vida; galeras, carros, recuas de machos y de asnos pasan sin cesar en todas direcciones, cargados éstos de provisiones, aquéllos de materiales, y los de más allá de toda clase de mercancías.

A los once kilómetros, llegamos á

CABEZON.

Pequeña villa de 600 almas, situada entre la falda de un cerro y la margen del rio Pisuerga.

Segun antigua tradicion de los naturales, fué Cabezon en otros tiempos ciudad de grandísima riqueza y superior á Valladolid. Se fundó y pobló en el siglo x, reinando en Leon D. Alfonso III; y se supone que en esta villa espiró, en el año 1005, el Rey don Fernando I de Castilla. Las ruinas de una antigua fortaleza son el único recuerdo que apénas conserva de su extinguida grandeza.

Despues de pasada la Estacion de

AGUILAREJO,

á la que da nombre una pequeña granja de 22 vecinos, que se ve á la derecha de la línea, llegamos á

DUEÑAS.

Villa de 5.000 almas, situada en la falda de una montaña que cierra el valle. Su aspecto es pobre, pues aparte de algunas casas que se elevan á la entrada, las demas sólo merecen el nombre de cabañas talladas en la roca. Su iglesia parroquial, de arquitectura gótica, así como las dos ermitas que hay en su término, no ofrecen nada de notable. Su clima es sano, y el más suave de la provincia.

En sus inmediaciones confluyen el Carrion y el Pisuerga, cruzan las carreteras de Búrgos y de Santander, y el Canal de Castilla, que separa el pueblo de la Estacion, se desliza pacíficamente por medio de dos murallas que forman su cauce.

Si alguna importancia comercial tiene Dueñas en la actualidad, se la debe, más que á nada, al Canal de Castilla; en sus márgenes se han establecido multitud de molinos harineros, cuyos productos se exportan por

el Canal á Alar del Rey, donde aquel termina, y desde aquí á Santander por el ferrocarril de Isabel II, para ser luégo embarcados con destino á las Antillas ó al extranjero.

Aunque la fundacion de Dueñas es casi desconocida, se la hace figurar, generalmente, entre las ciudades váceas de las tablas de Ptolomeo. Parece, sí, positivo, que desde la monarquía hispano-goda, hasta que se estableció la leonesa, perteneció indistintamente á agarenos y cristianos, pasando con frecuencia de uno á otro poder. Abandonada despues, fué repoblada, segun la version más comun, por D. Alfonso III, el año 904.

A esta Villa se retiró, en 1354, á llorar su desventura, doña Juana de Castro, abandonada por D. Pedro el Cruel al siguiente dia de celebrado su matrimonio. En cambio, recuerda este pueblo con orgullo la entrevista que dentro de sus muros tuvieron D. Fernando el Católico y doña Isabel I ántes de sus bodas, que se celebraron pocos dias despues en Valladolid.

Un hermoso puente de piedra sobre el

Carrion nos franquea el paso de la via, y dejando á la derecha el ex-convento de San Isidro, de moderna y sólida construccion, entramos en una vasta extension de terreno, cubierta en su mayor parte de árboles frutales, hasta alcanzar, á los seis kilómetros, la Estacion de

VENTA DE BAÑOS.

La Villa, de 100 vecinos próximamente, está á un kilómetro de la Estacion, en una hermosa y pintoresca llanura, desde la cual se distinguen perfectamente muchos pueblecitos del valle de Cerrato. Nada de notable encierra, más que la ermita y los baños; pues si su nombre es tan conocido, lo debe exclusivamente á la importancia de la Estacion construida en el punto donde existia la antigua venta de la carretera de Búrgos.

La mencionada ermita, célebre por su recuerdo histórico, es de construccion antiquísima, y su fundacion se remonta al año 660. Hé aquí cómo nos la han contado.

Existen al pié de la ermita, y á doscientas varas del pueblo, unas aguas minerales que apénas conocen hoy los vecinos del país, pero que en otro tiempo fueron muy célebres y adquirieron gran reputacion. Cuando el piadoso monarca Recesvinto volvía de pacificar el reino de Navarra contra los proyectos de un noble visigodo llamado Froja, se detuvo en Venta de Baños acosado por una grave enfermedad. Aconsejado para que tomase aquellas aguas minerales, lo hizo con tan buena suerte, que al poco tiempo se sintió completamente curado de sus dolencias; y agradecido el Rey á tan milagroso resultado, mandó erigir una capilla, y grabar con letras de oro en una piedra de mármol, la inscripcion siguiente que, aunque en tal mal estado como la capilla, se conserva y enseña á todos los viajeros que desean verla:

Precursor domini martir Baptista Joannes

Posi de constructan æterno munere seden

Quam tibi devotus Rex Recesvintus amator

Nominis ipse tui proprio juredicavit

Tercium post decimus comes inclitus anno

Sexagies decem era nonagessima nona.

La Estacion de Venta de Baños es de mucho movimiento. Los viajeros para la línea de Palencia, que conduce á Leon, Astúrias y Galicia, y los que se dirigen á Santander, cambian aquí de tren, tomando cada uno el ramal de la via que le corresponde.

Los trenes se detienen 15 y 20 minutos, tiempo suficiente para visitar las despensas de la fonda, que están, por lo general, perfectamente surtidas.

Fuera ya de la Estacion, y dejando á mano izquierda la línea que se dirige á Palencia, entramos en la cultivada llanura que riega el Pisuerga. La vegetacion empieza á ser más lozana, y más alegres los campos que en el interior de Castilla, donde es tan raro encontrar un pájaro, como es raro ver el verde follaje de los árboles.

MAGAZ.

Villa de 300 habitantes, situada casi sobre el rio y al pié mismo de la Estacion. En la cima de una colina, al Noroeste, se ven las ruinas de un antiguo castillo.

TORQUEMADA.

Villa de 2.500 almas, de origen antiquísimo, pues se supone que ocupa el mismo sitio que la ciudad de los váceos designada por Ptolomeo con el nombre de *Antraca*. Perteneció á las casas de Lerma, Sandoval y Medinaceli. Está situada en una hermosa llanura á la margen derecha del rio Pisuerga. Sus casas son blancas y limpias, y en toda la poblacion se advierte un aseo que agrada á la vista y purifica la atmósfera.

Doña Juana la Loca, la infortunada viuda de D. Felipe *el Hermoso*, dió á luz en Torquemada, el 14 de Enero de 1507, una infanta que se llamó Catalina y fué más tarde esposa de Juan III de Portugal.

Es tan interesante todo lo que se refiere á esta Reina, y á sus locos amores por D. Felipe, que no queremos pasar por alto la causa que la llevó á Torquemada en aquella ocasion.

No hacia tres meses que, por consecuencia

de la muerte de Isabel la Católica, regian los destinos de España doña Juana y su marido D. Felipe *el Hermoso*, Archiduque de Austria y Duque de Borgoña. Hallábanse en Búrgos, rodeados de una córte brillante y siendo objeto de innumerables festejos, cuando, segun refieren los historiadores, fué convidado el Rey á un banquete por su ministro de Estado. Asistió Felipe, y terminado el banquete, tomó parte con otros señores de la córte en un juego de pelota: bañado en sudor y agitado por la violencia de este ejercicio, pidió que le diesen, y bebió, un vaso grande de agua fria, sintiéndose á las pocas horas molestado por agudos dolores que á cada instante aumentaban. Quiso sangrarle un médico buscado por el cardinal Cisneros, mas se opusieron los doctores flamencos que habian venido con el Rey á España, alegando la débil complexion de su Señor. El médico español pronosticó entonces el próximo fin de la vida del Rey, y con efecto, sucumbió despues de siete dias de penosa enfermedad.

Cuando exhaló el último suspiro, la Reina, que le adoraba, se echó sobre el cadáver, cubriéndolo de besos y de lágrimas, y permaneció en este estado, sin querer recibir consuelos de nadie, abandonándose á la más completa desesperacion, hasta que á la mañana siguiente un religioso le aseguró que Dios, dispensador de todas las mercedes, podia aún repetir el milagro de Lázaro. Cesaron entónces sus extremados delirios, y entregándose á la esperanza, aguardó el momento dichoso en que sus oraciones alcanzasen de Dios el milagro de volver la vida á Felipe.

Mandó despues embalsamar el cadáver, llevarlo á su propio aposento, y tenderle sobre un espléndido lecho cubierto con el manto Real. Así permaneció dos dias, al cabo de los cuales fué encerrado en una caja revestida de ricas telas y brocados, y conducido con fúnebre pompa al monasterio de Miraflores, en donde fueron depositados sus restos.

Poco tiempo despues supo la Reina que

los flamencos, que habian acompañado á Felipe, querian volverse á su país llevándose el cuerpo del Rey : al tener noticia de la profanacion que se intentaba , y queriendo cerciorarse por sí misma de que áun no se habia cometido , se dirigió al monasterio, oyó misa , y mandó que se abriese la sepultura en donde estaban encerrados los restos de su difunto esposo. En vano trataron los religiosos de hacerla comprender que los cánones de la Iglesia y las leyes del reino se oponian á su deseo : furiosa al ver la oposicion que le hacian, mandó echarlos de su presencia , y amenazó terriblemente á todo el que intentase desobedecerla. Abierta por sus servidores la sepultura , se descubrió el cadáver en completo estado de descomposicion. La Reina se acercó , sin embargo; contempló largo rato aquellos restos que ya habian perdido la forma del sér humano, y lo tocó repetidas veces sin que una sola lágrima viniese á humedecer sus párpados. En este momento de suprema angustia, nos la presenta el Sr. Campoamor en la preciosa

dolora que lleva por título: — *¡Todo está en el corazón!*—

La Reina, que enloquecía
Por D. Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
— ¡Todo está allí!— se decia.
Sus restos exhumó un día,
Mas nada allí vió; y así,
En vez del—todo está allí—
Desde tan triste ocasion,
Señalando el corazón,
Decia:— ¡Todo está aquí!

Más tranquila despues de aquel horrible espectáculo, que la dejó sin fuerzas para expresar el dolor que sentia, se volvió á Búrgos, y al dia siguiente envió al monasterio, en una bandeja de plata dorada, las cortinas de seda bordadas de oro que habian cubierto su lecho nupcial, y el manto de brocado blanco y rojo que llevaba el dia de su matrimonio; encomendó á Dios el alma de Felipe, y mandó decir tres mil misas y trescientos sesenta y cinco respon-
sos cantados.

Pasado algun tiempo, se declaró en Búr-

gos una epidemia espantosa, que la obligó á abandonar la ciudad, y no queriendo separarse de las cenizas del único hombre que habia amado en el mundo y que constituian su más preciado tesoro, mandó construir una carroza, que áun hoy se conserva en las caballerizas Reales, y el domingo, 2 de Diciembre de 1506, fué ella misma á la Car-tuja para que á su vista se colocase la urna en el sitio que se le habia destinado en la carroza. Tirada ésta por seis caballos enlutados, rompió la marcha: al lado del convoy fúnebre iban los obispos de Málaga, Jaen y Mondoñedo, y detras la Reina, el Condestable, el Marqués de Villena y los grandes señores de la córte. Al aproximarse la noche del dia 3, llegaron á Torquemada. La Reina se hospedó en la humilde casa de un pobre, sin que fuese posible conseguir que se trasladára á otra habitacion mejor y más digna de ella; y allí permaneció seis semanas, al cabo de las cuales nació, como ya hemos dicho, la infanta Catalina.

Aunque poco elevadas, las colinas van siendo más frecuentes, y el paisaje más variado. Franqueada la Estacion de

QUINTANA,

á la que da nombre una villa de escaso vecindario, y siguiendo la cuenca que forma el valle del Arlanzón, pues el del Pisuerga se inclina hácia el Norte, se descubren, á corta distancia de la via, el convento de las monjas del Moral, y la villa de Palenzuela en otro tiempo murada y de importancia. Aún pueden verse algunos vestigios de sus murallas, y los torreones de un magnífico castillo donde se convocaron Córtes por don Juan II. El tren atraviesa el rio por un buen puente de piedra, que nos conduce á

VILLODRIGO,

villa insignificante, pero situada en una vega hermosísima y rodeada de multitud de pueblecitos, que forman, al pasar el tren, una vista deliciosa.

VILLAQUIRAN.

Está situada esta villa entre dos colinas y á bastante distancia de la Estacion.

En la falda de un escarpado cerro que hay á la izquierda, se ve la antigua villa de Pampliega, célebre en nuestra historia por haberse retirado á su monasterio de Benedictinos el Rey Wamba. Para perpetuar la memoria del edificio en que vivió el famoso Rey—labrador—siete años y tres meses, se ha elevado, en el sitio que aquél ocupó, una pirámide de piedra con tres gradas por pedestal y coronada por una cruz de hierro de seis piés de altura, en cuyos brazos se ven grabadas y pueden leerse, aunque con dificultad, estas inscripciones :

Hic fuit monasterium Sancti Vincentis anno 1745

Hic jacuit Wamba gotorum rex.

Este Monarca, á quien, siendo labrador, obligaron á empuñar el cetro, sin que de ello pudieran librarle ni sus años, que ale-

gó como una excusa, ni sus ruegos, ni sus lágrimas, llegando los electores al extremo de ponerle un puñal sobre el corazón y decirle :—*Elegid entre bajar á la sepultura ó subir al trono*, — acabó por fin sus días en un monasterio, víctima de otra circunstancia no ménos extraordinaria. Desde el siglo v ó principios del vi prevaleció en España la costumbre de que los enfermos, viéndose agravados y en peligro de muerte, tomasen por devoción la tonsura y el hábito de penitencia, obligándose á llevarlo perpetuamente si Dios les daba la vida. Cuando el moribundo, por la gravedad del mal, no podia pedir el hábito, sus parientes ó amigos se lo ponian, bastando esto para que quedase obligado para siempre á la vida penitente. Un dia amaneció el Rey Wamba en su alcázar de Toledo tendido en la cama y sin sentido : sus devotos servidores, creyéndole muerto ó agonizando, le pusieron el consabido traje de penitente y le raparon la cabeza. Al volver en sí el Rey y encontrarse envuelto en aquel ropaje, se creyó

ligado por un lazo indisoluble á la profesion monástica é incapacitado para disfrutar los honores mundanos, por lo cual se retiró al monasterio, donde pasó lo restante de su vida. No está bien esclarecida la causa que produjo su largo desmayo, pues mientras unos historiadores lo conceptúan una casualidad, otros aseguran ser el efecto de un veneno mandado administrar por su sucesor Ervigio.

ESTEPAR. — QUINTANILLEJA.

Son dos pequeñas villas que encontramos ántes de llegar á Búrgos. Despues de pasada la segunda, empiezan á dibujarse en el horizonte lasafilgranadas torres de la ciudad y su castillo. A la izquierda dejamos el hospital llamado del Rey, y á la derecha el magnífico monasterio de las Huelgas que fundó Alfonso IX, concediendo á la abadesa una jurisdiccion casi episcopal que áun conserva en parte. El pendon cogido á Miramolin en la memorable batalla de las Na-

vas de Tolosa se guarda en este monasterio, y sólo una vez al año, el día despues de la festividad del *Córpus*, se saca en procesion custodiado por las autoridades militar y civil de la provincia.

BÚRGOS.

Ciudad importante, situada al pié de una alta colina que cierra por el Norte el valle que sirve de lecho al Arlanzon. Tres puentes de piedra sobre este rio unen la poblacion con el arrabal de *la Vega* y la Estacion del ferro-carril.

El transcurso de los siglos no ha conseguido borrar en Búrgos los rastros de la poblacion guerrera que floreció en el siglo xi y sucesivos hasta el xv. El ánimo se impresiona fuertemente al penetrar en la antigua capital y contemplar aquellos austeros edificios, aquellas murallas, torres y castillos, que parecen pregonar el valor y las glorias del pueblo castellano. Los aficionados á antigüedades, los arqueólogos, los *touristes* ménos

curiosos, encuentran en Búrgos un vasto arsenal de preciosidades maravillosamente surtido.

La población no pasa de 27.000 habitantes. El clima es húmedo y frío en demasía por los vientos que la combaten; tanto, que en medio del estío se sienten á veces los rigores del invierno. El verano es muy corto; dura el invierno casi las dos terceras partes del año. Se ha visto nevar en el mes de Junio, y sucede algunas veces que en el rigor del verano es preciso abrigarse como en los meses más crudos del invierno.

Sus fábricas principales son de jabon, velas de esperma y crémor.

El rio Pico atraviesa la ciudad, dividido en varios arroyos, llamados esguevas, que sirven para su limpieza. Está cercada de antiguas murallas con muchas puertas, entre las que sobresale por su arquitectura la que da paso á uno de los puentes, erigida como monumento á la memoria de los fundadores de la monarquía castellana. Sus calles son, por lo general, estrechas, pero limpias

y bien empedradas y de forma regular. Sus plazas, por el contrario, son irregulares, pero espaciosas.

En el centro de la Plaza Mayor se eleva sobre un elegante pedestal la estatua en bronce de Carlos III, que fué expuesta al público de un modo singular. — Una tarde del año 1774, toda la poblacion estaba reunida en la plaza esperando la hora en que pudiera contemplar la estatua, que entónces permanecía oculta bajo los pliegues de un largo manto de damasco : llegado el momento, se desprendió un águila artificial desde un ángulo de la plaza, y dirigiéndose en rápido vuelo hácia el pedestal, arrancó el manto que cubria la estatua, desapareció llevándolo en sus garras, y dejó descubierta la efigie del Rey, que el pueblo saludó y victoreó con entusiasmo.

En la del Mercado, hay una fuente que llama la atencion por su hermosura; así como la que está situada en la calle de Huerto del Rey, representando á la diosa Flora.

Magníficos son sus paseos, extensos y con

frondosas alamedas; pero entre todos sobresale el del *Espolon* por su proximidad á la ciudad, por su constante concurrencia y por la deliciosa situacion que ocupa. Álzanse en su centro cuatro colosales figuras representando á Fernan Gonzalez, Fernando I, Alfonso XI y Enrique IV.

Tiene varios hospitales cómodos y bien ventilados. A un cuarto de legua de la poblacion se halla el de Peregrinos ó *del Rey*, mandado edificar por D. Alfonso VIII: es una de las obras más grandes que recuerdan el nombre del augusto Soberano. Prestaban en un principio la asistencia á los enfermos algunos caballeros de Calatrava, á quienes el Rey dió el título de *freires* ó comendadores. Para entrar en esta comunidad no se necesitaba tener ninguna clase de órdenes sagradas, y los individuos que la componian podian vivir en sus casas independientes del hospital. Bastaba acreditar la nobleza y hacer la profesion ante la abadesa de las Huelgas, privilegio que le habia concedido el mismo rey D. Alfonso, en esta for-

ma:—*Prometo obediencia, pobreza y castidad á Dios y á la Illma. Sra. Abadesa de las Huelgas, mi prelada y señora, etc.*—

La catedral, obra sublime del siglo XIII, con sus torres á 300 piés de elevacion, sus chapiteles, arcos, pilastras y estitipes, en los que resaltan los tallos más finísimamente picados, los calados más vistosos, grupos, estatuas, guerreros, ángeles juguetones, santos, símbolos, nubes, horrendas figuras de demonios, y cuanto una imaginacion fecunda y variada pudo inventar de más hermoso, fué comenzada en 1221, fijando la primera piedra el rey San Fernando, y terminada en 1567. Felipe de Borgoña concibió el plan de esta obra grandiosa, que hizo exclamar al emperador Cárlos V:— «En una caja, y cubierta con funda, debiera estar esta joya para que no se viese siempre y de ordinario, sino á deseo.» — Y á Felipe II:— «que más parecia obra de ángeles que de hombres.» —

○ Su interior, de tres naves paralelas, tiene la forma de una cruz latina. Entre sus capi-

llas, de diferentes órdenes de arquitectura, llama la atención la del Condestable, construida en 1487 para servir de sepultura á la familia de Velasco Mendoza. Cerca de las gradas del altar se alza el suntuoso sepulcro de los fundadores : las estatuas han sido labradas en grandes trozos de mármol de Carrara. Cuanto posee el arte de más delicado y maravilloso, lo ha prodigado en las cinceladuras de los cojines, en los vestidos y en los innumerables adornos de esta magnífica sepultura.

En otra de las capillas se venera una imagen de la vírgen llamada *del Milagro*, por el que se refiere en la tradicion que publicamos en la página 163.

El coro de la catedral es muy espacioso. Tiene dos órdenes de sillas primorosamente labradas en madera de encina : sus medios relieves y embutidos, que representan asuntos religiosos y escenas profanas de la mitología, son de gran mérito.

Un inmenso bajo relieve, de Felipe de Borgoña, cubre la parte exterior del coro :

está dividido en varios compartimientos, representando cada uno de ellos una escena de la pasión de Jesucristo. Los numerosos personajes agrupados en sus dibujos, tienen una actitud expresiva y llena de movimiento; sus cabezas, la expresión de sus fisonomías, todos los detalles son de una exquisita delicadeza.

La puerta que conduce á los claustros es un incomparable trabajo, una obra maestra, de escultura: representa en medio relieve la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem, y su bautismo en las aguas del Jordan; adórnala además numerosas estatuas de Reyes y profetas, y una cabeza que dicen ser el retrato de San Francisco de Asis.

Los claustros son espaciosos y datan del siglo xiv. Una multitud de santos, patriarcas, obispos y héroes de piedra, pueblan las galerías, recostados los unos sobre sus magníficas tumbas, y los otros de pié, empuñando la lanza y en actitud guerrera.

Antes de entrar en la sala capitular, se ve colgada en el lienzo de la pared y sostenida

á tres metros del suelo por fuertes barrotes, una caja de madera carcomida que excita grandemente la curiosidad del viajero por el origen que se le supone. El *cicerone* que nos guie, al señalarla, pronunciará, con cierta expresion de orgullo:

EL COFRE DEL CID.

Veamos su origen.

Despues de la violenta muerte del rey don Sancho, asesinado por Bellido Dolfos ante las murallas de Zamora, recayó en su hermano, Alfonso VI, la corona de Leon y de Castilla. Conforme á los usos de aquel tiempo, era preciso que el Rey, ántes de coronarse, jurase no haber tenido participacion en la muerte de su antecesor. Tomóle el Cid el juramento, segun refiere la tradicion, con tanta insistencia, que se enojó sobremanera el Monarca contra su atrevido vasallo, el cual fué desterrado de la córte al poco tiempo.

No debia el Cid andar por entónces muy sobrado de dinero, segun todas las leyendas

de su época, y los preciosos versos que el poema pone en su boca :

Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vuestro,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño,
Non me lo confiscarédes
Vos, ni vuestos consejeros;
Que mal podrédes tollerme
La hacienda que non tengo.

De hoy más seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro,
Y de hoy para mí me gano,
Pues hoy para vos me pierdo.

Para proporcionarse fondos y emprender por su cuenta el sitio de Valencia contra los moros, se valió de un ardid, del cual podría estar orgulloso un estafador de nuestros dias, si, lo que es dudoso, obtuviera el mismo resultado. Llenó un cofre de arena, lo cerró perfectamente, y se encaminó á la casa de unos judíos muy ricos. Ya allí, les pidió una enorme cantidad de dinero, dejándoles en prenda aquélla caja, con la condicion de que no habian de abrirla hasta

que hubiese pasado cierto tiempo. Los israelitas, fiándose de la buena fe del caballero, creyeron lo que les decia y le entregaron la suma pedida. Cuando los rescates y el botin de las ciudades tomadas á los moros le pusieron en disposicion de pagar la deuda, les envió religiosamente su dinero, diciendo á los encargados de llevarlo:

Y rogadles de mi parte
Que me quieran perdonar;
Que con la cuita lo fice
De mi gran necesidad.

Que aunque cuidan que es arena
Lo que en los cofres está,
Quedó soterrado en ella
El oro de mi verdad.

Ésta es la historia del *cofre del Cid*, que, segun el vulgo dice, áun conserva parte de la arena que sirvió para el engaño; suponiendo otros que encierra papeles de mucho interes y la espada del Cid rota por medio.

Cerca de esta caja se halla, en el pavimento, una pequeña urna sepulcral, donde la tradicion asegura que está enterrado Juan

Cuchiller, famoso paje de Enrique III, que, viendo á su amo sin dinero para poder cenar, vendió su gaban, y con el producto socorrió la necesidad que acosaba al monarca de Castilla.

Enseñan con orgullo los burgaleses el monumento erigido en el solar de la casa donde nació, en 1026 el Cid D. Rodrigo Diaz del Vivar, y el arco de triunfo levantado, por orden de Felipe II, en honor á Fernan Gonzalez, en el mismo sitio donde vivió el héroe famoso. Uno y otro llenan con sus recuerdos las tradiciones y las historias de la vieja capital. Más que grandes, fabulosos merecen llamarse los hechos que se atribuyen al primero; pero llama sobre todos la atención el que sigue, que copiamos textualmente de los apéndices á la *Historia de España*, de Dunhan:

« Muerto ya el Cid, su cuerpo asistió á otra pelea, en la cual alcanzó una victoria superior á todas las pasadas. Sabedor de que el rey Bucar le venía encima con un ejército sin cuento, en el cual iban treinta y

seis reyes de generales, é informado asimismo de una vision, de boca del mismo San Pedro, de que moriria ántes que llegasen sus contrarios, dejó á sus amigos de más confianza sus instrucciones sobre el modo de obrar en el cercano trance. Mandóles que despues de muerto le abriesen su cuerpo y le embalsamasen; que luégo le montasen en su caballo, vestido con su armadura completa y con la espada en la mano; que le ligasen á los lomos de su famoso caballo Babieca; que abriesen las puertas de la ciudad, y en buena ordenanza de batalla saliesen contra los moros como en los pasados tiempos, y una vez alcanzada la victoria, segun les aseguró que sucederia, que llevasen su caballo á la iglesia de San Pedro de Cardena, lugar que habia escogido para serlo de su sepultura. En el dia siguiente, 29 de Mayo del año de Cristo de 1099, aquel ínclito señor, á los setenta y tres años de su edad, dió á Dios el alma que tenia, pura y sin mancha. Tres dias despues de su fallecimiento, llegaron los moros á la vista de la ciudad y

se pusieron á combatirla, contentándose los moradores, por espacio de doce dias, con defenderse desde lo alto de los muros. Al rayar de la décimatercera aurora, salió el ejército cristiano de las puertas, llevando consigo al Cid á caballo y como si estuviese vivo, á lo cual, huyendo despavoridos por todas partes los moros, se hizo en ellos una terrible matanza. Terminada la batalla, fué llevado el cadáver á Cardaña, y sus parciales no volvieron á la ciudad, pues sabian que no eran capaces de defenderla, sino que, volviéndose á Castilla, se metió cada cual en su propia casa. Los moros de los arrabales otra vez tomaron posesion de Valencia, y siguieron siendo dueños de ella, hasta que la ganó el rey D. Jaime de Aragon, apellidado el Conquistador. »

Del convento de Cardaña fueron trasladados sus restos, en 1842, á un oratorio de las Casas Consistoriales de Búrgos. Allí reposan, unidos á los de Doña Jimena, su mujer, en una caja de madera perfectamente labrada; en sus costados tiene las dos octavas siguien-

tes, que no son, por cierto, un modelo de belleza poética.

Noble, leal, soldado y caballero,
Señor te apellidó la gente mora,
Y tu nombre de Cid llevó tu acero
A los muros de Córdoba y Zamora;
Las márgenes del Turia placentero
Reflejaron tu enseña vencedora;
Y al par de tu Jimena, en este asiento
Hoy tu pueblo te erige un monumento.

Hunde la muerte con su ruda planta
De los tronos y reyes la altiveza;
Que á tamaño poder, á fuerza tanta,
No hay blasones, ni orgullo ni grandeza;
Empero del olvido se levanta,
Pura, sublime, en su mayor alteza,
De los ínclitos héroes la memoria
A embellecer las hojas de la historia.

En las afueras de Búrgos existe la Cartuja de Miraflores. Un paseo cubierto de árboles seculares nos conduce hasta las puertas del célebre monasterio, digno por muchos conceptos de ser visitado. Su construcción fué comenzada por orden de Juan II, en 1454, y terminada bajo el reinado de su hija Isabel *la Católica*.

El sepulcro del fundador y el de su segunda mujer, Isabel de Portugal, ocupan el centro de la capilla y son una obra suntuosa de Gilde-Silve. Las estatuas de los dos soberanos, de tamaño natural, están acostadas en sus urnas: el minucioso detalle de las ropas, el encaje que rodea el cuello medio descubierto de la Reina, la expresion de pudor marcada en todo su rostro, y los infinitos caprichos esparcidos por todo el sepulcro, son una obra de prolijidad tan sorprendente, que causaron siempre la admiracion de los viajeros. A la izquierda del altar, y en el hueco de una hornacina abierta en la pared de la iglesia, resalta el sepulcro del hijo de Juan II, el infortunado Alfonso, que, despues de haber servido de pretexto á las intrigas de algunos ambiciosos, sucumbió en la flor de la edad agitado por las convulsiones de un envenenamiento. El Príncipe está arrodillado en unos almohadones frente á un reclinatorio, sobre el que se ve un libro abierto. El frontal, defendido por una reja de hierro, contiene un es-

cudo con las armas de Castilla y Leon. Dos genios lo sostienen y á cada lado hace centinela un alabardero armado de todas armas. Adórnarle una multitud prodigiosa de labores caladas, en las que se ven niños, pájaros, hojas, ramos, pámpanos y frutos tan perfectamente cincelados, que arrancaron á Felipe II este grito de admiracion:— *Nada hemos hecho en el Escorial.*—

En la sala capitular de este convento, tenían los cartujos una estatua de San Bruno, tan expresiva, natural y sencilla, que un señor de la córte de Felipe IV exclamó al verla:— *Sólo le falta hablar.*— *No*, respondió el Rey; *si hablase no sería cartujo.*

La mayor parte de los cristales que cubren las ventanas de la iglesia, en los que se ven pintados muchos pasajes de la vida de Jesucristo, datan del siglo xv y están por lo general bien conservados. Martin de Soria fué el encargado de traerlos de Flándes. Cuéntase que despues que fueron colocados en las ventanas, vino la Reina á verlos, y notando que en la parte baja de algunos

habia pintado un escudo que le era desconocido, preguntó: — *¿A quién pertenecen esas armas?* — El Gobernador de Búrgos, que la acompañaba, respondió que á la familia de Martin de Soria, el cual, en memoria de la comision que se le habia confiado, las habia regalado á la iglesia. La impetuosa Isabel, cogiendo inmediatamente la espada de un caballero de su comitiva, hizo saltar en pedazos los cristales, exclamando, indignada: — *No hay aquí sitio más que para las armas de mi padre.*

Ruinas tan sólo quedan ya del famoso castillo que corona la ciudad, edificado en el siglo x por Alfonso III. Teatro de grandes hechos y de grandes crímenes, fué volado con la guarnicion francesa que lo custodiaba en 1808. Dentro de sus muros estuvo prisionero por espacio de tres meses el Rey D. García de Navarra, y dentro de él tambien inmolaron algunas de sus víctimas Alfonso X, Sancho *el Bravo* y D. Pedro *el Cruel*.

Como en la descripción de los monumentos de esta antigua ciudad nos hemos ocupado más de una vez en algunos acontecimientos y fechas memorables que forman su historia, al tratar de esta parte serémos muy breves, citando sólo aquellos hechos que por su importancia merezcan una mención especial.

Suponen algunos escritores que esta ciudad fué fundada en tiempos fabulosos por el Rey Brigo, y otros pretenden, ó por lo ménos dudan, que haya existido en tiempo de los Romanos. Nosotros sólo diremos que, si no en tiempos fabulosos, en los conocidos ha sido Búrgos patria de muchos Reyes y de muchísimos hombres célebres, partiendo de Fernan Gonzalez primer Conde de Castilla.

Aunque en la tradición que sobre este personaje ponemos en otro lugar, haga la fábula un papel principal, no por eso es ménos cierta, en el fondo, la consecuencia que tuvo el regalo de un azor. Siempre en continua pelea los antiguos condes de Búr-

gos, la historia les muestra rebelándose, unas veces con suerte y otras veces sin ella, contra los monarcas de Leon y de Navarra, hasta que por fin fué declarado independiente el condado de Búrgos, que sirvió de base al famoso reino castellano.

En las Córtes celebradas en esta ciudad en 1770, se acordó el casamiento del Rey Alfonso VIII con doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, cuyas bodas se celebraron con gran pompa en el mismo año, contándose el castillo de Búrgos entre las donaciones que el Rey hizo en arras á su esposa.

Tambien se celebró con gran aparato en esta ciudad, el año 1268, el matrimonio del infante D. Fernando con doña Blanca, hija del Rey San Luis. Asistieron á estas bodas, ademas de renombrados personajes de casi todas las córtes extranjeras, el Rey de Aragon y su hijo mayor, Felipe, heredero del trono de Francia, Eduardo, príncipe de Inglaterra y el Rey de Granada.

En el año 1351 se conocieron en Búr-

gos el Rey D. Pedro *el Cruel*, de Castilla, y D. Carlos *el Malo*, de Navarra, separándose ambos recíprocamente satisfechos. Varias veces volvió D. Pedro á visitarla, y siempre para exigir impuestos, ó para hacer matar inhumanamente á elevados personajes.

En los deplorables acontecimientos de este siglo, Búrgos ha desempeñado un papel digno de su hidalguía é ilustracion. Durante la guerra de la Independencia, fué siempre de las primeras ciudades en distinguirse por su heroico valor; y en la guerra civil, fué tambien la primera, no en pelear, sino en evitar sangrientas escenas que á tantos otros pueblos dieron fama.

Hé aquí ahora la tradicion á que nos hemos referido al citar la vírgen de una capilla en la descripcion de la catedral de Búrgos : llámase

LA VÍRGEN DEL MILAGRO.

Era una hermosa tarde de estío del año 1583. Los rayos del sol iban rápidamente ocultándose tras las elevadas crestas de la próxima montaña.

Dos jóvenes de hermosa figura, sentados á orillas del Arlanzon, platicaban animadamente.

Sobre un talle de esbeltas formas mostraba ella la tez sonrosada de su rostro encantador. La dulce mirada de sus ojos azules, medio velados por largas pestañas, revelaba la pureza de su alma.

El joven era de elevada estatura: en sus anchos y fornidos hombros, en sus movimientos vigorosos, en el fuego de su mirada, bien podia adivinarse el valor de los antiguos guerreros de Castilla.

El sol habia desaparecido. Al ocultarse su último rayo, la tarde refrescó de un modo considerable.

Los dos jóvenes se levantaron, y siguien-

do las riberas del Arlanzon y su plática comenzada, marchaban hácia las puertas de la noble ciudad.

—No, Ines, yo no acierto á explicármelo: en tí no hallo ya aquella franca alegría, cuyo recuerdo me animaba en los combates; ya no encuentro ni tiernas caricias, ni dulces abrazos que me brinden reposo despues de las fatigas del dia: ¡todo ha cambiado! ¿Dudas acaso de mi lealtad? ¿No me amas ya?

—Calla por Dios, Gonzalo; bien sabes que la pobre huérfana te ama, que á nadie ha amado más que á tí; pero.....

—¡Ah! dudas, ya lo veo.

—No, mas escucha: voy á revelarte un sueño que me atormenta, que amarga mis horas de felicidad. —¿Te acuerdas del dia en que, paseando por estos mismos sitios, me dijiste, en medio de las protestas más tiernas, que pronto un lazo indisoluble nos uniría? Pues bien; embelesada con mi próxima dicha, me dormí soñando mil venturosos proyectos para ese dia: mi imaginacion calenturienta volaba con entusiasmo

por las regiones de la felicidad; mas cuando el ambicionado momento se acercaba, cuando un juramento y la bendición del sacerdote iba á enlazar para siempre nuestras almas, desperté llena de espanto y de tristeza.—Envuelta en nubes de oro, que sostenían infinitos querubines, vi aparecer la Virgen de la Oca, que me miraba y sonreía; despues..... despues..... ya no vi más.

—¿Y por qué te atormenta que la Virgen viniera á bendecir nuestra union?

—¡Oh! no, continuó la jóven haciendo un esfuerzo; áun no lo sabes todo. La Virgen no venía á bendecir nuestra union: mientras me miraba y sonreía voló un ángel hácia mí y rozándome la frente con sus alas: « *Gonzalo te engaña* », murmuró á mi oído.

Un ligero estremecimiento, que pasó desapercibido para la jóven, recorrió todo el sér de su amante.

—Pues bien, mi querida Ines, añadió reponiéndose instantáneamente, si en eso tan sólo consiste tu tristeza, pronto vamos á ahuyentarla. Mañana te repetiré mi jura-

mento ante la imágen de la Vírgen. Quiero que desaparezcan los pliegues que arrugan tu hermosa frente; que vuelva yo á encontrarte expansiva, tierna y confiada como en otros dias.

—¡Cuán bueno eres conmigo, Gonzalo! Perdóname que haya dudado un momento de tu cariño. Mi sueño fué una locura; pero ¡he llorado tanto desde aquel dia!.....

—La soledad en que vives es la causa principal de esas visiones que te atormentan. Mas, no temas; la guerra llega á su término; el Rey no tendrá entónces necesidad de nosotros, y podré ver al fin cumplidos mis votos, haciendo dichosa tu vida.

Así llegaron á las puertas de la ciudad, en las que penetraron continuando su amoroso diálogo.

Al dia siguiente, por la tarde, salian de la *catedral* alegres y satisfechos nuestros dos personajes, encaminándose al mismo sitio en que los hemos conocido.

La repetida promesa de Gonzalo habia devuelto el brillo á los ojos de Ines y la se-

renidad á su frente ; las aguas del Arlanzon servian orgullosas de espejo á la felicidad retratada en su semblante. Jamas su hermosura se habia ostentado con más puros ni más brillantes colores.

Sentado á sus piés Gonzalo, más amante que nunca, hacia nuevas protestas de amor, tan apasionadas, tan expresivas, que enloquecian á la inocente jóven.

— ¡Qué feliz soy, Gonzalo mio ! Ya nada me atormenta ; mi sueño fué un espantoso delirio, que tú has desvanecido al pié de la Virgen.

— ¿ Me amas mucho ?

— ¡ Oh ! sí, mucho : te amo con toda mi alma. La dicha que siento en este momento recompensa con exceso las lágrimas ardientes que por tí he vertido.

Iba la noche avanzando, y la niebla que subia del Arlanzon ocultaba entre densos vapores las figuras de Gonzalo é Ines.

Confiada la pobre huérfana en la lealtad de su amante, se dejaba adormecer por las tiernas frases pronunciadas á su oído ; y es-

tremecida de amor y siempre pura, le abandonaba sus manos que aquél estrechaba dulcemente entre las suyas.

La niebla se fué haciendo más densa.

Los brazos de Gonzalo enlazaban el delicado talle de la cándida niña.

Despues..... un suspiro y el eco de un beso se perdieron en la triste soledad de la ribera.

El lirio de los valles habia sido manchado por el fango de los pantanos.

Han pasado ocho dias.

Celebrábase la fiesta de la Virgen de la Oca. En un rincon de la capilla, llena de innumerables devotos, veíase un jóven orando con fervor.

Era Gonzalo, arrepentido, sin duda, de haber sumido en la desesperacion y el abandono á la víctima de su pérfida conducta.

Cubierta con negro manto, arrodíllase al pié de la Virgen una dama. Su rezo era tan sólo interrumpido por los sollozos que se escapaban de su pecho.

Lloraba la pobre huérfana el olvido de su seductor.

Su triste mirada vaga indecisa por los semblantes de los fieles. Parece que su corazón le advierte que allí, á su lado, se encuentra la causa de sus pesares.

De pronto se estremece, y exhalan sus labios un grito que encierra á la vez dolor y alegría; habia reconocido al amante perjuro.

Diríjese hácia él, le arrastra hasta el altar, y vueltos á la Vírgen sus grandes ojos empañados por las lágrimas, llena de inspiracion y de fe, exclama con la voz casi ahogada:

— ¡No es verdad, Madre mia, que este hombre postrado á vuestros piés juró llamarme su esposa?

Alzaron los circunstantes sus ojos á la imágen de la Vírgen que Ines llamaba en su auxilio, y vieron, llenos de asombro, que inclinaba lentamente hácia adelante su cabeza.

— ¡Perdóname, Inés; estaba loco! — fue-

ron las únicas palabras que pronunció Gonzalo, mientras dos lágrimas de verdadero arrepentimiento surcaban por sus pálidas mejillas.

Al pié del mismo altar de la Virgen, reciben pocos dias despues dos jóvenes arrodillados la bendicion de un anciano sacerdote. Ya conocemos sus nombres.

La Virgen habia hecho el milagro, y para eterno recuerdo, conserva desde aquel dia inclinada la cabeza.

Esta tradicion nos recuerda un precioso romance del Sr. Zorrilla, que nos permitimos copiar á continuacion, seguros de que han de agradecérnoslo nuestros lectores.

Era entónces de Toledo,
Por el Rey, gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazon.

La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está como presidente
Del tribunal superior.

.
Una mujer en tal punto,
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon,
Diciendo á gritos : — Justicia,
Jueces ; justicia , señor ; —
Y á los piés se arroja , humilde,
De don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan en derredor.
Alzóla cortés don Pedro,
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo :

— Mujer, ¿ qué quieres ?

— Quiero justicia, señor.

— De qué ?

— De una prenda hurtada.

— ¿ Qué prenda ?

— Mi corazon.

— ¿ Tú lo diste ?

— Lo presté,

— Y ¿no te lo han vuelto?

— No.

— ¿Tienes testigos?

— Ninguno.

— ¿Y promesa?

— ¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empeñó.

— ¿Quién es él?

— Diego Martin.

— ¿Noble?

— Y capitán, señor.

— Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró.—

Quedó en silencio la sala,

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo : — El capitán don Diego; —

Y entró luego en el salón

Diego Martinez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

— ¿Sois el capitán don Diego,

Díjole don Pedro, vos? —

Contestó altivo y sereno

Diego Martinez:

— Yo soy.

— ¿Conoceis á esa muchacha?

— Há tres años, salvo error.

— ¿Hicisteisla juramento

De ser su marido?

— No.

— ¿Jurais no haberlo jurado?

— Sí juro.

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! — clamó Inés, llorando
De despecho y de rubor.

— Mujer, ¡piensa lo que dices!

— Digo que miente; juró.

— ¿Tienes testigos?

— Ninguno.

— Capitan, idos con Dios,
Y dispensad que, acusado,
Dudára de vuestro honor.—

Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfaccion,
É Ines, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:

— Llamadle, tengo un testigo;
Llamadle otra vez, señor.—

Volvió el capitan don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió:

— Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon.

— ¿Quién?

— Un hombre que de léjos

Nuestras palabras oyó,
Mirádonos desde arriba.

— ¿Estaba en algun balcon?

— No, que estaba en un suplicio,

Donde há tiempo que espiró.

—¿ Luego es muerto ?

— No, que vive.

— ¡ Estais loca, vive Dios !

¿ Quién fué ?

— ¡ El Cristo de la Vega,
Á cuya faz perjuró ! —

Pusiéronse en pié los jueces

Al nombre del Redentor,

Escuchando con asombro

Tan excelsa apelacion :

Reinó un profundo silencio

De sorpresa y de pavor,

Y Diego bajó los ojos

De sorpresa y confusion.

Un instante con los jueces

Don Pedro en secreto habló,

Y levantóse, diciendo

Con respetuosa voz :

— « La ley es ley para todos :

Tu testigo es el mejor ;

Mas para tales testigos

No hay más tribunal que Dios.

Harémos..... lo que sepamos.

Escribano, al caer el sol,

Al Cristo que está en la Vega

Tomaréis declaracion. »

En una tarde serena,
Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama,
.
Allá por el *Miradero*,
Por el *Cambron* y *Visagra*,
Confuso tropel de gente
Del *Tajo* á la *Vega* baja.
Vienen delante don *Pedro*
De *Alarcon*, *Ivan* de *Vargas*,
Su hija *Ines*, los *escribanos*,
Los *corchetes* y los *guardias*,
Y detras *monjes*, *hidalgos*,
Mozas, *chicos* y *canalla*.
Otra turba de curiosos
En la *Vega* les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso, segun le cuadra.
Entre ellos está *Martinez*,
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanco,
Bigote á la *borgoñona*,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme,
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador

Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa :
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara ,
Y de hinojos un momento
Oraron allí en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara ;
Hácia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martinez ,
Á otro lado á Ines de Vargas ,
Detras al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Despues de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta :

— *Jesus, hijo de María,*
Ante nos, esta mañana,
Citado como testigo
Por boca de Ines de Vargas,
¿ Jurais ser cierto que un dia,
Á vuestras divinas plantas,
Juró á Ines, Diego Martinez,
Por su mujer desposarla? —

Asida á un brazo desnudo,
Una mano atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires — ¡ *Sí juro!* —
Clamó una voz más que humana.

Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa.....
¡ Los labios tenía abiertos ,
Y una mano desclavada!

Volvamos á la Estacion.

El tren cruza veloz la distancia que nos separa del Arlanzon.—El paisaje que se presenta á nuestra vista no puede ser ni más poético ni más variado. Enfrente de nosotros se extiende un valle risueño, lleno de vida y de frescura, que impregna nuestra alma de dulcísima alegría : detras, la ciudad, con sus vetustos murallones, nos trae á la memoria infinitos recuerdos de su grandeza pasada. Heraldo de su gloria, álzase el castillo desafiando la inclemencia de los vendavales, que van á estrellarse en sus gruesos torreones, y cual monumento indestructible, muestra orgulloso á las gene-

raciones que se suceden los cimientos insignes de la que un día, bajo el cetro de Fernando I, habia de ser monarquía castellana.

Miéntras el tren nos arrastra en su impetuosa carrera, oigamos lo que nos dice una antigua tradicion.

Corria el año 932 y celebrábanse en Leon Córtes convocadas por D. Sancho I *el Craso*.

A ellas asistia el Conde de Búrgos, Fernan Gonzalez, temeroso de haber sido el promovedor de una rebelion contra el Rey, miéntras éste cuidaba en Córdoba de amirorar su espantosa gordura siguiendo el régimen que le prescribian los más afamados médicos del Califa; pero, léjos de recibirle D. Sancho como él, con razon, temia, encontró, más que un Rey, un amigo atento y cumplido caballero.

— Traeis, Conde, le dijo, tan lujosa córte, que pudiera competir con la de un Rey.

— Agradezco, señor, esa lisonja; mas no será con el Rey de Leon la competencia; que es el Conde su vasallo, y córte y Conde le pertenecen,

— Si en tal número contaseis el magnífico azor que ostenta vuestra mano, el Rey lo reclamaria.

— Honrado quedaria yo, señor, si V. A. quisiera admitirlo.

— Lo admito, mas pongo una condicion.

— Sea cual fuere, la acepto desde luego.

— Pues bien; fijo su precio en dos marcos de oro.

Escasos andaban los fondos en aquella época, á causa de los inmensos gastos que las guerras traian consigo; tanto, que no teniendo el Rey la cantidad ofrecida, se obligó á pagarla en el término de un año: extendióse la competente escritura, en la que, por orden suya, se puso la cláusula de doblar la cantidad estipulada, cada un dia que, despues del año señalado, trascurriera sin haberla satisfecho.

Tres años pasaron, y el Rey convocó nuevas Córtes, á las que tambien acudió el Conde Fernan Gonzalez; pero esta vez, ménos afortunado que la primera, fué preso y arrojado en un calabozo á instancias de la

Reina Madre, doña Teresa, que no perdonaba al Conde su antigua rebeldía.

Salvóse de la prision merced á una astucia de su esposa, que el Rey le perdonó en gracia de su valor y hermosura. — Vesitda de peregrino, consiguió entrar en el calabozo del Conde, y dándole sus ropas, que le facilitaron la salida, quedóse ella ocupando su lugar.

Juntó tropas el de Búrgos disponiéndose á vengar la afrenta recibida. Tambien por su parte el Rey se preparaba á rechazar la agresion; pero, recordando que no habia cumplido el compromiso escriturado hacia tres años, y queriendo cumplirlo ántes de romper las hostilidades, llamó á su tesorero y le mandó que averiguára la suma total á que ascendia la deuda con arreglo á las cláusulas del convenio.

Pálido y macilento por el insomnio presentóse éste al Rey, al cabo de dos dias, con un legajo de pergaminos llenos de multiplicaciones, que habian dado por resultado un total de 330 guarismos.

Quedó asombrado el Rey de tan enorme cantidad; y convenciéndose de que le era imposible pagarla, aunque en oro se convirtieran las tierras de su reino, pronunció con acento resuelto las siguientes palabras:

— «Me falta el poder de Dios para crear mundos de oro con que pagar á mi feudatario; pero tengo corazon de Rey, y cumpliré, en lo que puede un hombre, mi palabra. Dióme el Conde un azor; yo le doy un reino. Alce su bandera en la torre del homenaje y tenga para sí y todos sus sucesores el independiente señorío de la *tierra de los castillos*.—

La resolucion del Rey fué irrevocable.

Hecha la oferta al Conde, y aceptada en el acto, bien pronto los ecos de las montañas repetian los gritos de júbilo con que se celebraba en la fortaleza la independendencia del esforzado caudillo.

Dejando á la derecha del camino un frondoso bosque de encinas, miéntras que por

la izquierda se extiende el valle hasta las orillas del Arlanzon, llegamos á

QUINTANAPALLA.

Villa de pocos habitantes, situada en una pequeña altura á la izquierda de la Estacion. Su vega es fertilísima.

Bajo la bóveda de su antigua y hermosa iglesia parroquial, se ratificó, en 1682, el matrimonio de Carlos II con la princesa María Luisa de Orleans.

Despues de esta Estacion, la fisonomía del país cambia completamente de aspecto. Por un lado, multitud de arroyos se deslizan como serpientes de plata entre la verde yerba de las praderas; por otro, se descubre el valle en toda su extension, cortado aquí y allá por altas colinas, cuyas cimas, al elevarse en el espacio, trazan líneas caprichosas en el trasparente azul del cielo, que se confunden con las creaciones fantásticas de algunas nubes; enfrente, una cadena de rocas, que salvamos por medio de los cuatro

túneles de la Brújula, de más de un kilómetro de largo el primero, parecen haber sido colocadas en aquel sitio por un capricho de la naturaleza, para servir de línea divisoria entre el Duero y el Ebro.

Los más vistosos paisajes se suceden sin interrupcion desde aquí hasta la frontera. Ya no volverán á mortificarnos los abrasadores rayos del sol de Agosto. Preciso es haber sentido la influencia sofocante de ese astro en las desiertas llanuras de Castilla, para comprender la grata impresion que se experimenta al penetrar en estos frondosos bosques, aspirar el aire fresco y embalsamado de las montañas, y asomarse, sin miedo á morir de una insolacion, á las portezuelas de los coches, para contemplar los más pintorescos y risueños cuadros que puede ofrecer á nuestra vista la naturaleza.

A la salida del último túnel de la Brújula, el tren describe una curva bastante pronunciada, corta la antigua carretera, y se pára en

MONASTERIO.

Pequeña villa de 600 habitantes, que no se ve desde la Estacion, situada en la garganta que forman los montes llamados de la Horca y la escarpada sierra de Sobrepeña. A la orilla derecha del rio se ve el cerro de San Martin, en el cual existen aún las ruinas de la ciudad de Rodilla, quemada en tiempo de los moros; y á la parte N. del pueblo, las ruinas tambien de un castillo en otros tiempos famoso.

Sigue la via atravesando indistintamente las fértiles riberas de los rios Oca y Mayor y el valle de Bureba, sobre el que se ven los pueblos de Castil de Peones y Pradanos, hasta alcanzar á los 15 kilómetros la Estacion de

BRIBIESCA.

Villa de 3.700 almas, muy antigua. Su nombre ha variado poco del de Virobesca,

que llevaba durante el imperio romano, en cuya época tuvo gran importancia.

Está situada en un llano que circunda un cordón de sierras casi impracticables. Los Reyes Católicos la eligieron por su solidez y bonita construcción, para servir de modelo á la ciudad de Santa Fé en la vega de Granada. Las calles, por una de las cuales pasa el río Oca, son rectas, espaciosas y limpias. Tiene varias iglesias, y en una, que fué colegiata de las más antiguas de España, hay una capilla gótica adornada con preciosas esculturas de Diego Guillen. Su torre, revestida de pizarra, se convierte en un inmenso y brillante espejo cuando la hieren oblicuamente los luminosos rayos del sol. De sus paseos, porque tiene varios, el de la *Taconera* es el mejor.

Uno de sus hospitales, fundado en 1513 por el ilustre D. Pedro Ruiz de Bribiesca, célebre hijo de esta villa y caballero del hábito de Santiago, ofrece la particularidad de que sólo pueden ser admitidas en él las personas que reúnan estas tres condiciones:

pobre, viuda y vieja. Si suponemos además que una vieja sea fea, es preciso confesar que las mujeres que se alberguen en tan piadoso establecimiento son verdaderamente desdichadas.

En las cercanías de esta villa hay unas canteras de piedra de jaspe precioso, que explotan los habitantes muy descuidadamente. Es una riqueza de la que podría sacarse gran partido.

Entre las muchas conquistas del Rey Alfonso, yerno del astur D. Pelayo, figura la villa de Bribiesca, que nunca volvió al poder de los musulmanes.

La paz en que vivía por los años 1034, siendo Rey D. Sancho de Navarra, tornóse á su muerte en terrible lucha fratricida.

Dividida la monarquía, por voluntad de D. Sancho, entre sus dos hijos, D. Fernando y D. García, ambos se creyeron con derecho á las tierras de Bribiesca y parte de la Rioja. Esta guerra deplorable, promovida por D. García con fines siniestros, según la versión de algunos historiadores, terminó

con la muerte de este Rey tirano y ambicioso.

Bribiesca fué una de las tres villas que el Rey D. Alfonso VI dió en juro de heredad al renombrado Cid Campeador, en el año 1080.— Despues perteneció á los monarcas de Navarra y de Castilla, que indistintamente se la arrebatában. Más tarde la dió D. Enrique II *el Dabivoso* á su camarero mayor, y por último, volvió á formar parte de la corona de Castilla.

Declarada en Búrgos una epidemia espantosa en 1388, huyó la córte á Bribiesca, donde se celebraron Córtes, que dejaron de sí memorable recuerdo, pues en ellas se acordó que los primogénitos de los reyes de Castilla usasen el título de *Príncipe de Asturias*. Existen aún en esta villa los vestigios de la fortaleza donde se verificó este acto solemne. Reunidos en un salon del castillo todos los Grandes del reino, se dirigió don Juan I hácia el Infante, su hijo, que era entonces muy niño; lo sentó en un trono levantado al efecto cerca del suyo y adornado

riquísimamente; le puso un manto de púrpura sobre los hombros, le cubrió con un sombrero la cabeza, y en la mano derecha le colocó una vara de oro, símbolo de su proximidad al cetro y corona. El primero que llevó este título fué el infante D. Enrique.

Bribiesca, que es patria de algunos hombres ilustres, recuerda con orgullo que dentro de sus puertas nació D. Fernando VI, el Rey que más cuidó, en los últimos siglos, de las artes y las ciencias, creando con este objeto la Academia de San Fernando, el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico, y protegiendo á todos los hombres eminentes que florecieron en su época.

Abandonada la Estacion, encontramos un hermoso valle, festoneado por corpulentos álamos blancos, que nos conduce á

PANCORVO.

Villa de 1.600 habitantes, situada en la garganta que forman los ásperos riscos de dos elevadísimas colinas,

El aspecto general del pueblo es triste y pobre, tanto por su posición topográfica, cuanto por la raquítica construcción de sus edificios; una fuertísima muralla, destruida en casi su totalidad, que divide la villa de N. á S., atestigua que fué plaza cerrada, conservándose todavía una de las puertas de entrada: ni inscripción, ni arquitectura, dan idea de la época de su construcción. La población se divide en dos barrios, que se comunican por medio de tres puentes de piedra, bajo cuyos arcos se desliza mansamente el río Oroncillo, que surte al mismo tiempo los ocho caños de una fuente monumental que existe en el pueblo.

En la cúspide de las dos colinas que dominan á Pancorvo, se ven las ruinas de las fortalezas mandadas construir á mediados del siglo pasado con los nombres de Santa Engracia y Santa Marta. Aun se conservan cuevas enormes, abiertas en la roca, que sirvieron de almacenes á la guarnición francesa en la última guerra de la Independencia, hasta el paso de Napoleón I, que man-

dó arrasarlas por no creerlas útiles sino para *asilo de buitres*.

Supónese que esta villa existió en la antiquísima region antrigona con el nombre de *Antecuvia*. Sea ó no sea esto exacto, lo cierto es que, aunque aparece ya en el siglo III con una regular agrupacion de habitantes, no empieza á figurar verdaderamente en la historia hasta la invasion saracena, contenida, segun antiguas crónicas, por la defensa que en el año 883 se hizo desde un castillo que debió existir en el mismo sitio en que hoy se hallan las ruinas de la fortaleza de Santa Marta.

Refiere una tradicion, y áun creemos que tambien lo indica el P. Flores, que en un sitio llamado hoy *Carcaba*, y ántes *Caracaba*, tuvo lugar la conocida escena entre don Rodrigo y la Cava. Este drama, que tan buen asunto facilitó al ingenio de nuestros mejores poetas y al de los ingleses Southey y Walter Scott, se hace figurar generalmente en Toledo: y si la escena es cierta; si no es una fábula inventada, como tantas otras,

por los árabes, que la entrega de la plaza de Tarifa hecha por el Conde D. Julian á los sarracenos, no tuvo otro fundamento que la venganza del indignado padre de Florinda, nosotros opinamos tambien que en Toledo debió verificarse, por ser allí donde entón-ces residia la córte.

La Crónica de D. Rodrigo se expresa así sobre el asunto:— « Despues que el Rey ovo descubierto su corazon á la Cava, no era dia que la no requiriese una vez ó dos, y ella se defendia con buena razon. Empó á la cima como el rey no pensaba tanto como en esto, un dia en la fiesta envió con un doncel por la Cava, y ella vino; y como en esta hora no habia en toda su cámara otro ninguno si no ellos todos tres, el complió con ella todo lo que quiso. » —

Y el Sr. Campoamor, en su magnífico poema el *Drama Universal*, recientemente publicado, describe la escena poniendo en boca de la Cava los tiernísimos versos que siguen :

«Florinda, echada de su padre al cuello,
Así su pena á referir comienza:

—« ¡ Cómo empezar, señor! ¡ Cómo hablar de ello!
¡ Quién me esconde de mí? ¡ Tengo vergüenza!

» Aunque perdon por mi desdicha imploro,
Por vuestra vida os juro, que es la mia,
Que, en mi infantil candor, del mal que lloro
El cómo fué no sé; yo no queria.

» Antes de hacer, más que galan, cobarde,
A mi inocencia y á su honor agravios,
Siempre al decirme el Rey *el cielo os guarde*,
Me cerraba los ojos con sus labios.

» Yo, ajena del amor que le inspiraba,
Dejándome querer, pensé, inocente,
Que Rodrigo en los ojos me besaba
Como besan los padres en la frente.

» Una noche ¡ ay de mí! sentí, durmiendo,
El beso de los ojos en la boca.....»—

Calló un instante, y prosiguió diciendo:

—« ¡ De pensar lo demas, me vuelvo loca!»—

Tras nueva pausa continuó, llorando:

—« ¡ Cuánta afrenta y dolor, Virgen María,
Hallé en mi corazon la luz mirando,
Que brilló como siempre al otro dia!

» Luégo, ni amante ni siquiera amigo,
Si al verme, *el cielo os guarde*, murmuraba,
No volvió á darme el infeliz Rodrigo
Aquel beso en los ojos que me daba.

» Tanto á los dos nuestro recuerdo humilla,
Que, él pensando en su honor, yo en mi pureza,
Con cierta palidez casi amarilla
Bajamos, al mirarnos, la cabeza.»—

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre,
Una vez y otra vez le repetía:

—« Mas por la sombra, os juro, de mi madre,
Que el cómo fué no sé; yo no quería. » —

Con lágrimas de amor y de despecho,
Ve el llanto de Florinda el pobre Conde,
Y con noble pudor, contra su pecho,
Como ocultando el de ella, el suyo esconde.

Y haciendo al cielo, al que miró con saña,
Testigo del furor de sus querellas,
Un ¡ ay ! lanzó, que, consternando á España,
Por encima rugió de las estrellas.

En las próximas montañas de Pancorvo existen dos enormes grutas naturales producidas por hundimientos ó conmociones volcánicas, que llevan por nombre *El Tesoro* y *Las Campas*. Segun las noticias que nos proporcionó una amabilísima persona de esta villa, pues nosotros no pudimos visitarlas, se encuentra en dichas grutas una variada multitud de estalactitas, afectando caprichosísimas formas, que no imitaria en todos sus detalles el más hábil artista, techos de encaje delicadísimo, artesonados primorosos y columnas salomónicas, igua-

les, si no superan, á las mejores que se conocen de su clase.

La locomotora lanza un agudo silbido mientras se atraviesa parte del pueblo, y entramos en la garganta abierta en el centro de sus altos riscos; sus formas son tan extrañas, que á cada instante teme el viajero ver interceptada la via por el desprendimiento de alguna enorme roca. Recomendamos este pequeño trayecto á todos los que amen las bellezas de la naturaleza. El tren camina, por tan reducido espacio, en línea paralela á un rio que casi va lamiendo sus ruedas; se atraviesan cuatro túneles, dos viaductos y costosísimas obras de fábrica; deja á la izquierda las villas de Ameyugo, Bujedo y Oron, entra en un terreno más abierto, y sobre un soberbio puente de piedra salva el rio Ebro á la vista de

Miranda que esta villa es de antigüedad romana, más nos el nombre con que en esos tiempos se la distinguía. En 1366

MIRANDA.

Estacion de empalme con el ferro-carril de Bilbao. Al regresar de la frontera, se hace en esta Estacion un contraregistro de Aduanas en los equipajes que no vengan precintados. La franquicia que disfrutaban ciertos géneros en las provincias Vascongadas es la causa de esta operacion, harto enojosa para el viajero.

La villa, que consta de 3.000 almas próximamente, está situada en una llanura á orillas del Ebro, que la divide en dos barrios. En otro tiempo estaba sólidamente fortificada; hoy quedan los restos de una cerca aspillerada, que presenta tres líneas de defensa, con baluartes en los ángulos. Sus calles son estrechas y tortuosas.

A la derecha de la poblacion, y en una altura que la domina, se levanta un casti- llo con un cuartel y cinco troneras para ar- tillería, cuya edificacion se atribuye al Conde D. Tello.

Dícese que esta villa es de antigüedad romana, mas no se conoce el nombre con que en esos tiempos se la distinguia. En 1366 fué dada á la ciudad de Búrgos por el rey de Castilla D. Enrique, en recompensa de los servicios que le habia prestado durante la guerra que sostuvo con su hermano don Pedro *el Cruel*, asesinado en los campos de Montiel por el puñal de su mismo hermano.

En 1834 fué pasado por las armas en esta poblacion el caudillo carlista Carnicer, hecho prisionero en el momento de entrar en Pancorvo, disfrazado de arriero.

A poca distancia de la Estacion, y en el punto de empalme con la línea de Tudela á Bilbao, se pasa otra vez el Ebro por un puente de hierro, y por un viaducto la carretera; más allá se salvan los rios Zadorra y Leciana por otros dos puentes, uno de ellos magnífico, y despues pasa el tren, sin detenerse, la Estacion de

MANZANOS,

á la que da nombre un pequeño lugar, bastante separado de la via.

A media legua de la Puebla de Arganzon, que se ve á la derecha, existen las ruinas de una fortaleza, llamada el *Castillo*, en donde tuvo principio, el 21 de Julio de 1813, la famosa batalla de Vitoria, que puso término á la guerra de la independencia española. Una inmensa trinchera, que nos obliga á viajar un instante entre dos murallas de granito, nos conduce á

NANCLARES.

Pueblo pequeño, compuesto de algunas casas diseminadas, que se ven á la izquierda ántes de llegar á la Estacion.

Cerca de Nanclares están las salinas de Aña, Poza y Rocio.

En el pequeño trayecto que vamos á recorrer hasta llegar á Vitoria, se encuentran

nueve pueblecitos á derecha é izquierda de la línea, tan pintorescamente colocados, que haciéndonos olvidar las molestias de un largo viaje, llegamos á creer que no es la naturaleza real la que va pasando ante nuestros ojos, sino que, tendidos cómodamente en el sillón de un gabinete, nos entretenemos en ir recorriendo las más poéticas vistas del mejor estereóscopo.

La entrada en Vitoria es preciosa; desde léjos se descubren ya tres magníficas torres de iglesia, que nos anuncian la proximidad de la que con razon se llama la reina de la provincia; más cerca se ven las inmensas galerías de cristales que se destacan de la mayor parte de sus casas. Un valle encantador, poblado de grandes álamos blancos, nos conduce hasta la Estacion del ferro-carri, cuyos jardines, perfectamente cuidados y sembrados de flores, embellecen aquel sitio hasta un punto indescriptible.

VITORIA.

Ciudad de 19.000 habitantes, edificada en forma de anfiteatro en el flanco de una colina que está á 540 metros sobre el nivel del mar.

Su situacion es inmejorable. Los verdes y desiguales campos de Álava, que parecen un mar encrespado por las olas, los ganados que pacen en la falda de las colinas, los árboles frondosos que cubren con su follaje una infinidad de casas de campo, blancas como el armiño, diseminadas por sus alrededores, las torres y los montecillos de los lugares que cercan la ciudad, forman el bellísimo cuadro que se descubre desde la inmensa altura de Vitoria.

Está dividida en tres partes, una antiquísima, otra antigua y otra nueva. Sobre la primera se eleva, como el remate de una escultura, una espléndida iglesia gótica del siglo XII; un poco más abajo rodean las tortuosas calles de la ciudad antigua á otra

iglesia de la misma época, y al pié de la colina se extiende la parte moderna, distinguiéndose de las otras dos por sus anchas y limpias calles tiradas á cordel, por sus brillantes aceras de asfalto, por sus magníficos edificios, casi todos con huertos ó jardines, y por la Plaza Nueva, con sus diez y nueve arcos, bajo los cuales se pasean en invierno las bellas vitorianas.

El hospicio, situado en la calle Nueva y construido, en 1638, bajo la direccion del arquitecto Jordanes, merece visitarse. El vestibulo es precioso, y en la fachada, que consta de dos cuerpos, se han empleado diez y seis columnas de una piedra negra de muy buen efecto. Tambien es bonita la fachada del teatro, y muy acertada su reparacion interior.

La cárcel, de moderna construccion, es una de las mejores que hoy tiene España. Pero el edificio más notable de la ciudad, es, sin duda ninguna, el palacio de la Diputacion; entre los varios lienzos que en él se han recogido, despues de la extincion de

los conventos, merecen particular mención cuatro magníficos cuadros del Españolito, representando á San Pedro, San Pablo, un Cristo y una Cabeza.

Tiene Vitoria varios paseos de invierno y de verano. A estos últimos pertenece la *Florida*, lugar delicioso donde se encuentran árboles, fuente, jardines, estatuas y cuanto contribuye á hacer agradable un sitio de esta clase. Otra fuente más abundante y hermosa, que la que hoy existe, debe colocarse muy pronto en este paseo, aprovechando las aguas traídas de la montaña de Berrostigueta. En el del *Prado*, cuyo piso está cubierto de césped, cantan y bailan los naturales del país sus poéticos y animados zorricos.

El interior de la catedral, con sus tres magníficas naves, sus galerías y arcos góticos, es sumamente esbelto y agradable. Hay en la sacristía un precioso cuadro de la Piedad, con figuras de tamaño natural de muchísimo mérito, que unos atribuyen á Van Dik y otros á Murillo.

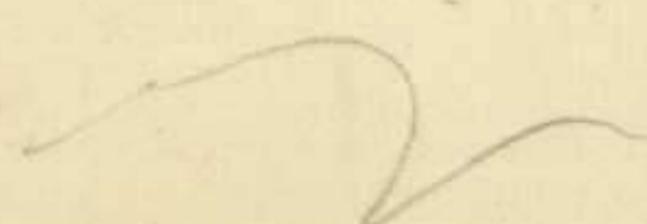
En la parroquia de San Miguel existe el famoso machete vitoriano ante el cual juraba el Procurador general cumplir bien su encargo, bajo pena de cortarle la cabeza.

Consérvanse aún en la iglesia de San Vicente, y debajo de dos grandes conchas de Manila, que sirven de pilas de agua bendita, las dos sepulturas de piedra negra donde se enterraba á los ajusticiados y á los verdugos.

Entre los recuerdos históricos de los edificios antiguos que aún existen, merecen citarse los de una casa en la calle de Pintorería, donde se hospedó D. Alfonso *el Sabio* cuando reedificó la ciudad. Otra en el ángulo que forma la calle de la Zapatería y la plaza de Castilla, en la que vivió Francisco I; y estuvo preso, hasta que fué degollado en la plaza pública, el famoso Baraona, capitán de los comuneros alaveses. La fachada de este edificio es del Renacimiento, y el marco de sus ventanas está adornado por unos festones de relieve, en los que se ven mezclados amorcillos y salamandras. Y por último, otra casa en la calle de Cuchi-

llería, donde residia Adriano Boyens, hijo de un tejedor de Utrech, célebre teólogo y antiguo profesor de Cárlos V, cuando recibió los pliegos que le elevaron, en 1522, al trono pontifical. Cuéntase de este Papa, que llevó el nombre de Adriano VI, que al llegar á Roma despidió los lacayos, vendió los caballos y los carruajes, cerró el teatro del Vaticano, é introdujo tantas economías, que el pueblo, acostumbrado al fausto y á la prodigalidad italiana, mostró su descontento, apellidándole *el Avaro*.

La industria de los habitantes de esta ciudad, consiste en toda clase de artes y oficios, fábricas de curtidos muy afamados, de espejos, de carruajes, sillas, mantas, catres de hierro, batería de cocina, etc., etc. En el Portal de Carreras hemos visto un taller donde se hacen todo género de muebles de madera, que por su construcción elegante y sencilla, por la comodidad que ofrecen para ser trasportados, pues se dividen en infinitas piezas, y por la baratura de sus precios, son dignos de todo elogio.



En la montaña de *Maestu* hay una mina de asfalto, descubierta recientemente, que es objeto de una explotación considerable; no solamente se extraen sus productos para todas las provincias de España, sino también para el mediodía de Francia; Burdeos, Tolosa, y hasta Montpellier, vienen aquí á surtirse.

La provincia de Álava es una de las más ricas de España por sus canteras de mármol, minas de carbon, de hierro y de plomo argentífero, y por la privilegiada fertilidad de su suelo. En el corazón de sus montañas se encierran tesoros de incalculable valor, que ya en tiempo de los romanos se explotaban en provecho de los conquistadores.

Era Vitoria una pobre aldea, conocida con el nombre de Gaztheiz, cuando en 1181 la pobló y fortificó el Rey de Navarra D. Sancho *el Sabio*, dándole el nombre de villa; ésta es la ciudad que hemos llamado *antiquísima*. Destruída casi completamente por

un incendio, en 1202, el Rey D. Alfonso VIII mandó construir otra ciudad, la *antigua*, á los piés de la incendiada, y más tarde se fué poco á poco edificando la *moderna*.

Construida la primitiva Vitoria en una época en que los diferentes reyezuelos que gobernaban á España estaban siempre en guerra, sufrió, como plaza de importancia y avanzada de los navarros, las consecuencias de aquel período de luchas, banderías y revueltas. En el año 1200, y poseyéndola D. Sancho VI de Navarra, cayó en poder de Alfonso VIII, perteneciendo desde entónces, y casi sin interrupcion, á la corona de Castilla. Ningun monarca trató de cercenar los fueros que esta ciudad tenía; todos ó casi todos le concedieron otros nuevos. A Alfonso VIII atribuyen algunos escritores la promesa de respetar estos fueros miéntras las aguas del Zadorra no se detuvieran en su curso; promesa que parece confirmar la costumbre que se observó, hasta hace pocos años, de reconocer la autoridad el curso del rio al romper la aurora del 24 de Junio, y

dar el Procurador general fe de esta ceremonia, que se comunicaba inmediatamente á Madrid. El Rey D. Juan II le concedió, en 1431, el título de ciudad. En ella se establecieron por D. Alfonso XI los caballeros de la Banda, célebres por su valor en los torneos.

Los bandos de Callejas y Ayalas, que á mediados del siglo xv se levantaron en Vitoria, disputándose con las armas en la mano el derecho de administracion, trajeron sobre esta ciudad desastres sin cuento. Todos los vitorianos, sin excepcion, estaban afiliados en estos dos bandos; la aristocracia pertenecia al primero, la democracia al segundo. Las sombras de la noche envolvian en tinieblas los combates que cada veinte y cuatro horas se repetian, dejando muertos y heridos muchos combatientes.

El Rey D. Fernando *el Católico* pasó á esta ciudad, y exhortando á la reconciliacion á ambos partidos, puso fin á la lucha que aniquilaba á Vitoria.

El período más glorioso de su historia es

indudablemente el de la guerra de la Independencia. Su nombre está desde entónces impreso con caractéres indelebles en el corazon de los buenos españoles. Miétras que Napoleon presenciaba en el Norte la destruccion de su poderoso ejército, el trono de su hermano José caia hecho pedazos en los llanos de Vitoria el dia 21 de Julio de 1813.

Ya cuando en 1808 llegaba á Vitoria Fernando VII de paso para Francia, sospechando los vitorianos la red que se tendia al Monarca y los peligros que le amenazaban, trataron de impedir su fatal viaje; haciéndolo con tan acendrado patriotismo, que, á pesar de estar ocupada la ciudad por una fuerte guarnicion francesa, se declararon en tumulto, cortando los tiros del coche en que el Rey debia partir. Inútil esfuerzo: el Rey partió, y con él toda su familia.

Probada la falaz conducta de Napoleon, fué Vitoria una de las primeras ciudades que dieron el grito de guerra en la península; pero las fuerzas del coloso frances, que por todas partes se extendieron, eran

inmensas, y fué preciso á este noble vecindario ocultar su rabia y su dolor dentro del pecho, cuando vió entrar por sus puertas al Rey intruso, y pocos meses despues al Emperador, su hermano. Sin embargo, la Providencia tenía reservada á esta ciudad una página de oro en la historia de nuestro país; página que habia de llenar cinco años más tarde la célebre batalla que tomó su nombre.

Hostigado el ejército frances, á cuya cabeza se hallaba José I, por las tropas aliadas, que mandaba lord Wellington, habia abandonado la línea del Duero y seguido la del Ebro, que pronto tambien se vió precisado á dejar. Detúvose el Rey intruso en Vitoria, cuya ciudad, lo mismo que sus alrededores en una extension de tres leguas, fué cubierta por el grueso de sus tropas escogidas. Al amanecer del dia 21 de Junio, la derecha de nuestro ejército, al mando del Conde de Amarante y del general Morillo, dió principio á la pelea embistiendo la izquierda del enemigo desde el rio Bayas; el centro y la izquierda atacaban al mismo tiempo el resto

de las tropas francesas, cortándoles la retirada, y bien pronto se generalizó la encarnizada lucha, que dejó los llanos de Vitoria cubiertos de humo, sangre y cadáveres.

El ejército francés, como en rara ocasión le sucedió, fué puesto en desorden y precipitada fuga, abandonando sobre el campo de batalla doscientas piezas de artillería y numeroso y rico equipaje. El coche mismo de Bonáparte vino á poder de los españoles, encontrándose dentro de él correspondencia de gran importancia, muchos objetos preciosos, y hasta la espada que la ciudad de Nápoles le habia regalado. Cayó tambien en manos del ejército aliado el rico convoy que habia sacado de Madrid el general Hugo, compuesto de carruajes, artillería y cajas de dinero, que los vencedores se repartieron. Perdido quedó tambien el baston de mando de Jourdan, que despues regaló lord Wellington al príncipe regente de Inglaterra. Pedrería, alhajas, vestidos, manjares y bebidas, municiones, armas y multitud de otros objetos, dejaron abandonados y espar-

cidos por el suelo en su desordenada fuga. Así terminó esta guerra tan desastrosa como injusta, que costó tanta sangre á los dos pueblos y preparó la ruina de Napoleon.

El hecho heroico de sus milicianos en 1834, arrojando de la ciudad al general Zumalacárregui y las huestes de D. Carlos, que la habian tomado por sorpresa, mereció una bandera regalada por María Cristina á la Milicia, y el aumento de su escudo de armas con una corona mural y el lema de *Isabel II á la ciudad*.

En Octubre de 1841, la guarnicion y la milicia, al grito de rebelion de su diputado Montes de Oca, antiguo ministro de Marina, se sublevaron contra el Regente. Vencidos y reducidos á la obediencia, Vitoria fué el teatro del sangriento desenlace de esta tentativa de insurreccion.

Grande es el número de los hijos célebres de Vitoria; de ellos citamos únicamente á Pedro Lopez de Ayala, canciller de Castilla, general é historiador, que se distinguió en los consejos y en el ejército durante los rei-

nados de D. Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III; Antonio de Guevara, predicador de Carlos V y su historiógrafo; Ignacio de Álava y Navarrete, capitán general de la marina española: este célebre marino hizo la guerra á los ingleses y argelinos, asistió al sitio de Gibraltar en 1782 y á la defensa de Oran en 1791; ocupó á Tolon, recorrió la América del Sur, las costas del Pacífico y las Marianas; defendió las Filipinas contra los ingleses, y concurrió al combate de Trafalgar como segundo jefe de las fuerzas españolas, peleando denodadamente en el navío *Santa Ana*.

Réstanos añadir que hay en Vitoria excelentes fondas, en las cuales se hallan coches y ómnibus que conducen á los viajeros á todos los lugares de sus deliciosos alrededores.

Desde la salida de la Estacion por la trinchera de Santa Lucía, el tren camina por un valle abierto y sumamente pintoresco. Multitud de pueblecitos perdidos entre el espeso arbolado, se ven por todas partes

adonde se dirija la vista. Las ruinas del castillo de Guevara, que se destacan sobre las altas montañas de Arlaban y la sierra de San Adrian, forman por la izquierda el fondo de este cuadro encantador. Pasa la via bajo el santuario de Estivariz, verdadera atalaya de aquel valle, deja á la derecha el pueblo de Alegria de Álava, cuyo nombre, á juzgar por la situacion que ocupa el pueblo, le sienta admirablemente, y alcanza por fin una cordillera que atraviesa por el túnel de Chinchetru, de 535 metros de largo.

A la salida del túnel, se encuentra un bosque de encinas en medio de una hermosa campiña que se prolonga hasta

SALVATIERRA.

Villa de 1.600 habitantes, situada á la izquierda del camino, sobre una colina que domina un valle formado por dos cordilleras. Sus antiguas murallas, que los vecinos se encargan de destruir, arrancando cada dia una nueva piedra; sus cubos y baluartes,

torres y campanarios, dan desde léjos á la villa un aspecto imponente. Sus calles son espaciosas y bien empedradas; tiene buenos edificios de piedra labrada, y en casi todos ellos un escudo de armas.

Es una de las primeras adquisiciones de la corona de Castilla en aquel territorio. Alfonso X aumentó su poblacion y cambió su nombre de *Hagunalin* ó *Hagurain* por el que hoy lleva, concediéndola fueros y exenciones. Cárlos *el Malo* de Navarra se apoderó de ella y la conservó hasta el año de 1380, en que la recuperó Enrique II. Perteneció despues, por donacion de Juan I, al mayorazgo de Lopez de Ayala, y el año 1521 volvió definitivamente á formar parte de la corona.

Desde que se entra en el valle de Burunda, el paisaje va tomando un aspecto más severo, las descarnadas montañas limitan el horizonte, el valle se estrecha, y llegamos á la Estacion de

ARAYA.

Construida cerca de una villa de 1.000 habitantes, de la que toma su nombre. Una gran fábrica de hierro, cuyo mineral se extrae de las minas abiertas en la ladera de la sierra de Alzanea, es una de sus mayores riquezas.

En la iglesia parroquial se ven fragmentos de inscripciones romanas, y sobre una escarpada roca, al N. del monte Araz, existen las ruinas de un antiguo castillo.

Siguiendo por un terreno quebrado el desfiladero que forman las sierras de Urbana y Andía, pertenecientes al Real Patrimonio, se alcanza á los 10 kilómetros á

OLAZAGUTIA.

Villa de 600 almas, sin recuerdo histórico antiguo, ni moderno, que merezca citarse.

Al salir de este pueblo, comienza á subir

la via, y sigue constantemente remontándose, hasta el túnel de Otzauste, en la proporción de 1 por 100. Se cruza el rio Burunda, y á los pocos kilómetros se ve la Estacion de

ALSÁSUA.

Villa de 1.400 habitantes, situada en las riberas del Araquil, centro del valle de Burunda. En el año de 1833 se dió en este pueblo una accion, que perdieron las tropas de la Reina, cayendo prisioneros algunos oficiales y soldados. Entre los primeros se hallaba un hermano del ilustre caudillo de la guerra de África, cuya muerte lloran hoy sus amigos y adversarios. Invitado por los jefes carlistas á tomar las armas en su partido, el hermano de O'Donnell prefirió ser fusilado, muriendo en defensa de Isabel II, á faltar á su juramento.

La Estacion de Alsásua, que es el punto de union entre la línea del Norte y la de Navarra, pone en comunicacion á San Sebas-

tian con Barcelona, al Océano con el Mediterráneo.

Grandes fábricas de hierro se han establecido en su término, de las cuales se extraen considerables cantidades de este mineral.

Después de abandonar la Estación, se deja á la derecha el camino de Beasain y las grutas de Don Carlos, cuyo nombre adquirieron, según se refiere en el país, por haber servido de refugio á las huestes del pretendiente. La vía penetra después en los Pirineos, recorriendo el agreste y pintoresco valle del río Alsásua, y entra en la provincia de Guipúzcoa por el territorio de Otzaurte. El monte que lleva este nombre forma la línea divisoria de las aguas del Océano Atlántico y del mar Mediterráneo.

Las grandes y costosas obras de fábrica que la empresa ha tenido que hacer para facilitar el paso de los Pirineos, empiezan en un túnel á 614 metros sobre el nivel del mar, que atraviesa este monte, y que mide cerca de kilómetro y medio de longitud.

Otros siete túneles, que componen un total de 1854 metros, se suceden despues casi sin interrupcion; á la salida del último, llamado Azocarán, se ve á la izquierda, coronado por la ermita de San Adrian, que está suspendida sobre un precipicio, el monte Aitzgorri, desde cuya cima se descubren las tres provincias comprendidas entre los llanos de Vitoria y las costas del golfo Cantábrico.

Otro túnel, el de Pajoeta, nos conduce á la vista del valle de Oria, sobre el cual pasamos á una altura de 330 metros. En el fondo del valle, y á bastante distancia de la via, se distingue por la derecha la villa de Cegama, en donde se halla sepultado D. Tomas Zumalacárregui, uno de los jefes militares de más importancia en el ejército carlista. Nació en Ormaiztegui el año 1788. Su vocacion por la carrera de las armas se decidió en Zaragoza en 1808. Hallábase en esta ciudad cuando los franceses la sitiaron, y lleno de entusiasmo, tomó parte en la defensa de la plaza hasta que cayó prisione-

ro en una de las salidas de los sitiados. Logró evadirse al cabo de algun tiempo, y abandonando la profesion de escribano, que ejercia, se alistó á las órdenes de Jáuregui, á cuyo lado combatió durante todo el trascurso de la guerra de la Independencia. En 1832 era coronel, y por causas que no citarémos aquí, se pasó á las filas de D. Carlos, donde fué proclamado comandante general. No desconocia el Infante el mérito militar del jefe cuya adquisicion acababa de hacer: en poco tiempo consiguió disciplinar aquel ejército, compuesto de elementos heterogéneos, y venció á los partidarios de la Reina en casi todos sus encuentros. Entusiasmados con tan repetidas victorias, los secuaces de D. Carlos le aconsejaron que se apoderase de Bilbao. No era ésta la opinion de Zumalacárregui; pero cediendo á las instancias y órdenes del pretendiente, puso sitio á aquella villa, donde habia de encontrar el término de su vida. En efecto, hallábase el 15 de Junio de 1835 examinando desde el balcon del palacio de Begoña las opera-

ciones de sus tropas y dando órdenes para la direccion del asalto, cuando una bala enemiga vino á herirle en la parte superior de la pierna derecha. Trasportado á Cegama en una camilla, se procedió á su curacion, pero la bala no pudo ser extraida y murió el 24 del mismo mes. Don Cárlos le nombró, despues de su muerte, capitán general de los ejércitos reales, grande de España de primera clase, y duque de la Victoria para sí y sus descendientes.

Pasados otros tres túneles, cuyo trazado describe una doble curva, se entra en el de Oazurza, abierto en la peña, y de una longitud de 2.958 metros. Es la mejor obra en su clase de toda la línea. Para activar el taladro, atacándolo por distintas partes á la vez, se perforaron en varios puntos del trazado hasta doce pozos, algunos de los cuales tenian una profundidad mayor de 200 metros. El servicio de extraccion de escombros y el movimiento de materiales, se hizo por medio de cinco máquinas de vapor de treinta caballos de fuerza cada una. Está

completamente revestido de mampostería, y puede calcularse su cubo total en 24.000 metros. Estas indicaciones darán una pequeña idea del tiempo empleado y de las dificultades que fué necesario vencer para la construcción de un túnel que podemos llamar colosal, y que hoy atraviesa el tren en poco más de cinco minutos.

Después del túnel de Oazurza, que desemboca en una trinchera muy elevada, y de otro túnel de 282 metros, se alcanza el río Urola, y la vía recorre el industrioso valle de este nombre, en el que á cada instante se encuentran molinos y herrerías. Cerca de la aldea de Telleriarde, que se extiende por la izquierda á los piés del camino de hierro, se ve la carretera que conduce á Oñate, córte del Pretendiente durante un largo período de la guerra civil. Por la derecha, y á la vista de grandes caseríos, se descubre el pueblo de Legazpia, y más adelante á

ZUMÁRRAGA,

cuya Estacion, con sus fondas, jardines y cafés, parece la de una poblacion de primer órden. No debe, sin embargo, extrañarse este lujo de establecimientos públicos en un pueblo tan pequeño, porque desde aquí parten en verano los coches que conducen viajeros á los baños de Arechavaleta, Alzola, Azcoitia, Cestona, Deva, Zumaya, Zaráuz y otros puntos.

La poblacion se divide en dos partes: llámese la una Zumárraga, y la otra Villareal, y ambas están unidas por un antiguo puente de piedra sobre el rio Urola. Zumárraga tiene 1.280 habitantes, y está situada á la margen derecha del rio y al pié del monte Veloqui. Nada de particular encierra que deba mencionarse, á excepcion del pórtico de la iglesia de Santa María, y aún de la iglesia misma, que es de una construccion sólida y elegante.

El conquistador de las islas Filipinas, don Miguel Lopez de Legazpi, nació en esta vi-

lla, á principios del siglo xvi, en un palacio que se ve á mano izquierda. El 21 de Noviembre de 1564 zarpó Legazpi del puerto de Natividad, en Méjico, á la cabeza de una flota compuesta de cinco buques y 400 hombres de tripulacion. El 9 de Enero del siguiente año descubrió las islas de los Barbados, el 22 llegaba á las Marianas, el 13 de Febrero á la vista de las Filipinas, y el 16 echaba el ancla en el puerto de Tandaya, estableciendo su cuartel general en la isla de Zebú. Pensó despues en aumentar con nuevas conquistas las fuerzas de la naciente colonia, y al frente de 280 hombres se apoderó de la isla de Luzon; y por último, la toma de Manila, verificada el 19 de Mayo de 1571, aseguró á la corona de Felipe II la posesion del más hermoso archipiélago del Pacífico. Un año despues, y sin haber podido gozar entre sus compatriotas de los laureles ganados en tantas victorias, murió en Manila, con el título oficial de conquistador, capitan general y primer gobernador.

— Villareal, cuya poblacion es de 1.000 al-

almas próximamente, está situada al pié del monte Irimo y á la izquierda del Urola. Como su hermana Zumárraga, tampoco encierra más particularidad que su iglesia, en donde se conserva el cuerpo de Santa Anastasia, natural de Játiva, y los restos mortales del general D. Gaspar de Jáuregui. Villareal es patria de este caudillo, conocido vulgarmente por *el Pastor*. En 1810, cuando estalló la guerra de la Independencia, abandonó sus rebaños, llamó á las armas algunos montañeses, organizó un cuerpo de voluntarios, y formando á su cabeza, hizo la guerra á los franceses. Sus importantes servicios, y su fama de guerrillero, le valieron el nombramiento de general en 1823. Perseguido poco despues, se vió obligado á emigrar á Francia, y allí esperó hasta el año de 1833, en que fué llamado para formar parte del ejército constitucional. Terminada la guerra fué nombrado segundo cabo de la capitania general de Vitoria, donde falleció en 1844.

Todas las iglesias de estos contornos os-

tentan en sus altares dorados de gran precio, debidos á la generosidad y devocion de los primeros conquistadores de América, que en su mayor parte eran hijos de los puertos de la costa cantábrica; pero el que llama sobre todos la atencion es el magnífico monasterio de San Ignacio de Loyola, construido en el centro de un delicioso valle. En 1682, Ana de Austria (madre de Carlos II) hizo elevar sobre el mismo sitio que habia ocupado la casa de San Ignacio, una iglesia y colegio, á los que debia unirse un seminario, que no se terminó por haber sido expulsados de España los jesuitas. El edificio, mirado á vista de pájaro, representa un águila real con las alas extendidas, ó mejor dicho, con el ala, puesto que una de ellas, la que debia ocupar el seminario, no está terminada. Forma la cabeza del águila la portada del templo, la iglesia el cuerpo, extiéndose el colegio por el ala derecha, y la cola se abre y ensancha por los espaciosos jardines del monasterio. Dirigió esta obra el arquitecto Carlos Fontana.

Al salir de la estación de Zumárraga, se ve á la izquierda, como ya hemos dicho, la casa en que nació Legazpi, conocida en el país con el nombre de *Casa-Jáuregui*. Es una especie de palacio, construido sobre una colina que domina el paisaje que vamos describiendo. Consta de dos cuerpos superpuestos, mayor el uno que el otro, pero exactamente iguales en la forma. Este inmenso edificio, aposento en otro tiempo de Reyes, pues allí se hospedó Felipe III en 1615, y cuna de grandes hombres, está condenado en la actualidad á ser el establo en donde los rebaños del término buscan abrigo en las frias noches de invierno.

Pasado un túnel de 685 metros de largo, el tren describe una curva bastante atrevida, y por una cañada vistosísima volvemos á entrar en la cuenca del Oria, poblada de árboles, caminos y multitud de caseríos. Otros cinco túneles más nos llevan á la vista del viaducto de Ormaiztegui, la obra maestra en su género de la travesía de los Pirineos. Difícilmente se puede dar una idea del her-

mosísimo cuadro que por la izquierda se descubre, desde la inmensa altura del viaducto, en los pocos momentos que tarda el tren en pasarlo. Altas montañas en frente, cubiertas de seculares encinas, de castaños, arces y manzanos, forman mil matices verdes al contacto de los rayos del sol; á la izquierda, sobre una colina, presenta Gaviria en anfiteatro sus blancas casitas, su iglesia, sus huertos y jardines, y en el fondo Ormaiztegui, con su elegante establecimiento de baños, parece, más que un pueblo, un juguete formado con piezas de carton.

En la construcción de esta obra magnífica se emplearon 1.800.000 kilogramos de hierro, formando cinco tramos de 60 metros de abertura, y sus elegantes arcos se elevan á 35 metros sobre la casa de baños de Ormaiztegui.

Después del viaducto se atraviesan otros tres túneles y un puente metálico sobre el Oria, y siguiendo las márgenes de este río, alcanzamos á los 14 kilómetros á

BEASAIN.

Villa de 1.300 habitantes, situada á la izquierda, en medio de un risueño valle. La mayor parte de sus casas son grandes, pero muy viejas. Ocho arroyos, abundantes en pesca, cruzan su término en distintas direcciones.

Fuera de la Estacion se pasa el Oria, y á la izquierda se ve una magnífica fábrica de fundicion.

En Beasain concluye la verdadera travesía de los Pirineos, pues ya sólo á largos intervalos encontraremos los pocos túneles que aún tenemos que pasar. En los 45 kilómetros que hemos recorrido desde Alsásua son innumerables las obras de arte construidas. En la imposibilidad de dar aquí una relacion detallada de todas ellas, diremos únicamente, para conocimiento de nuestros lectores, que los túneles son 23 y miden una longitud de 10.424 metros (10 y medio kilómetros), y 122 los puentes, alcantarillas,

viaductos y demas obras de mampostería.

El Oria, formando una red de caprichosas revueltas, obligó á la empresa del ferrocarril á construir una multitud de puentes sesgados desde la estacion de Beasain á la de Tolosa; en los 15 kilómetros que mide este trayecto, penetrá la locomotora cuatro veces en el corazon de la montaña, por medio del cual recorre 1.497 metros, y atraviesa al mismo tiempo 16 veces el rio, costeando unas veces, y otras pasando por encima ó debajo de la carretera de Bilbao, que aparece y se oculta, se acerca y aleja, como una vision fantástica, hasta encontrar á

TOLOSA,

cuya Estacion está situada en el fondo de cuatro altísimas colinas.

La villa, edificada al pié de los montes Hernio é Izturdi, en la márgen del rio Oria, consta de 8.200 habitantes, tiene un hermoso clima y es oficialmente la rival de San Sebastian, porque, si allí reside el go-

bernador de la provincia, en Tolosa está la Diputación general foral, representando la independencia de Guipúzcoa.

Como en Valladolid, Vitoria y otras ciudades importantes de la línea que describimos, se nota en Tolosa ese movimiento, esa actividad continua que llena de vida á las poblaciones industriales. En efecto, sea por la inclinación natural de sus habitantes, ó por la buena disposición que ocupa la villa á lo largo de los rios Oria y Beraztegui, tanto en ella como en sus alrededores la industria ha progresado de un modo maravilloso. Las fundiciones, ferrerías, molinos, fábricas de papel, puntas de París, paños, telas de lana, lienzos, sombreros, boinas, fósforos y carruajes, son numerosas y constituyen una gran riqueza.

Sus calles no son muy anchas, y algunas poco regulares, pero en ellas se ven magníficos edificios, como las casas consistoriales, la de Toriles, el colegio, juzgado de primera instancia, la torre de Andía, el palacio de Idiazquez y otros.

de Idiazquez y otros.

Sus principales paseos, el Igazondo á orillas del Berástegui, que se prolonga hasta el próximo pueblo de Ibarra, y otro tendido á lo largo del rio Oria, están cubiertos de frondosos plátanos, castaños de India, y árboles de várias clases, que los embellecen y defienden en verano de los rayos del sol. —Tolosa fué repoblada en 1256 por D. Alfonso *el Sabio*, quien mandó reunir en ella las gentes que vivian en los caseríos esparcidos por los contornos; y D. Sancho IV, queriéndole dar mayor engrandecimiento, expidió en la ciudad de Búrgos, el año 1285, una *carta-puebla*, en la que se concedian á la villa privilegios y exenciones que fueron progresivamente aumentándose, y llegaron, en union con los otorgados por otros Soberanos á las demas poblaciones del país, á constituir esos *Fueros* que las provincias Vascongadas defienden con tanto empeño. Decia así la carta á que nos referimos: —
Para que la puebla que el rey D. Alonso, mio padre, é yo mandamos facer en Tolosa de Guipúzcoa, se pueble mejor é de mejores

hombres para nuestro servicio, tengo por bien que cuantos hijosdalgo son á ella venidos é vinieren á la poblar, que sean quitos de todo pecho ellos é los sus solares, é que non den fonsaderas, nin otro pecho, nin derecho alguno, é que sean libres é quitos, así como lo eran en sus solares.

Enrique III mandó en 1391 á sus recaudadores que cobrasen de la villa de Tolosa la contribucion de 100.000 maravedises; mas alzó bien pronto el tributo, porque convocada la junta general de Guipúzcoa, se disponian los habitantes, por acuerdo de aquélla, á defender con las armas en la mano sus libertades y derechos. Setenta años más tarde, en 1463, mandó Enrique IV otro comisionado con la pretension de cobrar iguales tributos que los que pagaban las demas villas del reino; pero los *Fueros* se oponian á esta contribucion, los vecinos se alzaron en tumulto, y el pobre emisario, que era un judío llamado Gaon, pagó con su vida la exigencia de su señor.

El 3 de Abril de 1849 abdicaba en Tolo-

sa la corona de Cerdeña, en favor de su hijo Víctor Manuel, el infortunado rey Cárlos Alberto. Sin más aparato que la asistencia de las autoridades provinciales, se extendió el acta ante el notario real D. Juan Fernandez de Furundarena. Cárlos Alberto habitó la casa número 3 de la plazuela de Arramela.

Entre los muchos hombres célebres de que es patria Tolosa, debemos citar á Domenjon Gonzalez de Andía, coronel de Guipúzcoa, á quien el rey de Inglaterra, Eduardo IV, condecoró para sí y los primogénitos de su descendencia, con las insignias de la órden de la Jarretierra, en premio de los buenos servicios que de él habia recibido.

Despues de la Estacion de Tolosa continuamos recorriendo el valle de Oria, tan fecundo en establecimientos industriales: se ve á la izquierda el pueblo de Anoeta, y á la derecha el de Irura, con su fábrica de boinas, y otra de papel continuo, en cuya fachada hay escrito en letras de un tamaño colosal un letrero que dice — LA SIN NOM-

BRE.— Pasamos despues por delante de los pueblos Villabona y Amasa, divididos únicamente por la carretera de Madrid á Irun: en Villabona nació Diego de San Pedro é Ibarra, confesor del emperador Cárlos V, y hombre tan modesto, que no quiso aceptar el arzobispado de Toledo, que se le ofreció repetidas veces.

Se atraviesa el rio Oria por un puente, y el Leizaran por un viaducto, ambos de tres arcos de 12 metros de abertura, y en medio de grandes maizales y corpulentos álamos que extienden sus ramas cinceladas imitando las formas caprichosas de inmensos candelabros de bronce, llegamos á

ANDOAIN.

Villa de 1.200 habitantes, situada en la confluencia de los rios Leizaran y Oria: ántes de llegar á la Estacion, se pasa un túnel de 300 metros, abierto bajo la iglesia parroquial y la parte superior de la poblacion.

Aunque esta villa no es de las más indus-

triosas de la provincia, tiene, sin embargo, varios molinos, una ferrería y una fábrica de tejidos de algodón, cuyos productos suministran á su pequeña Estacion un transporte continuo é importante.

A los pocos minutos de marcha, penetra la locomotora en el túnel de Azconovieta, de 1.000 metros de largo, y entra en el valle del Urumea. A la izquierda se ve el pueblecito de Urnieta y el monte de Santa Bárbara, tristemente célebre por los acontecimientos de la guerra civil. El territorio de Urnieta encierra muchas canteras de excelente piedra calcárea. En uno de sus montes, próximo al pueblo, hay una gruta natural, que merece ser visitada: las bóvedas están cubiertas de admirables cristalizaciones formadas por la filtracion de las aguas, en las que predomina el carbonato de cal.

Una posesion magnífica del señor Murua se deja á la izquierda, y siguiendo la orilla del rio Urumea por la falda de montañas, admirablemente cultivadas hasta la cumbre y pobladas de caseríos, se llega á

HERNANI.

Villa de 3.600 habitantes, incluidos los de sus caseríos. Está situada un kilómetro antes de la Estacion, sobre la falda del monte de Santa Bárbara, á orillas del rio Urumea.

Tiene Hernani una parroquia, tres ermitas, un convento de monjas y excelente casa de Ayuntamiento. Dos de sus calles, la Mayor y de Urumea, son rectas, bien empedradas y con buenas aceras. El juego de pelota, á cuyo ejercicio son tan aficionados los provincianos, es muy cómodo y está perfectamente enlosado. La parte principal de la poblacion está cercada de murallas, con cinco puertas de entrada, que abren paso á cuatro arrabales y á los paseos que se extienden sobre los caminos de Urnieta, Astigarraga, San Sebastian, Vega y Lasarte. A su llamado *puerto*, en las aguas del rio Urumea, llegan con el auxilio de la pleamar los barquichuelos de San Sebastian y Pasajes.

La industria de sus habitantes consiste principalmente en herrerías y fábricas de fósforos. Sin duda ninguna las provincias Vascongadas son las que han adelantado más en esta última industria : por la suma fabulosamente reducida de dos cuartos, suministran á los consumidores, no ya una caja de 100 cerillas, embellecida por aquellas célebres redondillas de Cascante, sino un *baul*, un *mundo*, un *wagon*, que contiene 250 cerillas, y está ademas adornado por unas viñetas y unas figuras tan grotescas ó repugnantes, que las más de las veces no dan la mejor idea del arte y del buen gusto de su autor.

Hernani es patria de Juan de Urbieta, el famoso capitan que en la batalla de Pavía, en 1525, hizo prisionero al rey de Francia Francisco I.

A la jurisdiccion de esta villa pertenece la pequeña, pero industriosa, poblacion de Lasarte, que posee, movidos por las aguas del rio Oria, los dos establecimientos más grandes de la provincia : son éstos, una fun-

dicion, que adquiere cada dia mayor importancia, y una fábrica de hilados y tejidos de algodón, que está en un estado muy floreciente.

Saliendo de la Estacion, se ven por la izquierda montes profusamente cubiertos de manzanos, de cuyo fruto se extrae la famosa sidra (*zagardua*), que constituye uno de los productos más importantes de estos valles. Otros montes, formando una cañada, se ven por la derecha, tapizados de árboles y verdura hasta la falda, en cuyo fondo se descubren, casi á vista de pájaro, las pequeñas casitas de una aldea poéticamente situada, y que creemos se llama Loyola.

Al aproximarnos á San Sebastian, empieza á notarse una gran variacion en el paisaje: todo es más bello, más encantador; no se ven solamente los ricos productos de la naturaleza, sino tambien el constante y laborioso trabajo de la mano del hombre, que los embellece y poetiza. Campos, montes, árboles y prados, todo está más fresco, más vivo, más minuciosamen-

te cultivado : son tan perfectas las líneas trazadas por los surcos de sus sembrados ; los parques, los cuadros de los jardines de las infinitas casas de campo que por todas partes se presentan á nuestra vista, son tan animados, tan ricamente matizados por los sorprendentes colores de sus flores, que el pincel de un artista podria difícilmente darnos una copia exacta de tanta belleza.

Siguiendo siempre el curso del Urumea, se atraviesa el túnel de Loyola ; se pasa despues el rio sobre un magnífico puente de palastro, de 70 metros de largo, y á su vista llegamos á

SAN SEBASTIAN.

Ciudad de 16.000 habitantes, situada en una pendiente al pié del monte Urgull, en cuya cima se eleva el derruido castillo de la Mota, del cual hablaremos en otro lugar.

La bahía ó *concha* es la más hermosa de toda la costa cantábrica. No hubiera el arte

podido construir un sitio más á propósito para baños, que el formado por la naturaleza en esta playa.

Lo mismo que Ems, Spa, Bade, y todos los puertos que la moda ha tomado bajo su proteccion, San Sebastian es hoy el lugar de la cita de una gran parte de nuestra aristocracia, y de otra parte, no menor, de Francia, Inglaterra y Alemania.

Su preciosa *concha*, la arena limpia y finísima de su fondo, el clima benigno de la ciudad y el trato dulce y cariñoso de sus habitantes, son poderosos atractivos para todos los que, por recreo ó por necesidad, buscan un sitio en donde pasar los meses más calorosos del año.

Se divide San Sebastian en dos ciudades: la *nueva* y la *vieja*. Dásele este nombre á la última porque está edificada en el mismo sitio que ocupó la antigua ciudad; pero sus calles, tiradas á cordel, y la uniformidad de sus edificios, si bien le dan un aspecto algo monótono, demuestran al mismo tiempo que su construccion es moderna. Con efec-

to, data de 1813, en cuyo año fué destruida por un incendio horroroso.

La ciudad nueva empieza ya á merecer este nombre. Hasta hace muy pocos años, sólo se veían aquí y allá diseminados algunos edificios; las calles no estaban más que trazadas; no existían plazas, y difícilmente se podía formar una idea aproximada de lo que ha llegado á ser y de lo que será más adelante.

La iglesia de Santa María, que es la mejor de San Sebastian, fué construida en el siglo pasado. Es uno de los buenos edificios de las provincias Vascongadas. La de San Vicente, de estilo gótico en la parte exterior, y del renacimiento en la interior, aunque no tan buena como la de Santa María, merece ser visitada.

La plaza Mayor, colocada en el centro de la poblacion, es muy espaciosa. Rodéanla por sus cuatro lados cincuenta y tres arcos, que forman un paseo cubierto, muy cómodo para los dias de lluvia, que son demasiado frecuentes en este país.

frecuentes en este país.

Uno de los lados lo ocupa la Casa Consistorial, magnífico edificio, en el que se nota á la vez la majestad de la arquitectura romana y la elegante sencillez griega. Su construcción fué inaugurada el 10 de Junio de 1828, colocando la primera piedra el Rey D. Fernando VII. En el interior del edificio hay algunos cuadros de mucho mérito, y dos jarrones bellísimos de porcelana de Sèvres, regalados por los emperadores franceses.

El teatro, construido de nueva planta, es muy bonito, y está interiormente adornado con exquisita elegancia.

Los paseos de San Sebastian son muchos y buenos. Sobre dos especialmente queremos llamar la atención del viajero, no sólo por su belleza, sino por los diferentes y encantadores paisajes que desde ellos se descubren.

Uno de ellos es el que sigue la margen izquierda del Urumea, con sus riberas eternamente cubiertas de césped color de esmeralda, las pesadas lanchas que surcan el rio, esmaltado por infinidad de aves marinas, y

el grandioso espectáculo de la mar continuamente agitada por la barra que forma la entrada de la Zurriola.

El otro es el que conduce al castillo. Pocas veces hemos disfrutado de un punto de vista más interesante por su conjunto y por sus detalles. Inútil sería que tratásemos de describirlo para dar así una idea de las mil agradables impresiones que nosotros hemos sentido al contemplar desde la plataforma de la ciudadela aquel espectáculo encantador. Á sus piés se extiende la ciudad, que, como Venecia, parece nacida del fondo de las aguas; el rio, con sus matices de plata, corre á veces como un torrente por las colinas, y otras se desliza mansamente, enroscándose á la falda de los riscos; allá, la playa describe un inmenso círculo, que termina en Montefrio; más adelante, las colinas escalonadas forman un anfiteatro de un efecto admirable; y por último, el cielo, con sus tintas rojas y anaranjadas, cierra el horizonte al confundirse con los inmensos espacios del mar.

Las antiguas murallas de esta ciudad, ilustradas con las mil acciones heroicas de sus habitantes, fueron derribadas en 1864. Sólo queda el castillo, edificado á 431 piés sobre el nivel del mar. Al bajar de esta fortaleza, y al pié de un muro cortado en la roca del monte, se ven las tumbas en donde reposan las cenizas de algunos jefes y oficiales de la legion británica, muertos el año 1836, peleando contra el partido carlista.

Larga es la historia de esta ciudad, cuya fundacion se atribuye á unos pescadores arrojados á la playa por una tempestad.

Por su posicion, como plaza fronteriza, se comprende fácilmente que haya tenido que sufrir en todas épocas sitios importantes. Sin embargo, pudiéramos resumir su historia política y militar en estas palabras. — Nunca la ciudad de San Sebastian se ha rendido; jamas ha dejado de ser leal á sus Reyes. Si alguna vez se abrieron sus puertas á los vencedores, fué por medio del engaño

ó de la traicion: si alguna otra los hijos de esta ciudad, obligados por la fuerza de los acontecimientos, ahogaron dentro del pecho sus arraigados sentimientos, maldiciendo su impotencia contra el destino, fué para despertar más tarde, armados del valor y de la fe de los antiguos guerreros, dispuestos á morir defendiendo la historia de toda su vida. —

En estas palabras, repetimos, se podrian resumir las páginas gloriosas que llena la historia de San Sebastian. Queremos, sin embargo, citar dos hechos modernos que confirmen lo que acabamos de decir.

El emperador Napoleon, ese gran tirano, que quiso, como César, imponer su voluntad al mundo, tomó la plaza de San Sebastian invocando la amistad, para declarar despues, pérfidamente, la muerte de la nacionalidad española.

— En Julio de 1808 hizo su entrada en esta ciudad José I, siendo recibido con marcadas muestras de disgusto é indignacion.

Cinco años se habian pasado, cuando las tropas que mandaba el general Graham pu-

sieron sitio á la ciudad. Era el 28 de Junio de 1813.— Los sansebastianenses acogieron con demostraciones de la más viva alegría al ejército que creían *libertador*, escapándose muchos de ellos de la plaza para alistarse en las filas de los aliados.

Más de sesenta casas habian destruido ya las baterías anglo-portuguesas; y, sin embargo, léjos de desear el término de aquel fuego espantoso que dejaba sin abrigo á muchas familias, no cesaban de demostrar sus simpatías á los sitiadores, animándoles al asalto y deseando de todo corazon su triunfo. Mal recompensados habian de ser estos afanes.

El asalto se dió el 31 de Agosto. Los habitantes corrieron al encuentro de los vencedores..... pero, en lugar del abrazo de hermanos, hallaron una soldadesca repugnante que saqueaba las casas, degollaba á los habitantes, ultrajaba á las esposas á la vista de los esposos, á las hijas á la vista de los padres, y cometia toda clase de actos de barbarie.

Por último, el incendio vino á coronar dignamente estas espantosas escenas. Durante la noche, los soldados ingleses y portugueses prendieron fuego á una casa de la *calle Mayor*, despues á otras y otras, hasta que dejaron la poblacion reducida á cenizas.— Más de mil quinientas familias quedaron sin asilo, sin pan y casi sin vestidos, calculándose las pérdidas sufridas en más de cien millones de reales.

Es el dia más horroroso que recuerda San Sebastian, y el borron más grande que puedan tener en su historia lord Wellington y el general Graham, que, ni desaprobaron, ni nada hicieron para castigar estos feroces atropellos.

Durante la guerra civil, San Sebastian, siempre fiel á sus tradiciones, defendió valerosamente la causa de doña Isabel II. Un sitio espantoso tuvo tambien que sufrir la plaza en esta época.

El 6 de Diciembre de 1835 empezó el bombardeo, y mientras las balas carlistas destruian los edificios y llenaban de sangre

las calles, las músicas recorrían la población, seguidas de un inmenso gentío, cuyo entusiasmo crecía á medida que el fuego enemigo arreciaba.

En aquellos momentos de terrible ansiedad, fué cuando el Ayuntamiento, interpretando los nobles sentimientos del pueblo, dirigió una comunicacion al general en jefe del ejército de operaciones, que terminaba con estas heroicas palabras :

— « Si el mejor servicio de la Reina y el triunfo de la santa causa que defendemos exigiesen que se destruya nuevamente este pueblo, harémos gustosos tal sacrificio, y nuestra voluntad será unánime, decididos á sepultarnos entre las ruinas, ántes que en estos muros tremole otro pendon que el de doña Isabel II. » —

Triste es para nosotros en este momento, despues de las nobles frases que hemos copiado y que vivirán eternamente grabadas en la memoria de los españoles; triste es, decimos, tener que hablar de sucesos recientes, en los cuales San Sebastian no ha to-

mado más parte que la de haber sido la última ciudad de España habitada en 1868 por doña Isabel II.

Nos referimos á los acontecimientos de Setiembre.

Desde que fué conocido el grito de rebelion dado á bordo de las fragatas surtas en la bahía de Cádiz, la Infanta Isabel, Condesa de Girgenti, escribia todos los dias á su madre, desde París, exhortándola á que se trasladase inmediatamente á la capital de la monarquía. Cuantas personas rodeaban á la Reina, con excepcion del Sr. Gonzalez Bravo y de algun otro elevado funcionario, la aconsejaban lo mismo que la Infanta.

Todos presentian el golpe que amenazaba á la dinastía; ninguno ocultaba que el regreso de la córte á Madrid era lo único que podia aplazar, ó modificar al ménos, las consecuencias de ese golpe fatal.

¿Cómo explicar entónces que una mujer tan valerosa como la Reina, que habia arrojado con serenidad otros mil peligros en circunstancias dificiles, haya esperado el fin

de los acontecimientos en San Sebastian?

Un no sé qué de misterioso, que la historia se encargará de revelarnos algun dia, envuelve hasta ahora esa inexplicable conducta.

Hubo un momento en que la Reina, negándose á oir consejos, bien intencionados tal vez, pero sin duda ninguna imprudentes, se decidió á volver á Madrid.

Era la noche del 22 de Setiembre. El tren se veia preparado sobre la línea; la máquina estaba encendida, los empleados en sus puestos, y todo, en fin, en disposicion de partir.

Dieron las doce. Se oyó el ruido de varios carruajes, y á los pocos momentos penetraron en la Estacion SS. MM., seguidas de sus hijos y algunas damas de la servidumbre.

La Reina estaba muy triste, y con frecuencia llevaba á los ojos un pañuelo para enjugar las lágrimas que inútilmente procuraba ocultar. Miéntras daban las últimas órdenes, se paseaba agitada por el peristilo de la Estacion,

Nadie pronunciaba una palabra. Aquel silencio sepulcral parecía el triste presagio de los acontecimientos futuros.

A las doce y cuarto la Reina se instaló en el wagon real; se unió la locomotora al tren, y la señal de marcha iba ya á darse, cuando se vió llegar á toda prisa al Conde de Xiquena, subsecretario de Estado, subir al coche en que se hallaba la Reina, y poner en sus manos un telégrama.

Este inesperado contratiempo debió producir alguna confusion entre las personas que rodeaban á S. M., porque desde el andén se le oyó claramente pronunciar estas palabras: — *Callarse, que van á descifrar el parte.* — La ansiedad era terrible para todos cuantos presenciaban esta escena.

Graves debian ser las noticias comunicadas en aquel telégrama, pues al terminar su lectura, la Reina, apoyada en el brazo del Ministro de Gracia y Justicia, y visiblemente afectada, descendió del carruaje.

Sin embargo, á más de una persona hemos oido decir despues que el parte era su-

puesto, que se habian inventado las noticias que contenia, para impedir el regreso de la Reina á Madrid.

Llegó el dia 29: la noche anterior se habia recibido el anuncio de la terrible catástrofe de Alcolea, pero hasta las diez de la mañana no se comunicó oficialmente á la Reina. Esta noticia arrancó á la córte la última esperanza que áun le quedaba. Desde aquel momento nadie pensó sino en ganar el territorio de la nacion vecina.

Todo lo consideraban perdido.

Si debe ser inmensa ante la historia la responsabilidad de los hombres que se pusieron al frente de la revolucion de Setiembre, no debe ser menor la de los que, con sus actos y con sus consejos impremeditados, empujaron á la Reina hácia la frontera.

Si doña Isabel II hubiera estado con tiempo en Madrid, ¿publicaria la *Gaceta* del 29 de Setiembre la alocucion dirigida por el general Concha á los madrileños; alocucion que fué el grito de *sálvese quien pueda*? No seguramente.

¿Hubiera entónces sido la misma la suerte de la dinastía? Nosotros tenemos la convicción contraria.

Y en uno y otro caso, ¿habria corrido la Reina algun riesgo personal? — El carácter altivo del país, la circunstancia de hallarse al frente del movimiento revolucionario generales á quienes habia colmado de favores y de distinciones, y que despues, más de una vez, declararon que nada habrian hecho ni consentido hacer contra ella personalmente, nos mueven á creer que la cuestion se resolveria de otro modo bien distinto.

Si no podia salvarse el trono de la Reina, se hubiera salvado su dinastía. — Nadie duda que en aquellos momentos de lucha y de agitacion espantosa, el nombre del Príncipe de Astúrias habria sido una solucion para todos.

Mas no sucedieron así las cosas.

La hora de la desgracia habia llegado. — Entre tantos generales y hombres políticos colmados por Isabel II de mercedes, ni uno solo estaba á su lado el 30 de Setiembre.

¡Cruel desengaño para una Reina que habia repartido el oro á manos llenas; que habia hecho Grandes de España á tantos españoles que eran y que debian ser siempre *pequeños!*

A las once de la mañana de dicho dia, entró, seguida de su familia, en el coche que debia conducirla al otro lado de los Pirineos.

Su actitud era digna y mostraba la sonrisa en los labios; pero la negligencia de su traje, el vivo color de su rostro y la tristeza de sus ojos enrojecidos, revelaban el estado angustioso de su alma.

En la Estacion recibió los últimos honores tributados á la majestad caida. Los ingenieros y alabarderos que formaban en el andén, batieron marcha real, presentando las armas. Los curiosos se descubrieron respetuosamente, mostrando en sus semblantes la amarga pena que aquel acto les causaba.

A excepcion de los altos funcionarios de Palacio, únicamente la acompañaba al ex-

tranjero el diputado foral Sr. Aguirre, de opiniones republicanas.

Sic transit gloria mundi.

Así pasan las glorias de este mundo.

En el corto trayecto que el tren recorre desde San Sebastian á Irun, la Reina aparentó una serenidad que estaba muy léjos de sentir. Habló de política y se ocupó sin cesar del porvenir que la Providencia reservaria á su patria. Pero al atravesar el Bidasoa, al abandonar, ¡quién sabe si para siempre!..., la frontera de esta España querida, el dolor la dominó por completo, y cubriéndose la cara con las manos, — *Ya no puedo más!* — exclamó, rompiendo al mismo tiempo á llorar.

Desde aquel instante el viaje fué muy triste. La Reina pretendia algunas veces serenarse, pero su ánimo habia caido en un abatimiento espantoso.

En un rincon del carruaje iba el Príncipe de Asturias. Sin que se notase la menor contraccion en su rostro, cubierto de una

mortal palidez, sin sollozar siquiera, ni un instante habian dejado de correr las lágrimas de sus ojos. — Cuando oyó el grito de dolor exhalado por su madre, se colocó á su lado, y olvidando su propia pena, procuró consolarla, prodigándola sus caricias infantiles. — ¡Pobre hijo mio! — murmuró la Reina, miéntras lo estrechaba en sus brazos y besaba aquella frente espaciosa, en la que brillan los destellos de una inteligencia superior.

Así llegaron á *Biarritz*.

Los Emperadores franceses la esperaban en la Estacion, desde cuyo punto, y sin detenerse más que breves instantes, se dirigió al castillo de Pau, que Napoleon habia puesto á su disposicion.

¡Rara coincidencia! El último de los Borbones reinantes fué á ocupar por algun tiempo, en el destierro, el mismo castillo donde está la cuna de Enrique IV el primero y el más grande de los Borbones que reinaron.

En aquellos tristes salones recibia Isa-

bel II, modestamente, en familia, á cuantos solicitaban visitarla.

La conversacion giraba siempre sobre los asuntos de España, y aunque los acontecimientos estaban tan recientes, jamas salió de sus labios una palabra rencorosa para los que tanto daño la hicieron.

Miéntras estaba sola, pasaba horas enteras contemplando las altas montañas que le ocultaban el horizonte de su país. ¡Cuántos recuerdos, cuántos pensamientos amargos debian agolparse entónces á su imaginacion! — *Pocos atractivos, decia á un amigo nuestro, tiene el trono para quien no halló en él más que agravios y desengaños; pero ¡ay! aquí no se vé el hermoso sol de España.....*—

¡Cuán léjos estaria el autor de *El Drama Universal* de pensar que habian de suceder estas cosas, el dia en que dedicó al Príncipe Alfonso su *dolora* Los Dos CETROS!

Hereda Pelayo el cetro de D. Rodrigo, último Rey de los Godos, y el poeta hereda de un convento un baston de caña que per-

teneció al vencido de Guadalete, dentro del cual se halla escrita en un pergamino, por el mismo D. Pelayo, la historia de aquel Rey infortunado. ¡Qué pensamientos tan sublimes brotan de la imaginacion de Campoamor, al pintar el contraste de estos dos cetros! ¡Qué disyuntiva tan terrible para quien hubiera de elegir entre ellos!

Se expresa así D. Rodrigo :

Llegué aquí desesperado
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado.....
¡ Dios les haya perdonado,
Como les perdono yo !
Desde entónces , entre flores ,
Vagando por los oteros ,
Recuerdan á mis dolores,
El cetro , amigos traidores ;
La caña , mansos corderos.
Tú , elegido por mi amor
Y mi heredero por ley ,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de Rey
Y esta caña de pastor.

.

Y concluye la *dolora* con la dedicatoria al Príncipe de Astúrias, á cuyos regios oi-

dos no llegarán quizás nunca más nobles
y levantados acentos :

A vos, Príncipe y señor,
Desde la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo ésta, sentado
Sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
A un Rey á heredar los dos :
Vos su cetro, yo su caña :
Vos el cetro Real de España,
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algun dia ;
La caña, más venturoso,
Al ménos ¡ ay ! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de rey desdichado,
Seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡ Cuánto seréis bendecido
Desde mi humilde rincon,
Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido ;
Si venceis, la adulacion !

Cuando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
A vos os dirá la gente :

— Rey débil — si sois clemente ;

Si justiciero— tirano. —
¡ Cuál será vuestro cuidado
Mientras que todo , señor,
Yo lo olvidaré, olvidado ,
En mi trono recostado
De humildes yerbas en flor!
Noble cual vuestra nacion,
A vuestra madre imitad,
En cuyo real corazon
Se aman justicia y perdon,
Se abrazan dicha y verdad.
Y Dios , para bien de España ,
De su gracia os dé el tesoro.—
Dado en mi pobre cabaña ;
Yo, el rey de cetro de caña ,
A mi rey de cetro de oro.

Los adelantos industriales de San Sebastian son innumerables desde hace veinte ó veinte y cinco años. Su comercio principal consiste en cal hidráulica, de excelentes condiciones, que se extrae para todo el N. de España y para muchos puntos del extranjero. Tiene además una fábrica de *puntas de París*, dos de papel pintado, varias de cigarros, con las que los contrabandistas mantienen una especulación muy productiva, y

otras fábricas y manufacturas de diversas clases.

Fuera ya de la estación de San Sebastian se ve por la derecha la magnífica Casa de Misericordia, y por la izquierda, *Puertas coloradas* y *Mira Cruz*, con sus preciosas casas de campo y sus jardines, llenos de flores de todas clases.

Salvamos por medio de grandes cortaduras la línea divisoria entre el Urumea y el Oyarzun, atravesamos el viaducto de Herrera y llegamos á

PASAGES.

Es el puerto más seguro de toda la costa cantábrica.

Tuvo en otras épocas gran importancia, y no nos explicamos cómo se le ha abandonado hasta el punto de que hoy no pueda recibir sino buques de muy poco calado.

El pueblo se compone de dos barriadas de casas, separadas por la entrada del puerto.

Su posición es en extremo poética. La bahía, tranquila como el cristal de un inmenso espejo, acaricia con sus aguas la parte baja de todos los edificios levantados en su misma orilla.

Las bateleras de Pasages tienen fama de hermosas. Es posible que sea merecida; pero nosotros sólo hemos podido admirar en ellas la agilidad y musculatura de un marinero.

Una fábrica de porcelana, otra de cordelería, y la pesca abundante que hacen en la costa, son la industria y el comercio á que se dedican con preferencia estos habitantes.

A la salida de Pasages se entra en el túnel de *Capuchinos*, á que da nombre un derruido convento, situado sobre una lengua de tierra, en donde están establecidos los talleres de la gran fábrica de plomos que posee la Real Compañía Asturiana.

Se atraviesa el río Oyarzun por un puente de cuarenta metros de abertura, desde el que se ve á la izquierda el pueblo de Lezo, y á los pocos momentos se alcanza la Estación de

RENTERIA.

Villa de 2.500 almas, situada á la derecha del camino.

Sus calles están perfectamente enlosadas, y desembocan casi todas en la plaza.

La iglesia parroquial es antigua y de buena construcción.

En otro tiempo tuvo mucha fama esta villa, tanto por su comercio, como por los tres astilleros en que se construían buques de gran porte. Hoy no le queda más que el recuerdo de estos últimos; en cuanto al comercio, sostenido por sus fábricas de lienzos y ferreterías, es todavía muy considerable.

Siguiendo el rico valle del Oyarzun, que encierra en su seno minas de cobre, plomo, hierro y plata, se atraviesa el túnel de *Gainchurrizqueta*, último de nuestra línea.

Después entramos en el valle del Bidasoa, y á la vista de la antigua ciudad de Fuenterrabía, que se eleva á la izquierda, coronada por su magnífica torre, llegamos á

IRUN.

Su poblacion es de 3.000 almas.— La villa, en forma de anfiteatro, está edificada sobre la pendiente de una colina. A sus piés se extiende un valle hermoso y fertilísimo.

Los arrabales de Irun son poco aseados, pero el casco de la poblacion es sumamente limpio. Le adornan cuatro plazas, fuentes públicas y hermosos paseos.

Hay algunos edificios de notable arquitectura, distinguiéndose entre ellos la casa Consistorial por su admirable y majestuosa fachada.

En la iglesia parroquial, construida á principio del siglo xvi, hay dos sepulcros erigidos á la memoria del almirante Zubiaur y del bachiller Astigar.

La industria de los habitantes de Irun consiste en fábricas de carruajes, de fósforos y de peines.

El nombre de esta villa no aparece escri-

to en la historia hasta el reinado de Alfonso VIII; sin embargo, no cabe duda que su fundacion es antigua.

Por su proximidad á la frontera, ha sido en todas épocas teatro de grandes batallas, que inmortalizaron sus campos y su nombre.

En los alrededores de Irun está la capilla y el monte de San Marcial. La primera fué fundada en conmemoracion de la batalla ganada por los guipuzcoanos á las tropas franco-alemanas en 1522. El segundo es tambien célebre por la derrota que el ejército frances, al mando del general Soult, sufrió en 31 de Agosto de 1813. — Fernando VII mandó que en todos los aniversarios se hiciesen desde el monte salvas de artillería en memoria de este brillante hecho de armas.

Irun es la última Estacion del ferro-carril del Norte de España.

Queda, pues, terminada la descripcion de

esta línea, que hemos procurado hacer con toda la exactitud posible.

Los trenes españoles llegan hasta Hendaya, en donde se registran los equipajes por la aduana francesa. Los trenes que vienen de Francia llegan hasta Irun, en donde sufren el mismo registro por la aduana española.

El Bidasoa divide el territorio de las dos naciones vecinas.

A la derecha del tren se alzan, en medio del río, algunas islas pequeñas, graciosamente situadas, y cultivadas con gran esmero. Una de ellas, conocida por la *isla de los Faisanes* ó *de la Conferencia*, es célebre en la historia de ambos países.— El matrimonio de Luis XIV y de la Infanta española María Teresa, hija del Rey Felipe IV, fué concertado en las conferencias que, para el arreglo del *Tratado de los Pirineos*, celebraron en esta isla el año 1659, los ministros D. Felipe de Haro y el cardenal Mazarini.

Por consecuencia de este matrimonio,

vino la casa de los Borbones á gobernar á España, despues de la muerte de Cárlos II *el Hechizado*, último rey de la dinastia austriaca.

El nombre ilustre de los Borbones, colocado en otro tiempo á la cabeza de las familias Reales de Europa, y célebre hoy por sus grandes infortunios, tuvo origen en un pequeño feudo anejo al condado de Chalons, que un Duque de Bourgogne dió como modesta dote á una nieta suya casada con Juan de Bourgogne, señor de Charolais et d'Aignès. De este matrimonio nació una hija, llamada Beatriz, que se casó con Roberto, Conde de Clermont, hijo del Rey San Luis, el cual, al heredar de su suegra el señorío de Borbon, tomó su nombre, conservando las armas de Francia.— Este Príncipe fué el jefe de la rama Real de la casa de los Borbones.

En el centro de la *isla de los Faisanes*, que pertenece á España y Francia, segun el tratado de límites firmado en Bayona el 2 de Enero de 1856, se erigió un monu-

mento, sobre el cual está escrito por dos de sus lados, en español y frances, la siguiente inscripcion :

EN MEMORIA
DE LAS CONFERENCIAS DE MDCLIX
POR LAS CUALES
FELIPE IV Y LUIS XIV
CON UNA FELIZ ALIANZA
PUSIERON TÉRMINO
Á UNA EMPEÑADA GUERRA
ENTRE SUS DOS NACIONES.
RESTAURARON ESTA ISLA
ISABEL II REINA DE LAS ESPAÑAS
Y
NAPOLEON III EMPERADOR DE LOS
FRANCESES
EN EL AÑO MDCCCLXI

FIN.

Situacion y longitud de los túneles.

Situacion.	NOMBRES.	Longitud.	Situacion.	NOMBRES.	Longitud.
Kil.		Met.	Kil.		Met.
29	Torrelodones.	285	546	Rosea arria	225
62	Portachuelo.	245	547	Fuente.	186
69	Robledo.	76	547	Salinas.	540
70	Paradella.	674	548	Osineta.	720
75	Palomera.	100	549	Azocaran.	160
74	Encinar.	144	549	Pajoeta.	185
76	Casilla.	60	550	Ustaan.	363
77	Peñarrubia.	114	550	Arria aundia.	100
80	Fontuana.	60	551	Osina..	701
82	Alijar.	150	552	Oazurza..	2.958
85	Conejero.	314	555	(Sin nombre).	282
99	Cañada.	945	565	Zumárraga.	685
100	Pedriza.	152	568	Olazabarran.	464
101	Valdejuño.	150	569	Erizmendi.	550
104	Navalgrande.	1.000	570	Olazabal..	140
106	Lagartera 1.º	155	571	Ormaiztegui.	256
108	— 2.º	116	571	Harrarabal.	416
391	Brújula 1.º	1.042	575	Araundia.	125
392	— 2.º	229	576	Molino.	70
395	— 3.º	199	577	Oria.	103
394	— 4.º	408	586	Isasondo..	282
440	San Roque.	219	588	Legorreta.	410
440	Termópilas.	55	589	Icasteguieta.	518
444	Ameyugo 1.º	224	593	Arzabalza.	290
444	— 2.º	250	610	Azconovieta.	1.000
510	Chinchetru.	557	610	Loyola.	289
545	Otzaurte.	1.158	628	Capuchinos.	195
545	Salera.	141	634	Gainchurrizqueta.. . . .	466
545	Sajera.	106			

Estaciones de empalme.

Medina. — Venta de Baños. — Miranda. — Alsásua.

Fondas.

Avila. — Valladolid. — Venta de Baños. — Búrgos. — Miranda. —
Alsásua. — Hendaya.

El precio de las comidas y almuerzos en mesa redonda es de 14 reales.

RESEÑA

DE LOS

PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE BAÑOS DE LA LÍNEA DEL NORTE.

BAÑOS.	ESTACIONES donde deben apearse los viajeros.	TEMPORADAS.	Temperatura Réaumur.	NATURALEZA DE LAS AGUAS.
Alzola.	Zumárraga.	15 Junio á 15 Setiembre.)	Salinas termales.
Aramayona.	Vitoria.	1.º Junio á 30 Setiembre.)	Hidro-sulfurosas.
Arechavaleta.	Zumárraga.	15 Junio á 30 Setiembre.	14	Sulfurosas.
Cestona.	Zumárraga.	15 Junio á 30 Setiembre.	24	Salinas.
Escoriaza.	Vitoria.	1.º Junio á 30 Setiembre.)	Sulfurosas azoadas.
Mondragon.	Zumárraga.	1.º Junio á 30 Setiembre.)	Sulfurosas azoadas.
Nanclares.	Nanclares.	1.º Junio á 30 Setiembre.)	Acido carbónicas.
San Juan de Azcoitia.	Zumárraga.	1.º Junio á 30 Setiembre.	13	Sulfurosas frias.
Santa Agueda.	Zumárraga.	15 Junio á 30 Setiembre.	11 y 14	Hidro-sulfurosas y ferrug.º

TARIFAS.

EXPRESS.

De Madrid á Hendaya. } Salida de Madrid, á las 3 y 30 de la tarde.
 (640 k. Trayecto en 19 h. 05 m.) } Llegada á Hendaya, 10 y 35 de la mañana

DISTANCIAS.		ESTACIONES.	HORAS.			PRECIOS.		
De Madrid.	Inter-medias.		De llegada.	Parada.	De salida.	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.
				MIN.	T.	R. C.	R. C.	R. C.
»	8.1	Madrid..	»	»	3.30	»	»	»
8.1	9.0	Pozuelo.	3 42	1	3.43	4	3	2
17.1	12.2	Las Rozas.	3.57	1	3.58	8	6	5.75
29.3	8.6	Torrelodones. . . .	4.15	1	4.16	»	»	»
37.9	12.4	Villalba.	4.50	5	4.55	16.75	12.75	7.75
50.3	14.8	Escorial.	4.54	5	4.59	»	»	»
65.1	18.7	Robledo.	5.23	1	5.24	26	19.50	11.75
85.8	4.8	Las Navas.	5.59	1	6.00	34	25.50	15.25
88.6	8.6	Navalperal.	6.10	5	6.15	36.25	27.25	16.25
97.2	6.0	La Cañada.	»	»	6.52	»	»	»
103.2	17.4	Navalgrande. . . .	»	»	6.45	»	»	»
120.6	15.6	Avila..	7.12	30	7.42	50.25	37.75	22.75
134.2	10.8	Mingorria.	»	»	8.01	»	»	»
145.0	6.4	Velayos.	»	»	8.17	»	»	»
151.4	9.4	Sanchidrian.	8.27	3	8.30	64	48	28.75
160.8	10.7	Adanero.	»	»	8.42	»	»	»
171.5	16.5	Arévalo.	8.55	5	9.00	72.75	54.50	32.75
188.0	9.0	Ataquines.	»	»	9.20	»	»	»
197.0	9.6	Gomeznarro.	»	»	9.31	»	»	»
206.6	8.8	Medina..	9.45	8	9.51	88	66	39.75
215.4	7.4	Pozaldez.	»	»	10.07	»	»	»
222.8	7.9	Matapozuelos. . . .	10.17	1	10.18	»	»	»
250.7	4.5	Valdestillas.	»	»	10.28	»	»	»
255.2	13.7	Viana.	»	»	10.34	»	»	»
248.9	12.5	Valladolid.	10.51	15	11.06	106.50	80	48
261.4	4.0	Cabezón.	»	»	11.21	»	»	»
263.4	15.8	Aguilarejo Corcos	»	»	11.27	»	»	»
2 9.2	6.4	Dueñas.	»	»	11.44	»	»	»
285.6	8.5	Baños.	11.53	14	12.07	123	92.25	55.25
294.1	12.2	Magaz.	»	»	12.18	»	»	»
306.5	10.9	Torquemada.	12.33	4	12.37	132	99	59.50
317.2	10.8	Quintana.	»	»	12.50	»	»	»
328.0	6.7	Villodrigo.	»	»	1.06	»	»	»
334.7	5 0	Los Balbases. . . .	»	»	1.15	»	»	»
339.7		Villaquirán.	1.23	5	1.28	146.75	110	66

DISTANCIAS.		ESTACIONES.	HORAS.			PRECIOS.		
De Madrid.	Inter-medias.		De llegada.	Parada.	De salida.	1. ^a clase.	2. ^a clase.	3. ^a clase.
				MIN.	M.	R. C.	R. C.	R. C.
539.7	10.8	Villaquirán.	1.23	5	1.28	146.75	110	66
550.5	9.0	Estépar.	"	"	1.42	"	"	"
560.1	9.8	Quintanilleja.	"	"	1.56	"	"	"
569.9	16.5	Burgos.	2.11	10	2.21	159.75	120	72
586.2	16.2	Quintanapalla.	"	"	2.44	"	"	"
402.4	14.9	Santa Olalla.	3.08	5	3.15	174.25	150.75	78.50
417.5	22.7	Briviesca.	"	"	3.52	"	"	"
440.0	19.2	Pancorbo.	"	"	4.02	"	"	"
459.2	9.6	Miranda.	4.30	10	4.40	199.50	149.50	89.75
468.8	10.7	Manzanos.	"	"	4.54	"	"	"
479.4	13.0	Nanclares.	"	"	5.08	"	"	"
492.5	24.0	Vitoria.	5.27	10	5.37	214	160.50	96.25
516.5	7.0	Salvatierra.	"	"	6.10	"	"	"
523.5	10.2	Araya.	"	"	6.20	"	"	"
553.7	1.8	Olazagutia.	"	"	6.33	"	"	"
555.4	8.1	Alsásua.	6.37	15	6.52	233	174.75	104.75
543.7	8.0	Otzaurte.	"	"	7.09	"	"	"
551.7	14.3	Oazurza.	"	"	7.25	"	"	"
566.0	15.7	Zumárraga.	7.55	10	8.03	246	184.50	110.75
579.7	15.7	Beasain.	8.29	6	8.35	252.25	189.25	113.50
595.4	12.1	Tolosa.	8.58	5	9.03	259.25	194.50	116.75
607.5	7.2	Andoain.	9.19	1	9.20	264.50	198.50	119
614.7	6.5	Hernani.	9.31	2	9.33	267.75	200.75	120.50
621.0	5.4	San Sebastian.	9.42	8	9.50	270.25	202.75	121.75
626.4	1.6	Pasajes.	"	"	9.58	"	"	"
628.0	9.9	Rentería.	10.02	2	10.04	273.25	205	123
657.9	2.0	Irun.	10.18	12	10.30	277.75	208.25	125
659.9		Hendaya.	10.35	"	"	"	"	"

NOTAS. Este tren se compondrá : de coches de 1.^a y 2.^a clase, del 16 de Mayo al 30 de Junio.— De coches de 1.^a clase, del 1.^o de Julio al 15 de Octubre.— De 1.^a, 2.^a y 3.^a clase, del 16 de Octubre al 15 de Mayo.

Este tren no toma ni deja viajeros sino en las Estaciones que llevan señalado el precio de los billetes.



ÓMNIBUS-CORREO.

De Madrid á Hendaya. } Salida de Madrid, 8 y 30 de la noche.
 (640 k. Trayecto en 23 h. 19 m.) } Llegada á Hendaya, 7 y 49 de id.

DISTANCIAS.		ESTACIONES.	HORAS.			PRECIOS.		
De Madrid.	Inter-medias.		De llegada.	Parada.	De salida.	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.
				MIN.	N.	R. C.	R. C.	R. C.
»	8.1	Madrid.	»	»	8.50	»	»	»
8.1	8.1	Pozuelo.	8.46	2	8.48	4	3	2
17.1	9.0	Las Rozas.	9.05	2	9.07	8	6	5.75
29.3	12.2	Torrelodones.	9.51	2	9.53	»	»	»
37.9	8.6	Villalba.	9.49	10	9.59	16.75	12.75	7.75
50.3	12.4	Escorial.	10.21	7	10.28	22.50	17	10.25
65.1	14.8	Robledo.	10.59	2	11.01	26	19.50	11.75
83.8	18.7	Las Navas.	11.45	2	11.45	34	25.50	15.25
88.6	4.8	Navalperal.	11.57	6	12.05	36.25	27.25	16.25
97.2	8.6	La Cañada.	12.23	1	12.24	»	»	»
105.2	6.0	Navalgrande.	12.36	1	12.37	»	»	»
120.6	17.4	Avila.	1.11	12	1.25	50.25	37.75	22.75
134.2	13.6	Mingorría.	1.47	6	1.55	56.50	42.25	25.50
145.0	10.8	Velayos.	2.12	2	2.14	60.75	45.75	27.50
151.4	6.4	Sanchidrian.	2.26	5	2.31	64	48	28.75
160.8	9.4	Adanero.	2.48	2	2.50	68	51	30.50
171.5	10.7	Arévalo.	3.09	6	3.15	72.75	54.50	32.75
188.0	16.5	Ataquines.	3.45	6	3.51	79.75	59.75	36
197.0	9.0	Gomeznarro.	4.07	2	4.09	85.75	62.75	37.75
206.6	9.6	Medina.	4.26	14	4.40	88	66	39.75
215.4	8.8	Pozaldez.	4.58	2	5.00	92	69	41.50
222.8	7.4	Matapozuelos.	5.14	2	5.16	95.25	71.50	45
230.7	7.9	Valdestillas.	5.30	2	5.32	98.75	74	44.50
255.2	4.5	Viana.	5.41	1	5.42	101	75.75	45.50
248.9	13.7	Valladolid.	6.06	19	6.25	106.50	80	48
261.4	12.5	Cabezón.	6.43	1	6.44	112.25	84.25	50.50
265.4	4.0	Agoilarejo Corcos	6.51	1	6.52	114	85.50	51.50
279.2	13.8	Dueñas.	7.11	2	7.13	120.25	90.25	54.25
285.6	6.4	Baños.	7.23	18	7.41	123	92.25	55.25
294.1	8.5	Magaz.	7.54	1	7.55	126.75	95.25	57.25
306.3	12.2	Torquemada.	8.13	2	8.15	132	99	59.50
317.2	10.9	Quintana.	8.51	4	8.55	137	102.75	61.75
328.0	10.8	Villodrigo.	8.51	2	8.53	141.25	106	63.75
334.7	6.7	Los Balbases.	»	»	9.05	»	»	»
339.7	5.0	Villaquirán.	9.11	4	9.15	146.75	110	66
350.5	10.8	Estépar.	9.51	2	9.55	151.50	115.75	68.25
360.1	9.6	Quintanilleja.	9.48	2	9.50	156	117	70.25
369.9	9.8	Burgos.	10.06	25	10.31	159.75	120	72
386.2	16.5	Quintanapalla.	10.58	2	11.00	167.25	125.50	75.25
402.4	16.2	Santa Olalla.	11.25	5	11.30	174.25	130.75	78.50
417.3	14.9	Briviesca.	11.52	5	11.57	181	135.75	81.50

M,

DISTANCIAS.		ESTACIONES.	HORAS.			PRECIOS.		
De Madrid.	Inter-medias.		De llegada.	Parada.	De salida.	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.
				MIN.	M.	R. C.	R. C.	R. C.
417.3	22.7	Briviesca.	11.52	5	11.57	181	155.75	81.50
440.0	19.2	Pancorbo.	12.29	5	12.34	190.75	143	85.75
459.2	9.6	Miranda.	1.04	30	1.34	199.50	149.50	89.75
468.8	10.7	Manzanos.	1.48	1	1.49	203.50	152.50	91.50
479.5	15.0	Nanclares.	2.04	2	2.06	208.25	156.25	93.75
492.5	24.0	Vitoria.	2.25	10	2.35	214	160.50	96.25
516.5	7.0	Salvatierra.	5.09	2	3.11	224.50	168.50	101
525.5	10.2	Araya.	"	"	3.21	"	"	"
533.6	1.8	Olazagutia.	"	"	3.36	"	"	"
535.4	8.1	Alsásua.	3.40	10	3.50	233	174.75	104.75
545.7	8.0	Otzaurte.	4.07	1	4.08	"	"	"
551.7	14.5	Oazurza.	"	"	4.24	"	"	"
566.0	15.7	Zumárraga.	4.51	10	5.01	246	184.50	110.75
579.7	15.7	Beasain.	5.28	5	5.33	252.25	189.25	115.50
595.4	12.1	Tolosa.	5.56	5	6.01	259.25	194.50	116.75
607.5	7.2	Andoain.	6.19	2	6.21	264.50	198.50	119
614.7	6.5	Hernani.	6.35	2	6.35	267.75	200.75	120.50
621.0	5.4	San Sebastian.	6.46	11	6.57	270.25	202.75	121.75
626.4	1.6	Pasajes.	7.08	2	7.10	273	204.75	123
628.0	9.9	Renteria.	7.14	2	7.16	273.25	205	123
657.9	2.0	Irun.	7.34	10	7.44	277.75	208.25	125
659.9		Hendaya.	7.49	"	"	"	"	"
			N.					

MADRID A PARIS. — TREN EXPRESS.

Kilómetros.	ESTACIONES.	HORAS.	PRECIOS.		
			1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.
			Reales.	Reales.	Reales.
	De Madrid Salida. .	t. 3.30			
640	Hendaya.	Llegada.	278.75	209	125.50
		Salida			
877	Burdeos.	Llegada.	378.50	283.75	180.25
		Salida.			
1462	Paris.	Llegada.	625.50	470.25	317.25

41
41
41
41
41

Se vende á **10 reales**, encuadernado,
y á **8** en rústica, en Madrid, librerías de
Duran, carrera de San Jerónimo, 2; de
Lopez, calle del Cármen, 13, y en las
principales Estaciones de la línea.
